



Catherine George

VIDAS OPUESTAS



Catherine George

VIDAS OPUESTAS

Vidas Opuestas
Catherine George
Vidas Opuestas (13.08.2003)
Título Original: City Cinderella (2003)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1429
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Lucas Tennent y Emily Warner

Argumento:

Ella era una Cenicienta independiente e irresistible

Lucas Tennent: Un rico y soltero banquero. Le gustaba que su apartamento estuviera limpio y vacío, y quería una vida sin complicaciones.

Emily Warner: Arruinada, desempleada y sin la menor intención de acercarse a un hombre. Lo único que deseaba era un poco de tranquilidad para trabajar en su novela.

Pero un día Lucas volvió a casa enfermo y se encontró con Emily, la chica que limpiaba su casa... utilizando el apartamento como si fuera su estudio.

Cuando la furia se apoderaba de él, Lucas no era precisamente un príncipe azul...

Capítulo 1

EL VIENTO procedente del Támesis arreció mientras pagaba el taxi. Sintiendo que le dolía cada hueso del cuerpo, entró en el edificio, se apoyó contra la pared del ascensor mientras subía y maldijo en silencio al virus que finalmente había ganado la batalla. Cuando entró en su casa dejó escapar un suspiro de alivio. Se quitó el abrigo, dejó el maletín sobre el correo que había en el taquillón de la entrada y, desesperado por tomar un café con unas gotas de whisky, abrió la puerta de la cocina... y se quedó petrificado en el sitio.

La cocina estaba perfectamente limpia, como era de esperar. Pero estaba ocupada. Una joven a la que no había visto en su vida se hallaba sentada a la mesa, totalmente concentrada en lo que estaba escribiendo en un ordenador portátil.

Un inesperado ataque de tos delató su presencia y la joven volvió la mirada hacia la puerta, sobresaltada.

—¿Señor Tennent? —dijo, con una voz sorprendentemente grave para alguien que apenas superaba el metro sesenta—. Discúlpeme. Le aseguro que esta es la primera vez que lo hago.

Lucas Tennent permaneció dónde estaba, sin comprender.

—¿La primera vez que hace qué? ¿Quién diablos es usted?

—Soy su asistenta.

Lucas parpadeó.

—¿Mi asistenta?

La joven asintió, ruborizada.

—Gracias por el cheque que ha dejado hoy para mí... a no ser que quiera que se lo devuelva.

—¿Por qué iba a querer que me lo devolviera? —dijo Lucas, irritado, mientras pensaba que aquella era la tal E. Warner que se ocupaba de mantener limpio su apartamento. Lo cierto era que había imaginado que se trataba de una mujer madura con un mandil, no de una jovencita en camiseta y vaqueros con el pelo negro rizado sujeto informalmente en lo alto de la cabeza.

—No tiene aspecto de encontrarse bien, señor Tennent —dijo ella tras mirarlo atentamente.

—Me encuentro fatal —espetó él—. Pero centrémonos en el asunto. Explíqueme lo del ordenador.

—Estoy utilizando mis baterías, no su electricidad —dijo ella, a la defensiva.

—Me quita un gran peso de encima —replicó él en tono sarcástico —.

Explíqueme qué estaba haciendo.

Ella frunció el ceño.

—Preferiría no hacerlo.

—Explíquemelo de todos modos.

—No estaba haciendo nada ilegal, señor Tennent —dijo ella, altiva —. Estoy haciendo un curso por correspondencia.

—¿Y dónde suele trabajar normalmente en ese curso?

—En mi habitación. Pero estamos en plenas vacaciones del primer trimestre y en el lugar en el que vivo no hay precisamente mucha tranquilidad. Así que hoy he trabajado un poco aquí. Cuando he terminado de limpiar, por supuesto —aseguró.

—Siento haber llegado antes de tiempo para estropearle la diversión… —

empezó Lucas, pero un nuevo ataque de tos lo hizo interrumpirse.

La joven se acercó a él, lo tomó de un brazo y lo condujo hasta la mesa.

—Siéntese un momento, señor Tennent —dijo, compasiva—. ¿Tiene que tomar alguna medicación?

Lucas negó con la cabeza.

—No. Solo necesito café. Prepáreme uno y le doblo el sueldo.

Ella le dedicó una mirada fulminante y se volvió para poner la cafetera. Él permaneció en silencio, con la barbilla apoyada en las manos, distraído de su malestar por la visión de E. Warner tirando hacia abajo de su camiseta para cubrir el escaso centímetro de carne desnuda que esta revelaba.

—Cuando he entrado he creído que estaba alucinando, señorita Warner —

continuó él mientras el aroma a café invadía el aire—. Pero un ordenador portátil no parece un accesorio muy adecuado para alguien que pretenda entrar en una casa a robar. Gracias —añadió cuando ella le entregó una taza con el café servido—. Creo que acaba de salvarme la vida.

Ella negó con la cabeza.

—En realidad no, señor Tennent. Debería estar en la cama.

—Pienso meterme en ella enseguida —Lucas alzó una ceja—. ¿No va a tomar café?

La sonrisa de la joven sacó a relucir un hoyuelo en una de las comisuras de sus labios. Lucas pensó que era un hoyuelo muy atractivo… al igual que las curvas que ocultaban la camiseta y los pantalones. Era evidente que la fiebre le estaba afectando al cerebro, pensó, molesto consigo mismo.

—Me ha parecido mejor esperar a ser invitada —dijo ella.

Lucas asintió e hizo una mueca de dolor. El más mínimo movimiento hacía que su cabeza pareciera a punto de estallar.

—Acompáñeme, por favor, señorita Warner —dijo, formalmente—. ¿O es señora?

—Señorita.

—¿Y la «E» es inicial de…?

—Emily —contestó ella, y enseguida añadió—: ¿Le importa que le toque la frente?

—En absoluto —Lucas dejó que lo hiciera—. ¿Cuál es el diagnóstico?

—Tiene bastante fiebre. Con un poco de suerte, se tratará de la gripe.

—¿Con un poco de suerte?

—Me refiero a que podría tratarse de algo peor —Emily dudó un momento y luego se inclinó para sacar de su bolso una caja de paracetamol—. Tome dos pastillas ahora y otras dos por la noche y beba todo lo que pueda.

Lucas la miró, sorprendido.

—Eres muy amable, Emily, ¿o prefieres que te llame «señorita Warner»?

—Usted paga mi salario, señor Tennent, así que, lo que usted decida —Emily miró su reloj y guardó el ordenador portátil en su funda—. Le agradezco el café, pero no voy a tomarlo. Ya debería haber salido. Voy a llevar a los gemelos al cine.

—¿A los gemelos?

—Los niños que están de vacaciones. Su padre es mi casero y voy a librarlo de ellos durante un par de horas —explicó Emily—. Le he hecho la compra antes de venir, de manera que tiene suficiente fruta y zumo de naranja. Adiós, señor Tennent.

Volveré el lunes, como de costumbre —lo miró con expresión preocupada—. ¿Hay alguien que pueda ocuparse de usted?

—No pediría ni a mi mejor enemigo que se arriesgara a atrapar este maldito virus. Cosa que ya podría haberte pasado a ti —añadió.

Emily negó con la cabeza.

—Ya he pasado la gripe este invierno.

—¿Y qué hiciste para superarla?

—Ir a casa de mis padres a que me mimaran.

—Mi madre es asmática, así que yo no podría hacer lo mismo —Lucas se encogió de hombros—. Además, prefiero regodearme a solas en mi sufrimiento.

Emily se puso la chaqueta y se colgó el portátil al hombro.

—Si es gripe no tiene sentido llamar al médico, por supuesto, a menos que desarrolle una bronquitis o algo parecido. Pero debe tomar el paracetamol y beber mucho. Es una suerte que sea viernes porque

así podrá recuperarse durante el fin de semana.

—Si vivo tanto —dijo él con aire taciturno mientras la acompañaba hasta la puerta.

—Señor Tennent...

—¿Sí?

—Lo siento.

—¿Qué siente? ¿Que esté a punto de morir o que la haya atrapado con las manos en la masa?

Emily alzó la barbilla.

—Ambas cosas. Pero espero que considere una satisfacción el hecho de que le haya preparado el café gratis —añadió antes de entrar el ascensor.

Emily no dejó de pensar en Lucas Tennent mientras iba a su casa. Hasta hacía un rato, el hombre para el que trabajaba solo había sido uno de sus cuatro patrones.

Le dejaba todas las semanas un cheque con su sueldo y era dueño de un maravilloso apartamento. Pero ahora que podía añadir un rostro y un cuerpo a su nombre la situación era diferente. Le había dado un susto de muerte cuando la había atrapado trabajando con el ordenador en su apartamento, por supuesto. Pero la primera visión que había tenido de Lucas Tennent había quedado indeleblemente grabada en su cerebro, en parte porque su aspecto le había parecido tan terrible que había temido que fuera a morirse allí mismo.

A pesar de todo, no había podido evitar fijarse en su metro ochenta y cinco de estatura, en su pelo moreno y en sus ojos oscuros. Y su elegante traje no bastaba para disimular la musculatura que ella había esperado encontrar debajo, pues parte de su trabajo consistía en quitar el polvo a la máquina de remo y a la rueda para andar y correr que había en la galería del apartamento.

Suspiró, envidiosa. Todo aquel espacio para un solo hombre... Si ella viviera allí, utilizaría la galería acristalada para trabajar y saldría algunos ratos a descansar a la terraza a la que daba y desde la que se divisaba el Támesis. Aquel apartamento suponía un contraste total con su solitaria habitación en la segunda planta de una casa cuyo dueño era uno de los amigos de su hermano.

Pero era una habitación bonita, y tenía suerte de contar con ella, se recordó mientras llegaba a su calle. La mayoría de las casas de aquella zona, inicialmente construidas a finales del siglo XVIII, habían sido completamente restauradas, incluyendo la de Nat Desley, su casero, un arquitecto que trabajaba en Londres y tenía su casa en los Cotswolds. Inicialmente había comprado la casa en Spitafields para tener un lugar en que quedarse en Londres, pero en la actualidad vivía

permanentemente allí con la única compañía de dos inquilinos, mientras sus hijos permanecían en los Cotswolds con su esposa, de la que estaba separado.

Emily estaba a punto de sacar la llave cuando la puerta de la casa se abrió y aparecieron dos excitados niños de seis años totalmente listos para salir.

—Llevan horas preparados —dijo su padre con una sonrisa de disculpa—. Les he advertido que tal vez querrías tomar un té antes de salir, pero no me han hecho ni caso.

—Saldremos en cuanto deje mis cosas —aseguró Emily a los niños, y fue recompensada de inmediato por la radiante sonrisa de dos rostros tan distintos que nadie habría podido creer que Thomas y Lucy fueran hermano y hermana, y menos aún gemelos.

—Tendré la cena preparada cuando volváis —dijo Nat mientras los acompañaba hasta el taxi—. Portaos bien y tal vez podamos convencer a Emily para que cene con nosotros.

Para cuando Emily volvió con los gemelos a Spitalfields, Nat Sedley tenía preparada la cena prometida y ella se quedó a compartirla con él y con los niños.

—Muchas gracias, Em —dijo Nat más tarde, agradecido, cuando ella se encaminaba hacia las escaleras para subir a su habitación—. Has sido mi salvación.

Emily rió.

—Es la segunda vez que me dicen eso hoy.

Nat le pidió que le contara lo sucedido y rió cuando Emily le dijo que su jefe la había atrapado trabajando con el ordenador en la mesa de su cocina.

—Siento que hayas tenido que buscar fuera un poco de tranquilidad para poder trabajar. Debería haberte puesto en una habitación más alejada de la de los gemelos.

A modo de compensación, me gustaría invitarte a beber algo aquí abajo conmigo a última hora de la tarde.

Emily sonrió.

—Gracias. Será un placer.

En la tranquilidad de su habitación, Emily se dejó caer en una silla, repentinamente agotada. Salir con los niños había sido divertido, pero después de trabajar toda la mañana y dedicar un par de horas al ordenador, el inesperado encuentro con Lucas Tennent la había dejado sin energía. Habría tenido todo el derecho del mundo a despedirla de inmediato, algo que habría supuesto un desastre para sus finanzas. Era una suerte que se hubiera sentido tan mal, pues de lo contrario podría haber reaccionado de otra forma.

A partir de aquel día, sus actividades en el apartamento de Lucas Tennent se limitarían a la limpieza para la que estaba contratada. Se preguntó cómo se encontraría y frunció el ceño. Parecía tan enfermo que se había sentido reacia a dejarlo solo... lo cual era una tontería, porque si no se hubiera quedado allí dos horas más de lo habitual no habría llegado a conocerlo y no habría llegado a enterarse de que tenía la gripe.

Tomó una reconfortante ducha para recuperarse, agradecida por la invitación de Nat para tomar algo más tarde. Por mucho que se despreciara por ello, aún no se , había acostumbrado a pasar sola las tardes de los viernes. Y se alegró aún más al bajar al cuarto de estar y encontrar allí a Mark Cooper, el otro inquilino de Nat. Mark le dio un abrazo y la condujo hasta el sofá en que estaba sentada Bryony Talbot, su novia.

—Hola, Emily —Bryony palmeó el sofá a su lado—. Ven a sentarte. ¿No estás agotada? Nat me ha dicho que has sacado de paseo a los niños.

—Y lo he pasado muy bien —Emily se volvió hacia Mark—. ¿Cómo te sientes?

¿Ya te has recuperado de tu catarro?

Mark asintió, sonriente.

—Bryony me ha curado a base de besos.

Nat movió la cabeza mientras alcanzaba a Emily un vaso de vino.

—El muy bandido tiene su enfermera privada.

—Pero mis habilidades médicas no son precisamente baratas —dijo Bryony—.

Mañana por la noche va a invitarme a una cena muy cara.

Emily rió.

—Por lo menos tiene que llevarte al Claridges.

Mark le guiñó un ojo.

—Vuelve a enseñarme tu hoyuelo y te traeré una bolsa con la sobras.

—¡Muchas gracias!

—Os advierto que en el lugar en que trabajo hay montones de virus pululando

—dijo Mark mientras se sentaba en el sofá entre su novia y Emily —. Así que moveos.

—¿No podrías sentarte en una silla? —protestó Emily afectuosamente.

—Sí, pero no sería tan divertido, querida.

Emily sintió una punzada de preocupación al oír el comentario de Mark sobre los virus. Pero Lucas Tennent era lo suficientemente

mayor como para cuidar de sí mismo; si se ponía realmente malo, siempre podía solicitar los servicios de un médico. Aquel pensamiento le permitió relajarse en la estimulante compañía de sus amigos.

Mark tenía alquilado el piso que había debajo del suyo en la casa de Nat y, junto con Bryony, había sido un buen amigo cuando Emily había aceptado alquilar una de las habitaciones de Nat. Este le había pedido un alquiler casi ridículo, pero era amigo de su hermano Andrew y, a pesar de las protestas de Emily, se negó a subirlo.

Tras encontrar un lugar en qué vivir, la siguiente prioridad fue buscar un trabajo. Cuando entró a vivir en casa de Nat este ya llevaba un tiempo tratando de encontrar una sustituta adecuada para su asistenta, que quería retirarse. Debido a que la elegante casa en que vivía era muy antigua y frágil, necesitaba alguien que hiciera su trabajo con la delicadeza necesaria. Cuando Emily se propuso como sustituta, Nat no se lo podía creer, pero aceptó con entusiasmo al ver que hablaba en serio. En cuanto se enteró de ello, Mark rogó a Emily que también se ocupara de sus habitaciones. Cuando se hizo evidente que Emily disfrutaba limpiando, Nat le pidió permiso para recomendarla a una amiga casada que acababa de comprarse un piso en Bermondsey. Muy pronto, Liz Donaldson la recomendó a un amigo que vivía frente a ella. De manera que lo que había empezando simplemente como un modo pasajero de ganarse la vida se acabó convirtiendo para Emily en toda una profesión.

Sus padres desaprobaban aquella actividad y sus amigos pensaban que estaba loca. Pero Emily estaba elaborando un plan en secreto. Su nuevo trabajo le dejaba la mente y la imaginación libres mientras estaba ocupada con sus manos, de manera que así podía pensar muchas horas en la novela que quería escribir. Pillada por sorpresa, había tenido que contar una mentira a Lucas Tennent porque ni siquiera su familia ni sus mejores amigos sabían qué se traía entre manos en su tiempo libre.

Ya tenía prácticamente desarrollada la trama de la novela y las características de algunos de sus personajes, pero estaba teniendo dificultades con el carismático personaje masculino principal. Nat era muy atractivo, y Mark tenía un encanto especial, pero, a pesar de haberse fijado atentamente en ellos como posibles modelos, su héroe se había negado obstinadamente a salir a la luz. Pero cuando Lucas Tennent la había pillado in fraganti aquella tarde, el carácter principal de su novela se había materializado repentinamente ante sus sorprendidos ojos.

Tras un par de horas, y a pesar de lo mucho que se estaba divirtiendo, Emily hizo caso omiso de los ruegos de sus amigos para

que se quedara un rato más y subió a su habitación. Se sentó frente al ordenador y se puso a trabajar en su novela. Para cuando se fue a la cama se sentía cansada pero muy satisfecha de sí misma. Añadir los atributos físicos de Lucas Tennent al personaje central de su novela era justo lo que necesitaba para redondear la trama.

A la mañana siguiente, los gemelos fueron a llamar a su puerta cuando acababa de vestirse.

—Hola, pequeños —saludó afectuosamente.

—Papá dice que no debemos molestarte si estás ocupada —dijo Thomas, sin aliento, y a continuación sonrió para engatusarla—. Pero queremos que bajes a tomar el café. Luego, tenemos que irnos.

—Te echaremos de menos —dijo Lucy.

—Pero hoy vais a ver a vuestra mamá, corazón, así que no me necesitaréis.

Estoy segura de que ella os ha echado mucho de menos —dijo Emily, mostrándose deliberadamente animada—. Dadle recuerdos de mi parte.

Los grandes ojos azules de Lucy se llenaron de lágrimas.

—Emily, ¿puedes pedirle a mamá que vuelva a ser amiga de papá?

—¡No puedes decirle a Emily que haga eso! —dijo su hermano con brusquedad.

Emily bajó con los niños deseando poder hacer algo por ayudar, pero sabía que los problemas de los Sedleys no eran asunto suyo. Era cierto que los conocía hacía tiempo, pero no sabía qué pecado había cometido Nat que Thea se sentía incapaz de perdonar. Y tampoco quería saberlo. Ya tenía bastante con seguir adelante con su vida.

Disfrutó de una animada media hora con los gemelos, pero en cuanto estos se pusieron a ver la televisión, Nat le hizo un gesto para que lo acompañara a la cocina.

—¿Por qué estaba llorando Lucy?

Emily lo miró a los ojos.

—Quería que le pidiera a Thea que volviera a ser amiga tuya.

Nat la miró con expresión perpleja.

—¿Y vas a hacerlo?

—¿Quieres que lo haga?

Nat permaneció unos momentos en silencio y luego le dedicó una sonrisa idéntica a la de su hijo.

—Si pensara que fuera a servir de algo, sí. Pero sé que no serviría de nada —Nat se estremeció ligeramente—. Olvídalo, cariño. No te impliques.

Emily lo miró con suspicacia.

—¿Te encuentras bien, Nat? No irás a caer con algo tú también,

¿no?

—¿Yo también?

—Como Mark —contestó Emily precipitadamente. Nat negó con la cabeza y sonrió.

—Ya has tenido suficientes disgustos en tu vida últimamente como para que encima empieces a preocuparte por mí, Emily. Disfruta del fin de semana.

Pero, antes de salir, Emily cedió a las llamadas de su conciencia y telefoneó a Lucas Tennent, cuyo ronco tono de voz reveló claramente que estaba peor que el día anterior.

—Buenos días —dijo Emily rápidamente—. Soy Emily Warner.

—¿Quién?

—Su asistenta, señor Tennent. Solo quería saber qué tal se encontraba hoy.

—Oh, claro —se produjo una pausa—. Lo cierto es que me siento fatal.

—¿Ha comido algo?

Un ataque de tos asaltó el oído de Emily antes de que Lucas volviera a hablar.

—No. No tengo hambre.

—¿Sigue teniendo fiebre?

—Probablemente. Oh, diablos...

Emily se irritó un momento cuando él cortó la comunicación, pero enseguida se dijo que era absurdo sentirse ofendida. Y era más absurdo aún preocuparse por un completo desconocido, sobre todo teniendo en cuenta que ni siquiera la recordaba.

Pensando en Ginny, que siempre iba de punta en blanco, Emily se tomó su tiempo para prepararse y luego bajó para despedirse de los gemelos antes de salir para Knightsbridge a reunirse con su amiga.

—Hoy tienes un aspecto estupendo —dijo Ginny Hart cuando Emily se reunió con ella en la cafetería Harvey Nichols.

—Me ha gustado lo de «hoy» —dijo Emily en broma mientras se quitaba el abrigo de lana comprado en la época en la que aún ganaba un buen sueldo—. Hago lo posible todos los días.

—Ese abrigo fue toda una ganga, y va a juego con tus ojos —comentó Ginny, que miró con aprobación el ceñido vestido negro que llevaba su amiga—. ¡No me digas que llevas esa clase de cosas para restregar suelos!

—No restriego suelos. Mis clientes me surten de los artilugios necesarios para mi trabajo, como cubos y fregonas.

—La tirana que limpia nuestra casa exige cosas extraordinarias. Ahora quiere una brocha nueva de siete centímetros y medio para

quitar el polvo de los zócalos,

¿puedes creerlo?

El café del sábado por la mañana era un ritual que conservaban las amigas desde la época en que compartían piso, y no habían dejado la costumbre a pesar del matrimonio de Ginny.

—¿Y qué hay de nuevo? —preguntó Ginny cuando el camarero las atendió.

—Por fin he conocido al hombre para el que limpio —dijo Emily, alzando ligeramente la voz.

—¿El hombre misterioso del apartamento maravilloso? ¿Cómo es? ¿Alto, guapo y fuerte?

—Sí —contestó Emily, y rió al ver que su amiga se quedaba boquiabierta.

—¿En serio? La verdad es que siempre me ha parecido un poco sospechoso que te aceptara sin una entrevista previa.

—Sabes muy bien que me aceptó gracias a las referencias que le dio Liz Donaldson.

—No pensarás seguir haciendo esa clase de trabajo para siempre, ¿no?

—Por supuesto que no. Pero de momento lo estoy disfrutando. Trabajo a mi propio ritmo en entornos muy agradables. Sobre todo el ático de Lucas Tennent —

Emily miró a su amiga a los ojos—. En estos momentos, el trabajo es una buena terapia para mí.

—Y al menos te pagan por hacerlo, no como... —Ginny se interrumpió y alzó una mano—. De acuerdo. Me callo. Ahora que por fin lo has conocido, háblame de tu sexy banquero.

Emily describió su encuentro detalladamente, haciendo reír a su amiga.

—La verdad es que reaccionó muy bien, Ginny. Y lo cierto es que no puedo dejar de pensar en él.

—¿Por lo bueno que está?

—No. Porque el pobre está enfermo y no tiene nadie que lo cuide.

Ginny pidió más café al camarero y luego se volvió hacia Emily con expresión combativa.

—Si es tan atractivo como dices, gana mucho dinero y vive en un lujoso apartamento que da al Támesis, debe de haber hordas de mujeres dispuestas a secarle el sudor de la frente.

—Supongo que sí, pero parece que prefiere regodearse a solas en su miseria. Y

me temo que va a tener que hacerlo durante todo el fin de semana, porque yo no vuelvo a su casa hasta el lunes.

—Bien. Más vale que las cosas sigan así —Ginny alargó una mano para tocar la de Emily—. Estás empezando a encauzar tu vida de nuevo, así que haz el favor de dejar de preocuparte por un hombre al que apenas conoces.

Para cambiar de tema, Emily sugirió que fueran a ver algunos escaparates en lugar de pasar otra tarde en el cine. Como de costumbre, el tiempo voló en compañía de Ginny, sin dejar huecos para la introspección. Pero más tarde, durante el trayecto en metro y el paseo hasta la casa de Nat, y a pesar de lo que se esforzó por evitarlo, no pudo dejar de preocuparse por Lucas Tennent.

La sensación persistió durante el resto de la tarde. Emily trabajó un rato en su ordenador, cosa que no la ayudó precisamente a dejar de pensar en Lucas Tennent, ya que había basado su personaje principal en él. En determinado momento incluso descolgó el teléfono para llamarlo, pero volvió a colgarlo y se puso a trabajar de nuevo. Y logró concentrarse tanto que ya era bastante más de medianoche cuando finalmente cerró el ordenador y se metió en la cama.

Despertó sobresaltada a la mañana siguiente, con la esperanza de que Lucas Tennent no hubiera desarrollado una neumonía durante la noche solo porque ella no se hubiera tomado la molestia de comprobar cómo estaba. Y cuando lo llamó y él contestó se sintió totalmente justificada, pues sonaba incluso peor que el día anterior.

Antes de que pudiera preguntar cómo estaba, él murmuró algo incoherente y colgó.

Un par de horas más tarde, sintiéndose como Caperucita Roja a punto de visitar al lobo, Emily entraba en el portal de Lucas Tennent con una bolsa de compra en la mano. Maldiciendo su molesta conciencia por haberla llevado hasta allí, llamó al timbre y luego abrió con su llave.

—Soy Emily Warner, señor Tennent —dijo en alto—. Su asistenta. ¿Puedo pasar?

Al cabo de unos segundos Lucas Tennent apareció en el umbral de su dormitorio. El día que Emily lo había conocido tenía mala cara, pero en aquellos momentos su aspecto era espantoso. Su intensa palidez se veía acentuada por la incipiente y oscura barba, tenía el pelo revuelto y sus ojos, inyectados en sangre, estaban enmarcados por unas ojeras que más parecían moretones.

—¿Qué diablos hace aquí? —dijo con voz temblorosa a la vez que se ceñía la bata.

Emily se ruborizó.

—Sonaba tan enfermo por teléfono que me he preocupado. He pensado que tal vez necesitaría…

—Váyase de aquí, por Dios santo. No necesito nada... —de pronto, Lucas se llevó una mano a la boca, entró a toda prisa en la habitación y cerró de un portazo.

Emily se quedó mirando la puerta, indignada. Tras dejar el periódico y una caja de leche fresca en el taquillón de la entrada se volvió para salir con el resto de su compra, pero la ronca voz de su jefe la hizo detenerse.

—Señorita Warner... Emily. He sido muy grosero. Ruego que aceptes mis disculpas.

Emily se volvió a mirarlo.

—Disculpas aceptadas —dijo con frialdad—. Adiós.

—Espera un momento. Por favor —Lucas se apoyó en el quicio de la puerta, temblando—. Aunque en realidad deberías salir corriendo de aquí cuanto antes para huir de este maldito virus. Siento haber reaccionado así —su boca se contrajo en una mueca de desagrado—. He entrado a toda prisa en mi habitación porque tenía que devolver de nuevo.

Emily empezó a relajarse y cerró la puerta.

—En ese caso, vuelva a la cama, por favor.

—En estos momentos no resulta una perspectiva muy agradable.

—¿Ha sudado mucho durante la noche?

—¿Podríamos hablar de otra cosa?

Emily dudó un momento y luego se lanzó.

—¿Por qué no toma una ducha caliente mientras le cambio la cama?

Lucas pareció consternado.

—¡No podría permitir que hicieras eso!

—¿Por qué no? Tendría que hacerlo mañana de todos modos. Es una de las cosas para las que me paga —Emily sonrió para darle ánimos—. Se sentirá mucho mejor después... pero no se moje el pelo.

Lucas la miró un momento con expresión indecisa. Luego, se encogió de hombros, entró de nuevo en el dormitorio, sacó una camiseta y unos calzones cortos de la cómoda y se encerró en el baño. Tras abrir las ventanas para ventilar, Emily quitó las sábanas de la cama, las sustituyó por unas limpias, fue a la otra habitación a por más almohadas y luego recogió rápidamente el dormitorio antes de volver a cerrar las ventanas. Cuando Lucas salió del baño, su rostro aún seguía demacrado y ojeroso, pero se había afeitado y peinado y tenía mejor aspecto, Cuando Emily apartó la colcha y le señaló la cama, él se quitó la bata obedientemente y se metió bajo las sábanas con un profundo suspiro de alivio.

—Muchas gracias —dijo, formalmente.

Ella sonrió.

—Voy a echar esto a lavar y luego le prepararé algo de comer.

—¡Comida no...! Por favor.

—Solo unas tostadas —dijo Emily en el tono que solía utilizar para camelar a los gemelos—. ¿Cuántas pastillas de paracetamol ha tomado hoy?

—Ninguna. Dado mi actual problema, me ha parecido inútil.

—Si come algo logrará retenerlas en el estómago.

—Lo dudo —dijo Lucas, débilmente.

En la cocina, Emily preparó te y una tostada del pan de molde que había comprado. Le puso un poco de mantequilla, la partió en cuatro trozos y luego llevó todo en una bandeja al dormitorio.

—Si se lleva bien con la tostada puedo prepararle unos huevos revueltos —

ofreció.

—Eso puede ser demasiado —dijo Lucas con un estremecimiento. Tomó uno de los trozos de la tostada, le dio un bocado y lo masticó lentamente. El siguiente lo engulló con más rapidez.

—Tranquilo —advirtió Emily—. Es mejor que coma despacio.

—¡Es lo primero que como en días! —dijo Lucas, pero comió el resto más despacio—. Nunca me había sabido tan bien una tostada. ¿Qué hay en la taza?

—Te flojo. Es mejor para la digestión que el café —dijo Emily con firmeza a la vez que tomaba dos pastillas de paracetamol de la mesilla de noche—. Tómese esto y más adelante le prepararé un café.

Lucas tragó las pastillas obedientemente y luego dio un sorbo a su té.

—Lo que estás haciendo es increíble, Emily, pero ¿por qué estás aquí? Supongo que tienes mejores cosas que hacer con tu tiempo libre un domingo.

Emily se encogió de hombros.

—He pasado la gripe recientemente y se cómo se siente. Pero a mí me cuidó mi madre, y no he podido evitar preocuparme por usted sabiendo que estaba solo.

Lucas movió la cabeza, maravillado.

—Es bastante asombroso que te preocupes por un completo desconocido. Pero ahora que estás aquí, hay algo que me gustaría preguntarte.

—Desde luego. ¿Qué es?

—¿Qué impulsó a alguien como tú a dedicarse a limpiar casas?

Emily alzó una ceja.

—¿A alguien como yo?

—Estoy seguro de que no siempre has sido una asistenta, así que ¿por qué lo haces?

—Porque me gusta.

—Es un buen motivo, desde luego —Lucas dejó la taza en la mesilla y se deslizó más abajo bajo las sábanas—. Pero ¿a qué te dedicabas antes de eso?

—Trabajaba en una oficina —Emily se levantó del borde de la cama y tomó la bandeja—. Voy a llevar esto a la cocina. Trate de dormir algo. Yo me quedaré un rato para ver cómo se encuentra y luego me iré.

—¿Hoy no hay ordenador?

—Desde luego que no. Lo del viernes fue una excepción, señor Tennent. Trate de dormir.

—Gracias. Lo haré —murmuró Lucas—. ¿Qué puedo hacer por ti a cambio?

—Ponerse mejor, por favor.

De vuelta en la cocina, Emily vació la sopa preparada que había comprado en un recipiente que metió en el microondas. Tras dejar el pan en un lugar bien visible, se preparó un té y se sentó con un bostezo en uno de los taburetes de la cocina.

Mientras esperaba, se prometió no volver a escribir ninguna noche más allá de las doce.

Al cabo de un rato escribió algunas instrucciones en un papel sobre la comida que había dejado lista y, tras un momento de duda, añadió su teléfono, que no aparecía en la guía. Cuando entró en el dormitorio para dejar la nota vio que Lucas estaba profundamente dormido. Tenía mucho mejor aspecto que hacía un rato.

Cuando regresó a Spitalfields, vio que la planta en que vivía Nat estaba totalmente iluminada. Sin ánimos para preguntar cómo había ido el viaje a Chastlecombe, entró y subió directamente a su dormitorio. Estaba abriendo la puerta cuando oyó que sonaba el teléfono. Corrió a responder, temiendo que Lucas se encontrara peor, pero se detuvo en seco cuando saltó el contestador y oyó una voz demasiado conocida dejando un mensaje.

—Contesta, Emily. Sé que estás ahí. Tenemos que hablar. Descuelga el teléfono

—hubo una pausa y luego se oyó una suave risita—. No seas infantil. Llámame.

Capítulo 2

EMILY lanzó una mirada iracunda al contestador. Aún hacía que se le encogiera el estómago el mero hecho de escuchar la voz de Miles Denny. Sin embargo, en otra época se sintió muy atraída por el tono sexy que cultivaba. Según Miles, también fue su voz grave y sensual lo que lo atrajo desde un principio. Pero eso fue al principio, cuando se dedicó a mover cielo y tierra para conseguir que fuera a vivir con él. Emily apretó los puños. En retrospectiva, le costaba creer que hubiera podido llegar a ser tan tonta.

Estaba trabajando en una firma inmobiliaria cuando Miles entró en la empresa.

Casi desde el día que se conocieron la persiguió sin descanso. Ella no quería saber nada de relaciones con compañeros de trabajo, y al principio lo mantuvo a raya, pero su insistencia acabó resultando halagadora y, al cabo de unos meses, Miles se llevó el gato al agua. Pero cuando empezaron a compartir la casa, la contribución de Miles a su mantenimiento y limpieza fue mínima. Por las tardes, mientras Emily cocinaba y se ocupaba de limpiar y lavar la ropa, el pasaba el rato en el sofá, recargando sus baterías frente al televisor. Ella solo descansaba los viernes, cuando él la llevaba a cenar.

¿Cómo había podido ser tan estúpida?, pensó, asqueada. Viviendo juntos comprobó lo poco que tenían en común, y cuando Miles empezó a pasar las tardes con sus amigotes después del trabajo, Emily empezó a disfrutar de las tardes sin tener que preparar la comida y con la televisión apagada. Se acostaba pronto con un libro y cuando Miles regresaba estaba dormida... o simulaba estarlo.

Cuando se hizo evidente que una buena noche de sueño era infinitamente preferible a hacer el amor con Miles, algo que Emily siempre había encontrado decepcionante, supo que había llegado el momento de cambiar. Decidida a decírselo sin más dilaciones esperó levantada a que llegara de uno de sus encuentros con sus amigos. Entonces descubrió por qué Miles era siempre tan meticuloso respecto a ducharse antes de meterse en la cama con ella; olía a un perfume extraño y a otros aromas que Emily identificó con profundo desagrado.

El teléfono sonó en aquel momento, haciéndola volver al presente con un sobresalto. Se puso tensa y miró el aparato con gesto beligerante, pero en aquella ocasión era Lucas Tennent el que llamaba.

Emily descolgó el aparato.

—Estoy aquí —dijo, sin aliento—. ¿Sucede algo malo? ¿Cómo se encuentra?

—No muy bien, pero gracias a usted, señorita Warner, ahora existe

alguna posibilidad de que sobreviva. Llamo para darle las gracias.

—Ha sido un placer ayudarlo —aseguró Emily, con las cejas levantadas ante aquel cambio de actitud.

—He calentado la sopa siguiendo las instrucciones —continuó Lucas—.

También me he preparado un té, aunque no sabía que tuviera té.

—Yo lo compré.

—Se lo debo, señorita Warner.

—Puede pagarme mañana, señor Tennent. ¿Necesita algo más?

—Solo que me traiga el periódico de la mañana. ¿Cómo viene hasta aquí?

—Caminando.

—¿Dónde vive?

—Spitalfields. ¿Quiere que le prepare la comida?

—No hace falta que se moleste. El simple sonido de una voz humana me bastará. Regodearme a solas con mi virus perdió rápidamente su encanto.

Emily frunció el ceño.

—Los Donaldson están de viaje, pero sin duda debe de tener otros amigos a los que llamar, ¿no?

—Los dos amigos a los que podría recurrir han sucumbido al virus poco antes que yo... —Lucas se interrumpió para toser y Emily esperó a que terminara para preguntar si necesitaba algo más.

—Puedo llevárselo mañana, señor Tennent.

—Llámame Lucas.

—No me parece adecuado —dijo Emily con firmeza.

—¿Por qué motivo?

—Por razones obvias.

—Si te refieres a que trabajas para mí, me parece una tontería —dijo Lucas con desdén—. Se supone que en estos días vivimos en una sociedad sin clases.

—No tiene nada que ver con las clases.

—Dijiste que podía elegir cómo llamarte.

—Me refería a mi nombre... —Emily se interrumpió y se preguntó por qué estaba armando un revuelo por aquello—. Oh, de acuerdo, lo que quieras.

—Bravo. Ahora puedo irme feliz a la cama.

—Deberías estar en la cama ahora mismo.

—Hablaba en sentido figurado. Aparte de haber ido tambaleándome hasta la cocina para prepararme la cena, no he salido de la cama en todo el día —Lucas volvió a toser—. Supongo que sientes cierta compasión por mí.

—Por supuesto. Recuerda que yo también he sufrido hace poco el ataque de ese virus. Buenas noches. Espero que duermas bien. Nos vemos por la mañana.

Acababa de colgar el teléfono cuando este volvió a sonar.

—Por fin, querida —dijo Claire Warner—. Llevo diez minutos tratando de hablar contigo.

—Hola, mamá. ¿Qué sucede?

—Miles ha llamado aquí hace media hora para pedir tus señas.

—¡No! ¿Y se las has dado?

—Por supuesto que no. Ni siquiera he hablado con él. Ha contestado tu padre y lo ha puesto verde; le ha dicho que te dejara en paz de una vez.

—Bien por papá —dijo Emily—. Miles también ha llamado aquí y ha dejado un mensaje. Ha conseguido mi nuevo número de teléfono de algún modo.

—¿Se lo has dado a alguien que él conoce?

—Solo a Ginny. Pero ella no se lo daría.

—Seguro que no. ¿Cómo está?

—Bien. Ayer tuvimos nuestra habitual cita de los sábados, aunque lo cierto es que se pasó casi todo el tiempo sermoneándome —a continuación, Emily contó a su madre lo de la gripe de Lucas Tennent.

Debido a que Claire Warner no conseguía entender por qué su hija tenía que ocuparse de limpiar la casa de aquel hombre, y menos aún cuidar de él cuando estaba enfermo, expresó su total acuerdo con Ginny.

—Por Dios santo, hija. Hace poco que tú misma pasaste la gripe. Entre otras cosas.

—Un ataque de furia, principalmente.

—No hay duda de que hiciste bien librándote de Miles Denny. ¡Espero que Nat no haya puesto tu nombre en la puerta!

—Claro que no. Nat suele avisarme si mi presencia es requerida cuando él está en casa, y Ginny me llama cuando está llegando para que baje a abrirle la puerta.

—De todos modos debes tener cuidado.

—Lees demasiadas novelas de crímenes, mamá. Solo necesitaba un lugar en Londres donde recuperarme, y Nat me lo ha ofrecido, por lo que le estoy agradecida.

—Nat es un hombre encantador, pero...

—¡Oh, mamá! Nat es amigo de Andrew, no mío. Y está casado con Thea y tiene dos hijos. ¿Por quién me tomas?

—De momento, por una chica muy vulnerable —dijo Claire Warner.

—Te aseguro que ya he aprendido la lección.

—¿Te refieres a que no quieres saber nada más de los hombres?

—No quiero saber nada de Miles, no de los hombres en general.

Después de aquella llamada, Emily se sintió aún más inquieta. Si Miles había conseguido su número de teléfono, también podía localizar sus señas... si es que no lo había hecho ya. Aunque si tenía el suficiente descaro como para presentarse allí en persona tendría que vérselas con Nat, y también con Mark.

Acababa de ponerse a trabajar en su novela cuando el teléfono sonó por tercera vez. Emily gimió, frustrada, pero al oír la voz de Ginny descolgó el teléfono.

—Estoy aquí, Ginny.

—¡Emily! Gracias a Dios. ¿A que no adivinas quién ha venido por aquí esta tarde?

Emily suspiró.

—¿A que sí lo adivino? Miles.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Ginny, asombrada.

—Antes ha llamado a mis padres, pero mi madre me ha contado que mi padre le ha dado un buen repaso.

—¡Magnífico! Eso debe de haber sido antes de que viniera aquí. Yo estaba en la ducha cuando se ha presentado y Charlie lo ha tenido esperando en el vestíbulo hasta que me he dignado a aparecer.

—Bien hecho. ¿Qué quería?

—Tu teléfono y tus señas, por supuesto.

—No se las habrás...

—Por supuesto que no, a pesar de que no ha parado de afirmar que era asunto de vida o muerte. No le ha gustado nada que me negara a dárselas.

—¿Y qué ha pasado entonces?

—Que Charlie le ha dicho que se fuera.

Emily rió. El marido de Ginny era un tipo imperturbable, a menos que alguien fuera lo suficientemente estúpido como para molestar a su mujer.

—Supongo que no habrá tenido que echarlo a la fuerza, ¿no? —preguntó Emily, esperanzada.

Ginny rió.

—Casi. Dudo que Miles quiera repetir la visita. Esperemos que tampoco trate de visitarte a ti. ¿Conoce a Nat?

—No, y espero que nunca llegue a conocerlo.

La posibilidad de que Miles se dedicara a localizarla mantuvo a Emily despierta un rato, pero finalmente durmió bastante bien, y despertó con un sentimiento de anticipación que acabó identificando,

no sin preocupación, como el placer que le producía la idea de volver a ver a Lucas Tennent. «Nada de eso», se reprendió con firmeza, y fue a ducharse.

Más tarde, cuando bajó al vestíbulo se encontró con Nat, que estaba a punto de salir a trabajar. Parecía cansado y pálido, pero Emily notó con alivio que no estaba tan deprimido como otras veces que se había tenido que separar de los gemelos.

—¿Qué tal fue? —preguntó con cautela—. Ayer no quise darte la lata preguntando.

—Los niños se lanzaron sobre Thea nada más verla y, antes de que le diera tiempo a decir nada, exigieron que me quedara a tomar el té —Nat sonrió—. Para mi sorpresa, aceptó y la ocasión fue bastante bien, sobre todo porque los gemelos dominaron por completo la situación —se encogió de hombros—. ¿Quién sabe?

Puede que la próxima vez Thea me invite a cenar.

—Oh, Nat, eso espero. Por cierto —añadió Emily—, mi ex dejó un mensaje en el contestador ayer.

Nat frunció el ceño.

—¿Cómo diablos consiguió el número?

—No tengo ni idea. Solo espero que no averigüe también las señas.

—No te preocupes, Em. Yo me ocuparé de él si lo hace. Dame una foto suya.

—Las quemé todas.

—En ese caso, dame su descripción.

—Es más o menos de tu altura, pero más pesado, ojos y pelo oscuros, sonrisa de dentífrico, y está tan pagado de sí mismo que lo reconocerás enseguida.

Nat sonrió.

—Veo que sigues enfadada con él.

—¡Estoy furiosa! —Emily miró su reloj—. Debo irme.

—Esta mañana tienes un aspecto especial —observó Nat.

—Tengo cosas que hacer después de mi sesión de limpieza de esta mañana —

mintió Emily—. Pero me ocuparé de tu casa esta tarde.

—Yo también debo irme. No te preocupes; si el señor Denny aparece por aquí lo echaré sin dudarlo.

Emily se encaminó hacia su trabajo con un sentimiento de anticipación que desestimó con firmeza como una completa tontería. Lucas Tennent se encontraba mal y ella era tan solo la persona dispuesta a enfrentarse a sus gérmenes. Y para animarle la mañana se había puesto un jersey nuevo amarillo, unos vaqueros y se había dado un toque de maquillaje. Nada especial.

Para cuando salió del ascensor, ya lo tenía muy claro. Ella era la asistenta, Lucas Tennent pagaba su salario, y en aquellos momentos se sentía tan mal que necesitaba que le echaran una mano. Así que sería eficiente en su trabajo, le prepararía algo de comer y se iría.

Llamó al timbre, abrió la puerta y dijo su nombre. En aquella ocasión, Lucas apareció de inmediato, con mala cara, pero también con una sonrisa completamente distinta a la expresión de hostilidad del día anterior.

—Buenos días, Emily Warner. Has sido muy buena viniendo.

—Siempre vengo los lunes —dijo Emily mientras le alcanzaba el periódico.

—Gracias de todos modos. Pero levanta ese ánimo —dijo Lucas, apoyado contra el umbral de la puerta—. No vas a tener que cambiar las sábanas ni obligarme a tomar pastillas; ya he hecho ambas cosas solito.

—Bien hecho —Emily se quitó la chaqueta y la colgó—. ,¿Cómo se siente?

—No maravillosamente, pero mejor que ayer.

Cosa que quedó de manifiesto por el interés que estaba mostrando en el aspecto de Emily.

—En ese caso, a la cama —dijo ella en tono eficiente—. Lea el periódico mientras recojo.

—Olvídalo. Necesito conversación. Ven a hablar conmigo un rato... —Lucas se interrumpió para toser y Emily señaló el dormitorio.

—Vuelva a la cama, por favor —entró antes que él para preparar las almohadas y abrir la cama—. Debería haber esperado a que yo me ocupara de esto —dijo con severidad—. Porque ahora no se siente tan bien, ¿verdad?

—No —admitió él, y se metió en la cama con un gemido de alivio.

—¿Ha comido algo hoy?

—He bebido algo de leche.

—Supongo que eso es mejor que nada —Emily sonrió con aprobación.

—Bonito hoyuelo —dijo Lucas.

—¿Qué le gustaría comer? —preguntó ella, ignorándolo—. Estaría bien empezar por algo ligero como unos huevos.

—De momento me siento demasiado débil como para levantar el tenedor —

Lucas miró a Emily, irritado—. Ahora siéntate a mi lado y háblame, mujer.

Reacia, Emily, trató de mantenerse firme, pero acabó sentada en una silla que había junto a la cama.

—De acuerdo. ¿De qué hablamos?

—De ti. Háblame de lo que hacías antes de dedicarte a la ingeniería doméstica.

—Trabajaba en una agencia inmobiliaria... pero es un tema aburrido.

—Con esa voz tan sensual, podrías recitar el listín telefónico sin aburrirme en lo más mínimo —Lucas alzó una mano al ver el ceño fruncido de Emily—. Lo siento.

Adelante. Cuéntame por qué cambiaste de carrera.

Ella se encogió de hombros.

—Viví durante un tiempo con un hombre que trabajaba en la misma agencia.

Cuando rompimos me trasladé y dejé el trabajo.

Lucas la observaba con interés.

—Evidentemente, no fue una separación amistosa. ¿Cuándo sucedió todo eso?

—Hace poco. Y ahora, ¿le apetece desayunar?

Lucas hizo una mueca de desagrado.

—La idea de comer no me resulta especialmente seductora. Es muy incómodo tener que levantarse a devolver cada dos por tres.

Emily asintió, compasiva.

—De todos modos, he leído que hay que comer algo. ¿Por qué no lo intenta?

—Con una condición: que me hagas compañía mientras como.

—Si insistes...

—En absoluto. ¡Te lo pido amablemente!

Emily rio y fue a la cocina. Cuando volvió al dormitorio con una bandeja cargada Lucas la recibió con una mirada de evidente impaciencia. Ni siquiera había abierto el periódico.

—Siento haber tardado tanto. Estoy acostumbrada a limpiar su cocina, no a cocinar en ella.

—Cosa que no deberías estar haciendo en absoluto —dijo él, irritado.

—Por supuesto que sí —Emily colocó una toalla limpia sobre el regazo de Lucas. Tras alcanzarle un tenedor y el plato con los huevos revueltos, se sentó de nuevo—. ¿Sal y pimienta? —preguntó—. He aderezado un poco los huevos, pero puede que quiera algo más.

—Están perfectos —dijo Lucas, saboreándolos—. Y ahora, entretenme mientras como. ¿De dónde eres?

—De Chastelcombe, en Gloucestershire.

Lucas sonrió.

—Del mismo condado que yo. Así que los dos somos unos paletos

de campo.

Emily pensó que era difícil imaginar a alguien menos paleto que Lucas Tennent.

Incluso tumbado en la cama y con el rostro demacrado.

—Habla por ti mismo —dijo con descaro, y enseguida se mordió el labio.

—¿Y ahora qué pasa?

—No dejo de olvidarlo.

—¿De olvidarlo? —Lucas entrecerró los ojos—. Ah, sí. Yo soy el amo y tú la esclava.

Emily le lanzó una mirad iracunda.

—¡Yo no lo expresaría exactamente así!

—Eso espero —dijo Lucas, y miró su plato vacío con expresión de sorpresa—.

Estaba muy bueno. Gracias.

Emily llevó las cosas a la cocina y volvió al cabo de un rato con dos tazas de café. Entregó una a Lucas y se sentó de nuevo en la silla.

—Ahora tiene mejor aspecto.

—Y me siento mejor —Lucas bebió su café con auténtico placer—. Y ahora cuéntame más cosas, Emily. ¿Qué curso estás haciendo?

Ella dudó un momento antes de contestar.

—Mentí respecto a eso.

—¿En serio? —Lucas miró con expresión divertida el rubor que había cubierto las mejillas de Emily—. ¿Y a qué te dedicas exactamente con tu ordenador? ¿A desvelar altos secretos militares?

—A nada tan excitante. Trato de escribir una novela. Mientras limpio pienso en lo que voy a escribir y luego lo paso al ordenador. Pero si no hubiera sido tan estúpida como para mentirle cuando me pilló trabajando aquí —añadió con franqueza—, ahora mismo no se lo estaría contando. Nadie lo sabe. Ni siquiera mi familia.

—Mis labios están sellados —aseguró Lucas a la vez que se llevaba una mano al corazón—. ¿Pero por qué guardarlo en secreto?

Emily alzó levemente la barbilla antes de contestar.

—He experimentado recientemente una forma bastante humillante de rechazo.

Cuando rechacen mi manuscrito, preferiría que nadie se enterara.

Capítulo 3

LUCAS miró a Emily con respeto mientras se levantaba a rellenar su taza de café.

—Eres una dama llena de sorpresas.

—En realidad no. Siempre he hecho todo según las normas.

—¿Qué pasó?

—Miles Denny. Eso fue lo que pasó —Emily volvió a sentarse—. A mi familia no les gustaba.

—A mí tampoco.

—Pero si no lo conoce —dijo Emily riendo.

—No hace falta —Lucas frunció el ceño—. Creía que ayer habíamos quedado en que me tutearías.

Emily le lanzó una mirada fulminante y volvió a ponerse en pie.

—De acuerdo... ¡Lucas! Ahora voy a limpiar.

—¡No te vayas todavía! Por favor...

—Aún tengo que limpiar y recoger —dijo con firmeza a la vez que tomaba la bandeja—. Pero volveré enseguida a pasar unos minutos contigo. Deberías tratar de dormir.

—Puedo hacer eso cuando esté solo —replicó él, testarudo.

Mientras Emily cargaba el lavavajillas entabló una batalla perdida con su sentido común. Había cumplido su objetivo acudiendo a ver qué tal estaba Lucas Tennent, dándole de comer y asegurándose de que no había empeorado, de manera que debería volver a casa cuando terminara su rutina habitual. Pero el hecho de ,que un hombre como Lucas Tennent estuviera empeñado en que le hiciera compañía era todo un bálsamo para su vapuleado ego. Además, pensó, animándose, aquella era una posibilidad que debía aprovechar para su novela. Cuanto más tiempo estuviera con él, más información obtendría sobre el héroe de su novela.

Tras recoger el cuarto de estar, el baño y la cocina, se cepilló el pelo, se pintó los labios y fue a reunirse de nuevo con Lucas, que la miró con expresión acusadora.

—Pensaba que te habías ido —dijo, y Emily no pudo evitar una sonrisa al pensar que su expresión de reproche era muy parecida a la del pequeño Tom cuando se ponía de morros.

—¿Qué encuentras tan divertido? —preguntó él.

—Me has recordado a alguien.

—No será al tal Miles, ¿no?

—No. El «alguien» a quien me refiero me cae muy bien.

—¿Quién es?

—El hijo de mi casero.

—¿Uno de los gemelos?

—Lo has recordado —dijo Emily, sorprendida, y se sentó.

—De momento recuerdo todo lo que me has dicho —aseguró Lucas —. Me he sentido demasiado mal como para leer o ver la televisión, así que me he limitado a permanecer aquí tumbado pensando en ti.

—Es hora de que me vaya —dijo Emily precipitadamente y se levantó, pero él la sujetó por la mano.

—No estaba tratando de ligar. Solo pretendía decir que me interesas.

—¿Eso es un cumplido?

—Es la verdad —dijo Lucas con sencillez, y le soltó la mano.

Aplacada, Emily volvió a sentarse.

—Por cierto, Lucas, el nuevo número de teléfono que te dejé apuntado no aparece en el listín. Mi familia lo tiene, por supuesto, y mis mejores amigos, pero...

—Miles no —concluyó Lucas por ella.

—Ese es el problema. Lo ha conseguido de algún modo. Anoche me llamó.

—¿Hablaste con él?

—No. Solo escuché mientras dejaba un mensaje. No sé cómo ha logrado averiguar mi teléfono, pero ahora temo que averigüe también mis señas —Emily se estremeció ante aquella posibilidad.

Lucas frunció el ceño.

—¿Tienes miedo de ese tipo, Emily?

—Desde luego que no. Simplemente, no quiero volver a verlo.

—¿Por qué lo dejaste?

Los labios de Emily se tensaron.

—Por la razón habitual.

—¿Otra mujer?

—Una a la que conozco personalmente, pero probablemente hubo muchas más

—Emily se encogió de hombros—. Es una historia aburrida.

—En ese caso, háblame de tu familia.

A punto de fingir una cita ficticia, Emily dudó. Lucas Tennent estaba disfrutando de su compañía. Y ella estaba disfrutando de la de él. Pero no se hacía ilusiones. Sin la gripe, nada de aquello estaría pasando. Lucas entrecerró los ojos.

—Estás a punto de decir que no puedes quedarte. ¿Tienes que ir a casa de los Donaldson?

—No, hoy no. Pero debería irme a casa.

—No me digas que volvemos a la tontería del jefe y la empleada — dijo Lucas, irritado.

—Deberías estar descansando.

—Eso puedo hacerlo cuando te hayas ido —miró a Emily con expresión pícara

—. Podría pagarte por el tiempo extra.

—Ni hablar —espetó ella.

Él sonrió.

—Suponía que con eso bastaría. Entonces, estamos de acuerdo. Quédate un rato y habla conmigo.

Desarmada por, su sonrisa, Emily cedió y le hizo un resumen de sus orígenes.

Su padre era un clérigo retirado y su madre una experta en historia local y una devoradora de novelas de crímenes.

—Una combinación con sus desventajas —dijo con ironía—. No le hizo ninguna gracia que me trasladara a Spitalfields, porque en otra época fue uno de los lugares favoritos de caza de Jack el Destripador, aunque está muy interesada en los esqueletos romanos que aparecieron en la zona. También tengo un hermano —

continuó—. Andrew es director del departamento de educación física en el colegio en que se graduó con Nat Sedley, mi casero. Son amigos desde entonces, y ese fue el motivo de que Nat me ofreciera un dormitorio en su casa cuando dejé a Miles.

—¿Y tu casero está casado con la madre de los gemelos?

—Sí, pero están separados. Thea vive con los niños en su casa cerca de Chastlecombe y Nat vive solo aquí. Pero desea desesperadamente recuperar su vida con Thea. Suele quedarse con los gemelos un fin de semana sí y otro no, pero cada vez que tiene que separarse de ellos se queda destrozado. Es colega de Liz Donaldson, tu vecina —Emily sonrió—. La interrogó minuciosamente sobre ti antes de permitir que aceptara el trabajo.

Lucas la miró con expresión irónica.

—¿Estás segura de que ese hombre aún ama a su mujer?

—Nat solo estaba actuando en nombre de mi hermano para asegurarse de que mi jefe fuera una persona decente. Por suerte, pasaste la prueba.

Lucas rió y al hacerlo se llevó una mano a la cabeza con una mueca de dolor.

—Yo también me alegro de haberla pasado.

—¿Te duele mucho la cabeza? —preguntó Emily, preocupada.

—Solo cuando me rio.

—Voy a darte otras pastillas y luego deberías dormir.

—Si lo hago, desaparecerás —Lucas miró a Emily con la evidente intención de engatusarla—. Si prometo dormir un rato, ¿te quedarás esta tarde y tomarás luego el té conmigo? Entretanto, descansa, mira

la tele o lee. En otra ocasión podrías traer tu ordenador para trabajar con tu novela.

—No habrá otra ocasión. Pronto estarás bien.

—No. Estoy muy enfermo.

—En ese caso, será mejor que llames a un médico.

—No quiero un médico. Solo quiero que te quedes un rato. Aunque no te culpo por querer salir corriendo —añadió Lucas con expresión sombría.

Emily lo miró en silencio unos momentos. Luego, asintió, reacia.

—De acuerdo, me quedaré hasta las seis, pero luego debo irme. Tengo que ir a casa de los Donaldson mañana por la mañana, antes de que vuelvan de viaje.

—Puedes quedarte a pasar la noche en la habitación libre. Solo por esta vez —

añadió Lucas enseguida—. Pagaré encantado por tu tiempo extra.

Emily lo miró con expresión burlona, tomó dos pastillas de paracetamol de la mesilla de noche, sirvió un vaso de agua hasta arriba y se lo entregó.

—Hasta la última gota, por favor.

Lucas obedeció y luego le dedicó una sonrisa que hizo que las rodillas se le volvieran de goma.

—Gracias, Emily. Prometo que no volveré a mencionar el dinero.

Tras poner el lavavajillas en marcha, Emily fue a sentarse en uno de los sofás del cuarto de estar y se puso a leer. Unos minutos después, las palabras empezaron a amontonarse ante su vista y decidió tumbarse un rato allí mismo. Programó su despertador mental para media hora después, con intención de ir a ver qué tal estaba el enfermo. Pero cuando despertó se llevó un sobresalto al ver a Lucas mirándola.

—Lo siento mucho —dijo, arrepentida, y se levantó de inmediato para ponerse los zapatos.

—Reinaba tal silencio que he pensado que te habías ido a casa, así que he venido a comprobarlo.

—No deberías salir de la cama —Emily tomó a Lucas del brazo para llevarlo al dormitorio, pero lo soltó enseguida al notar lo caliente que estaba su piel a través de la tela del pijama.

—Vuelve a hacer eso. Me ha gustado.

Emily lo miró, exasperada.

—Si vuelves a la cama, te preparo un té.

—Té para dos —dijo él con firmeza, y se volvió para toser.

—¿Lo ves? Vuelve a la cama, Lucas, por favor —rogó Emily, y se ruborizó al ver la mirada que le dirigió él.

—Haría cualquier cosa por ti, Emily —aseguró, y a continuación volvió al dormitorio sin dejar de toser.

Ella fue a la cocina a preparar el té y a tostar unos panecillos. Cuando entró con la bandeja en el dormitorio encontró a Lucas sentado en la cama, apoyado contra el cabecero. Tenía muy mala cara, cosa que preocupó a Emily, aunque le sonrió mientras dejaba la bandeja.

—¿Te sientes mejor?

—Lo cierto es que no —admitió él a la vez que miraba los panecillos con expresión pesarosa—. Odio ser desagradecido, Emily, pero no tengo hambre.

—De acuerdo. En ese caso, toma solo el té.

Él bebió con auténtica sed y luego volvió a apoyarse contra las almohadas como si el esfuerzo lo hubiera dejado agotado.

—Me siento muy débil. ¿Te pasó a ti lo mismo?

—Sí. Pero mi madre llamó al médico y este me recetó unos antibióticos. Así que mejoré enseguida —añadió Emily elocuentemente—. Te ha subido la fiebre y noto que te cuesta respirar. Necesitas un médico. ¿Hay alguno en especial al que quieras que llame?

—Es solo la gripe —protestó Lucas—. No necesito un médico... —se interrumpió para volver a toser y Emily le alcanzó la caja con los pañuelos de papel.

El teléfono sonó en aquel momento.

—Contesta, por favor —dijo Lucas.

Emily descolgó el auricular y pronunció un cauteloso «hola».

—Soy Alice Tennent —dijo una atractiva voz al otro lado de la línea—. ¿Está Lucas?

Emily entregó el teléfono a Lucas, cuya frente se había cubierto de sudor mientras luchaba con sus toses. Murmuró un rápido saludo, pero un nuevo ataque de tos lo obligó a entregar de nuevo el teléfono a Emily.

—Mi hermana... explícale...

—Me temo que su hermano no se siente muy bien, señorita Tennent —dijo Emily.

—¡Parece que se está muriendo! ¿Lo ha visto un doctor?

—Se niega a llamar a uno a pesar de que es bastante probable que tenga una infección.

—Bien. Que se ponga otra vez, por favor.

Emily volvió a entregar el teléfono a Lucas y vio con expresión divertida que este protestaba enérgicamente antes de devolverle una vez más el auricular.

—Quiere hablar contigo —gruñó.

—¿Con quién estoy hablando exactamente? —preguntó Alice con amabilidad.

—Con Emily Warner, la asistenta de su hermano —contestó Emily, ignorando la expresión de cólera de Lucas—. Me he quedado esta tarde porque estaba preocupada por él.

—Es muy amable por su parte. Escuche, señora Warner...

—Señorita.

—Señorita Warner. Acabo de decirle a Lucas que si no se comporta voy a enviar a mi madre a que lo cuide, en cuyo caso ella también caerá enferma de gripe.

Lógicamente, Lucas no quiere oír hablar de ello. Iría yo personalmente, pero estoy llamando desde Italia. ¿Podría ocuparse usted de llamar al médico y esperar ahí hasta que llegue?

—Por supuesto, señorita Tennent. Y si el médico lo considera necesario, me quedaré a pasar la noche.

—No sabe cuánto se lo agradezco. Me acaba de quitar un gran peso de encima.

Ahora vuelva a ponerme con Lucas para que le lea la cartilla.

Lucas se mostró sorprendentemente dócil mientras escuchaba sin apartar la mirada de Emily.

—¿Has dicho en serio lo de quedarte esta noche? —preguntó tras devolverle el teléfono.

—Por supuesto —Emily tomó la bandeja—. ¿Dónde puedo encontrar el número de tu médico?

—En la agenda que hay sobre mi escritorio, en la galería —Lucas se pasó una mano por la frente para secarse el sudor—. Solo he ido a su consulta en una ocasión.

Puede que no haga visitas a domicilio.

—Más le vale —dijo Emily.

Explicó el problema de Lucas a una recepcionista, le dio las señas y luego volvió con Lucas, que cada vez tenía peor aspecto.

—El doctor vendrá pronto.

—¿El doctor Barnett?

—No me han dicho cuál. Probablemente, el que esté de guardia —Emily miró a Lucas con expresión preocupada—. ¿Cómo te encuentras?

—No muy bien. Me duele respirar. No lo entiendo. Me sentía mejor antes.

Emily fue al baño, tomó una toalla y un paño que humedeció un poco y volvió junto a Lucas.

—Voy a pasártelo por la frente.

—No tienes por qué molestarte —protestó Lucas.

—No, pero te sentirás mejor si lo hago —tras pasar el paño por su frente, se la secó con la toalla y luego le alcanzó un vaso lleno de agua —. Bébelo.

—Podría devolver de nuevo —protestó Lucas.

—Estás sudando tanto que te deshidratarás si no bebes.

Lucas cedió, dio unos sorbos al vaso y luego se esforzó por sonreír.

—Seguro que lamentas haberte quedado el viernes.

—Oh, no. Me alegra poder ayudar —Emily lo miró a los ojos—. ¿Cómo te las habrías arreglado si no?

—Eso mismo me he estado preguntando yo todo el día, Emily Warner.

—No sé cuánto tardará el médico. No estaría mal volver a cambiar las sábanas de la cama, pero tal vez será mejor dejar las cosas como están.

—¿Para que el médico pueda ver lo mal que estoy?

—Exacto —respondió Emily en tono despreocupado, aunque por dentro estaba inquieta. La frente de Lucas estaba tan caliente que temía que fuera a caer con neumonía—. Probablemente soy la única persona que no utiliza móvil —dijo en tono de disculpa—. ¿Puedo hacer una llamada?

—Por supuesto. Utiliza este teléfono o cualquiera de los de fuera si quieres intimidad.

Emily permaneció en la habitación y llamó a Nat.

—Hola, soy Emily. Solo quería que supieras que no voy a poder ir esta tarde y tampoco esta noche.

—No hace falta que me des explicaciones —aseguró Nat.

—Ya lo sé —Emily se ruborizó al sentir la irónica mirada que le dirigió Lucas—.

Pero he pensado que era mejor llamarte.

—Te lo agradezco —dijo Nat cálidamente—. Ya nos veremos.

—Pídele mis disculpas también a Mark y dile que ya limpiaré otro día sus habitaciones.

Emily colgó el teléfono y miró a Lucas con expresión desafiante.

—Era mi casero.

—¿Y estás segura de que no hay nada entre...? —Lucas se interrumpió por un ataque de tos y movió la mano en señal de disculpa—. Lo siento. No es asunto mío.

Ella le lanzó una mirada desafiante.

—Voy a tener que dejar mis otros trabajos de limpieza esta tarde y desde que vivo en casa de Nat nunca he pasado una noche fuera, así que me ha parecido una norma de simple cortesía avisarlo. Pero tienes

razón... no es asunto tuyo.

Casi habían dado las dos cuando sonó el timbre de la puerta, y para entonces Lucas parecía tan enfermo que Emily empezaba a estar realmente preocupada.

—Soy la doctora Hall —dijo una mujer joven cuando Emily abrió la puerta—.

He venido en cuanto he podido. ¿Cómo está el señor Tennent?

—No muy bien. Gracias por venir —Emily condujo a la doctora hasta el dormitorio de Lucas y la hizo pasar—. Esta es la doctora Hall, Lucas —anunció, y reprimió una sonrisa ante su expresión consternada al ver que se trataba de una mujer.

—Siento haberla hecho venir —dijo Lucas con voz ronca, pero la joven doctora sacó su estetoscopio y se encogió de hombres.

—Forma parte de mi trabajo, señor Tennent. Siéntese, por favor.

Tras examinar detenidamente a Lucas, se sentó en una silla para escribir una receta, que entregó a Emily junto con unas pastillas.

—Estos son algunos antibióticos para empezar. El resto tendrá que comprarlos con esta receta.

—¿Viviré, doctora? —preguntó Lucas.

—Tiene una infección respiratoria, pero no creo que se complique si sigue mis instrucciones —la doctora se volvió hacia Emily—. Ocúpese de que beba mucho y pásele una esponja húmeda por el rostro si tiene demasiada fiebre. Para empezar, déle una pastilla cada cuatro horas. A partir de mañana puede tomar una cada ocho horas.

—Gracias —dijo Emily—. La acompaño —una vez en el vestíbulo, donde Lucas no podía oírlas, preguntó—: ¿Existe peligro de que caiga con neumonía?

—Lo dudo. El señor Tennent parece estar en muy buena forma, de manera que cuando la medicación haga su efecto mejorará rápidamente —la doctora Hall miró a su alrededor con curiosidad—. ¿Cómo se gana la vida?

—Trabaja para un banco.

—Ah. Muchas horas y mucho estrés. Algo parecido a mi trabajo, solo que mucho mejor pagado. Déjele claro que no va a volver a trabajar hasta que no se haya terminado los antibióticos.

Emily sonrió, incómoda.

—No tenemos esa clase de relación. Solo soy su asistenta.

La doctora pareció sorprendida.

—Oh... lo siento. ¿Hay alguien más que pueda cuidar, de él?

—De momento, solo yo. ¿Cree que necesita una enfermera profesional?

—En absoluto. Si usted está dispuesta a cuidarlo, perfecto. Y ahora

será mejor que me vaya; aún me esperan unas cuantas visitas —sonrió —. Buena suerte.

—¡Probablemente la necesitaré! Adiós, doctora.

Emily volvió al dormitorio, sirvió agua en un vaso y alcanzó a Lucas su primer antibiótico.

—¿Y si lo devuelvo? —preguntó él tras tragar obedientemente la pastilla.

—No lo devolverás —dijo Emily con firmeza—. Piensa positivamente.

—Sí, enfermera —Lucas logró sonreír—. Eres una criatura muy mandona.

Como la médico.

—Parecía cansada —dijo Emily en tono de reproche.

—Le estoy muy agradecido por haber venido. Y a ti también —añadió Lucas—.

¿Cómo podría compensarte?

Emily sonrió, incómoda.

—Solo necesito el dinero que gasté en la compra.

—Por supuesto —dijo Lucas de inmediato—. Mi cartera está en el cajón superior de la cómoda. Toma lo que necesites.

Emily salió rápidamente, ruborizada. Pero no había necesidad de mostrar un falso orgullo. Estaba dispuesta a cuidar de Lucas Tennent unas horas si era necesario, pero no tenía por qué pagarle su comida. Tomó de su bolso el recibo de la compra del día anterior y volvió al dormitorio.

—Esto es lo que gasté —anunció a la vez que se lo alcanzaba.

—No necesito verlo, mujer —dijo Lucas con aspereza—. Toma el maldito dinero que necesites.

Emily fue a la cómoda, sacó un billete de veinte libras de la cartera, tomó el cambio exacto de la suya y lo dejó sobre el mueble.

—Ahora te dejaré a solas para que duermas un rato —dijo, y se volvió para salir.

—Emily.

Ella se volvió.

—¿Sí?

—Siento haberte hablado así.

Emily miró a Lucas un momento. Sus ojos brillaban a causa de la fiebre.

—Seré caritativa y achacaré tu reacción al estado de tu salud. Estoy en la cocina si me necesitas.

—Quédate aquí conmigo... —Lucas empezó a toser de un modo tan violento que Emily acudió a su lado para ayudarlo a erguirse. Luego,

le hizo beber un poco de agua—. ¿Por favor? —añadió él tras tomar un sorbo.

—De acuerdo —dijo ella, respirando casi tan fuerte como él mientras colocaba las almohadas contra la cabecera—. Necesito un té, pero, si quieres, lo traeré aquí para tomarlo contigo.

Lucas asintió sin decir nada y Emily sonrió.

—¿Te gustaría tomar algo?

—No. Solo prepara tu té. Dios sabe que lo mereces... junto con cualquier cosa de las que poseo que te guste.

—Me conformo con el té, gracias.

—Emily...

—¿Sí?

Lucas la miró a los ojos.

—El tal Miles debe de estar completamente loco.

—En realidad no —Emily sonrió de nuevo para sacar a relucir deliberadamente su hoyuelo—. Es simplemente el prototipo del varón medio.

Capítulo 4

CUANDO Emily volvió al dormitorio de Lucas lo encontró dormido. Tras observarlo un rato decidió que podía arriesgarse a bajar y decidió salir a por el resto de los antibióticos.

Mientras le preparaban la receta en la farmacia fue a hacer unas compras básicas y luego regresó al apartamento. Cuando entró encontró a Lucas apoyado contra el taquillón del recibidor.

—¿Dónde diablos has estado? —preguntó con evidente hostilidad.

Emily se puso tensa al escuchar su tono.

—Comprando.

Lucas le dedicó una mirada de desprecio, volvió tambaleándose al dormitorio y dio un portazo.

Furiosa, Emily se quitó la chaqueta, llevó la bolsa de la compra a la cocina y luego fue al dormitorio para enfrentarse con el inválido.

—Te he traído el *Financial Times* —dejó el periódico sobre la cama.

—No te lo he pedido —gruñó Lucas, y volvió la mirada.

La compasión de Emily se esfumó por completo. Lucas Tennent no le pagaba lo suficiente para aguantar aquello.

—Si te sientas un momento en la silla te arreglaré la cama.

Lucas maldijo entre dientes y se irguió.

—Deja que te ayude —Emily fue a tomarlo por el codo, pero él la apartó.

—Puedo hacerlo solo —se levantó por su propio pie y, tambaleante, ocupó la silla que estaba junto a la cama.

Emily colocó rápidamente las almohadas, estiró las sábanas y la colcha y luego dobló una esquina.

—Antes de meterte de nuevo en la cama, ¿por qué no haces una visita al baño?

Lucas se levantó y la miró con expresión malévola.

—Cada vez me cae mejor tu ex amante. Si le dabas órdenes como un auténtico sargento, no me extraña que te engañara —entró en el baño y cerró la puerta.

Emily reprimió su deseo de arrojar algo contra esta y fue a la cocina a vaciar la bolsa de la compra y a preparar café. Estaba a punto de poner las dos tazas en la bandeja cuando pensó que, probablemente, Lucas diría que no quería café, en cuyo caso correría el riesgo de que se lo arrojara a la cara, estuviera enfermo o no.

Llamó a la puerta del dormitorio y al entrar encontró a Lucas en la cama, con la espalda apoyada contra las almohadas y el ceño fruncido.

—Has estado fuera comprando mucho tiempo —dijo en tono acusador—. ¿Qué era tan urgente que no podías sobrevivir sin ello ni siquiera un día?

—El resto de sus antibióticos, señor Tennent —dijo Emily, y los dejó enérgicamente sobre la mesilla—. Cuando he terminado de planchar aún estaba dormido y me ha parecido un buen momento para bajar a la farmacia antes de que cerraran. No he estado fuera más de media hora, pero me declaro culpable de haber ido a comprar algo mientras preparaban la receta. Tonterías como pan, leche y cosas parecidas.

La mirada consternada de Lucas fue casi cómica.

—Emily... —no pudo decir más porque sufrió un nuevo ataque de tos. Pasaron unos momentos antes de que pudiera volver a hablar—. Lo siento. Temía que te hubieras ido... y no te culparía si lo hubieras hecho.

—He dicho que me quedaría y eso pienso hacer —dijo Emily con frialdad—.

Pero solo hasta mañana, señor Tennent. He preparado café; ¿le apetece un poco?

Él asintió sin dejar de mirarla.

—Mi comentario sobre tu ex amante ha estado totalmente fuera de lugar. Lo siento.

—Olvídelo —dijo Emily con brusquedad.

Cuando volvió con el café, Lucas la miró con aire taciturno.

—¿Tú no vas a tomar café?

—Sí, señor Tennent. En la cocina, con un sándwich. ¿Le apetece algo?

—Sí. ¡Que dejes de tratarme de usted!

Emily suspiró.

—Me refería a si te apetecía algo de comer.

—No, gracias. A menos que tengas un trozo de tarta de humildad a mano —

añadió Lucas con una repentina e irresistible sonrisa.

Pero Emily, aún dolida por el comentario sobre su parecido con un sargento, se mostró inmune a ella.

—Volveré luego —dijo brevemente, y salió.

En la cocina, comió el sándwich, bebió el café, terminó de planchar y luego fue al cuarto de estar a leer su libro. Media hora después volvió al dormitorio y, al ver el mal aspecto de Lucas, su enfado se esfumó al instante mientras apoyaba una mano en su frente.

—Estás ardiendo —murmuró, preocupada—. Será mejor que te pase un paño húmedo.

—¡No! —protestó Lucas.

—Solo estoy siguiendo las instrucciones de la doctora.

—Yo mismo me pasaré el paño. Lo haré la próxima vez que salga

de la cama.

—¿Por qué no me dejas hacerlo a mí? —preguntó Emily, impaciente.

—Por razones obvias.

—¿Te refieres a porque soy tu asistenta?

—¡No! —exclamó Lucas, y se arrepintió porque sufrió otro ataque de tos—.

Diablos —murmuró luego, y se cubrió los ojos con un brazo—. ¿Cuánto tardan estos antibióticos en hacer efecto?

—Funcionarán con mucha más rapidez si cooperas.

—Dime qué tengo que hacer y lo haré.

—Quédate en la cama a menos que sea absolutamente necesario —replicó Emily

—. ¿Cuánto tiempo has estado merodeando por el vestíbulo antes de que volviera?

—No mucho.

—Evidentemente, demasiado. De ahora en adelante, ¿te quedarás en la cama, Lucas? ¿Por favor?

—Sí, Emily. Haré cualquier cosa por ti. Pero lo de pasarme el paño húmedo no tiene nada que ver con mi enfado. Es un problema hombre-mujer. Los prototipos de varón medio como yo tenemos nuestro orgullo.

Emily sonrió a pesar de sí misma.

—¿No puedes pensar en mí como si fuera una simple enfermera?

Lucas le dedicó una larga y explícita mirada.

—Puede que seas un ángel misericordioso, pero también eres una mujer. Y yo soy muy consciente de ello. Y ahora —añadió, resignado—, voy a despertar tu cólera volviendo a salir de la cama. Necesito ir al baño de nuevo —su boca se curvó en una mueca—. Todo esto resulta tan condenadamente íntimo...

—Me siento tan tembloroso como un potrillo recién nacido —dijo cuando salió del baño—. ¿Qué estabas haciendo antes de venir a verme la última vez?

—Leyendo.

—Trae aquí tu libro.

—Si lo hago no te dormirás.

—No me dormiré de todos modos. Necesito compañía. Tú compañía —un intenso estremecimiento recorrió el cuerpo de Lucas—. Me duele todo. No sabía que la gripe fuera algo tan endiablado.

—En los primeros tiempos de la reina Victoria morían hasta mil personas al día a causa de la gripe —dijo Emily—. Pero, mientras seas razonable, tú no morirás. ¿Te apetece ahora un poco de sopa?

—¿Podemos dejarlo para después? Solo quédate conmigo un rato.

Emily dudó un momento, pero finalmente cedió.

—De acuerdo. Pero solo si tratas de dormir. Voy a por mi libro.

Cuando regresó, Lucas la miró con expresión desanimada.

—Ahora que lo he pensado, puede que no sea buena idea que pases aquí el tiempo conmigo.

—¿Lo dices por un posible contagio? —dijo Emily, mientras se sentaba—. Ya es demasiado tarde para preocuparse por eso. Además, últimamente tomo multivitaminas, siguiendo las instrucciones de mi madre, por supuesto. Y tiene razón. Parece que funcionan —sonrió—. Si mañana te consigo algunas, ¿las tomarás?

—Sí —dijo Lucas, con la mirada fija en la boca de Emily—. Sonríeme así y haré todo lo que quieras.

Ella apartó su sorprendida mirada de él y trató de centrarse en el libro. Pero fue un esfuerzo inútil. Estando allí era intensamente consciente del hombre que estaba tumbado en la cama. De todos modos, se obligó a permanecer quieta mirando el libro durante lo que le parecieron horas.

Su táctica dio resultado. Cuando finalmente se animó a mirar a Lucas, vio que tenía los ojos cerrados. Más relajada, logró concentrarse en la lectura. Cuando volvió a mirarlo vio que tenía sus ojos fijos en ella.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Lucas sonrió, adormecido.

—Estaba pensando en lo reconfortante que resulta despertar y encontrarte aquí.

Pero pareces cansada. ¿Estás segura de no haber pillado el maldito virus?

—Totalmente, así que no volvamos a hablar del tema —dijo Emily con cierta brusquedad—. Y ahora, ¿te apetece un poco de sopa? —cuando se inclinó para estirar la colcha de la cama, él se apartó.

—No —repitió Lucas con aspereza—. De hecho, he cambiado de opinión. Será mejor que te vayas a casa. Puedo ocuparme solo de tomar mis pastillas.

Emily lo miró, exasperada.

—¿Cuál es el problemas ahora?

—Tú eres el problema.

Emily se apartó de la cama, ofendida.

—Digas lo que digas no pienso irme a casa. Al menos hoy. Me apartaré de tu presencia, pero me quedaré en la casa porque la doctora lo ha considerado necesario y porque se lo he prometido a tu hermana. Pero solo hasta mañana. Después puedes hacer lo que

quieras —añadió antes de girar sobre sus talones.

—¡Emily!

Ella se detuvo ante la puerta, pero no se volvió.

—¿Sí?

—Sé que piensas que soy un desagradecido, pero estarías más segura si te fueras a casa.

Emily suspiró y se volvió.

—Como no dejo de repetirte, es muy poco probable que ese virus vuelva a atacarme. Ahora trata de descansar. Volveré a verte más tarde.

Lucas volvió el rostro sobre la almohada a la vez que murmuraba algo ininteligible.

Si no hubiera sido porque le había prometido a Alice Tennent que se quedaría allí, Emily habría vuelto de inmediatamente a su casa. Estaba cansada y los cambios de humor de Lucas resultaban cada vez más inaguantables. Volvió al sofá del cuarto de estar consolándose con el pensamiento de que solo iba a tener que quedarse allí una noche. Después, aquel desagradecido podría cuidar de sí mismo.

Un rato después volvió al dormitorio, llamó a la puerta y asomó la cabeza.

—Veo que sigues ahí —dijo Lucas con voz ronca.

—Brillante deducción. ¿Cómo te sientes?

—Ya no me duele tanto todo el cuerpo —dijo él, ligeramente sorprendido, y sonrió—. Después de todo, puede que sobreviva.

—¿Te apetece un poco de sopa ahora?

Lucas lo pensó un momento y luego asintió.

—¿De qué es?

Emily sonrió y asintió.

—De champiñones. He comprado dos latas cuando he bajado.

—¿Tú vas a tomar?

—Sí.

—Supongo que no servirá de nada que te pida que vengas a tomarla aquí, ¿no?

—No.

Cuando Emily regresó con un cuenco de sopa y unas tostadas encontró a Lucas sentado en la cama y con una sonrisa satisfecha en el rostro.

—Te he ahorrado la molestia de arreglar la cama.

—Qué detalle por tu parte —dijo Emily, distante. Colocó una toalla sobre el regazo de Lucas—. ¿Qué te gustaría beber luego?

—Lo que vayas a tomar tú.

Emily volvió a la cocina a calentar su sopa y se preguntó cuánto

tiempo duraría la representación del paciente perfecto. Era evidente que Lucas se sentía mejor después de haber descansado, pero dudaba que aquello fuera a durar toda la tarde.

Después de tomar la sopa con algunas tostadas con mantequilla, preparó un té y llevó una taza a Lucas. Cuando entró en el dormitorio vio que se había comido todo lo que le había llevado.

—Bien —dijo mientras llenaba un vaso de agua y le daba su antibiótico—. Este es un buen momento para que también tomes un poco de paracetamol.

—Lo que tu digas —dijo Lucas, en un tono tan dócil que Emily no pudo evitar dedicarle una mirada de suspicacia—. Estoy esforzándome por satisfacerte —añadió

—. ¿O no lo has notado?

—Claro que lo he notado.

De vuelta en la cocina, Emily frunció el ceño mientras se sentaba en un taburete a tomar su té. La semana anterior, a aquella misma hora, ni siquiera conocía a Lucas Tennent. Sin embargo, allí estaba, cuidando de un completo desconocido en unas circunstancias tan íntimas que normalmente eran prerrogativa de una esposa o de una pareja de alguna clase.

Cuando volvió al dormitorio encontró a Lucas recuperándose de un ataque de tos.

—Puede que te cueste imaginarlo, Emily Warner —dijo él, jadeante—, pero normalmente me levanto temprano, remo un rato y luego voy caminando al centro.

Allí, entre otras cosas, mi trabajo incluye investigar y analizar complejos informes de Bolsa para asesorar a nuestros clientes sobre las mejores inversiones —se miró a sí mismo con impotencia—. Pero ahora mismo siento mis piernas como si fueran espaguetis y ni siquiera puedo concentrarme en el periódico.

—Sé cómo te sientes. Yo he pasado por lo mismo. Pero no te preocupes. Pronto volverás a estar como siempre —Emily miró su reloj—. Trata de descansar. Volveré más tarde.

Mucho más tarde, decidió. Cuando fuera la hora del siguiente antibiótico. Y

después dejaría a Lucas solo hasta las dos de la mañana. Bostezó y puso el despertador de su reloj por si se dormía. Luego, se sentó en el sola a leer su novela.

La terminó justo antes de que sonara la alarma. Se levantó, se estiró, se puso los zapatos y fue a ver al león en su guarida. Pero justo cuando lo quería despierto lo encontró dormido, con el pelo prácticamente pegado a su frente y la camiseta empapada.

—Lucas —dijo con suavidad a la vez que le tocaba la mano.

El murmuró algo, apartó la mano y abrió los ojos. Y sonrió.

—Hola —saludó Emily con suavidad—. Siento despertarte, pero es hora de que tomes tu medicación.

Lucas parpadeó, se irguió en la cama y arrugó la nariz con desagrado.

—Vaya, vuelvo a estar empapado.

Emily fue a la cómoda y sacó una camiseta limpia.

—Será mejor que te pases un paño mojado.

Lucas sacó las piernas de la cama y se quedó sentado en el borde.

—Al menos he conservado la sopa en el estómago —dijo, más animado.

—Estás mejorando. Date prisa. Yo cambiaré la cama mientras te lavas.

Lucas se puso en pie, tomó la muda que le entregó Emily y entró en el baño.

Ella se ocupó de cambiar la cama. Al comprobar que hasta la colcha estaba húmeda, la retiró y fue a por la que había en la cama de la habitación de invitados después de pasar por la cocina para meter las sábanas en la lavadora. Cuando volvió al dormitorio oyó el ruido de la ducha en el baño.

La cama estaba lista y esperando cuando Lucas salió.

—Olía como una mofeta. No podía soportarlo —dijo mientras se frotaba el pelo húmedo con una toalla.

—Lo comprendo —replicó Emily, sorprendiéndolo.

—Temía que fueras a enfadarte al oír la ducha.

—¿Y qué sentido habría tenido? No podía entrar a sacarte a la fuerza de debajo del agua. Pero espero que tengas un secador.

—Hay uno en la cómoda de la habitación de invitados.

—Bien. Iré a por él. Ponte la bata y siéntate en la silla.

—¿Vas a secarme el pelo?

—Solo para asegurarme de que quede bien seco. Me niego a que caigas con una neumonía después de toda la guerra que estás dando.

Emily fue a la habitación de invitados y abrió la cómoda que, como todas las demás cómodas de la casa, caía fuera de su jurisdicción en cuanto a la limpieza. No la sorprendió encontrar algunas prendas de ropa interior femenina en el cajón junto con el secador. Probablemente serían de la novia de Lucas, que debía de ser una persona realmente ordenada. Desde que Emily limpiaba para Lucas nunca había visto el más mínimo indicio de ocupación femenina en la casa.

Cuando volvió con el secador, Lucas se sometió con tal descarado

disfrute a sus atenciones que lo secó con tanta rapidez como pudo, manteniendo el secador a la máxima potencia hasta que él protestó.

—Me siento mucho mejor después de haber tomado una ducha. ¿Por qué no tomas tu una? —dijo Lucas, y la miró compasivamente—. Si necesitas un cambio de ropa, toma algo prestado de la habitación de invitados.

A Emily no le hacía ninguna gracia la idea de usar la ropa que había dejado atrás alguna de sus novias.

Lucas pareció leer su mente.

—Las damas que se quedan a pasar la noche conmigo no duermen en la habitación de invitados. Pero mi hermana conserva algo de ropa en ella. Toma lo que quieras prestado. A Alice no le importará.

—Gracias —dijo Emily, y sirvió agua en un vaso que le alcanzó junto con la pastilla—. ¿Quieres comer algo?

—No te molestes, Emily, por favor. Pareces agotada —dijo Lucas con expresión arrepentida—. Estoy bien. Ve a tomar tu baño.

—¿Qué tal un té y la inevitable tostada de después? —sugirió ella, conmovida por la muestra de compasión de Lucas—. A mí me apetece uno —añadió, con la voz más ronca de lo habitual.

—En ese caso, gracias —él la miró con expresión seria—. Escucha Emily, sé que me comporto como un canalla la mitad del tiempo…

—¿La mitad del tiempo?

Lucas hizo una mueca.

—De acuerdo. Casi todo el tiempo. Pero aprecio enormemente lo que estás haciendo por mí.

Ella le dedicó una rígida sonrisa y fue a la cocina, sintiéndose demasiado cansada como para enfrentarse a un Lucas Tennent que triunfaba tan espectacularmente cuando se empeñaba en ser agradable.

Capítulo 5

EMILY se limitó a tomar unas braguitas de Alice Tennent y conservó el resto de su ropa. Tras ducharse y vestirse fue a ver a Lucas, que aún estaba ojeroso y demacrado, aunque se notaba que la fiebre le había bajado.

—Estás mejor —dijo, satisfecha—. ¿Te apetece un huevo en la tostada? O tal vez jamón, o un poco de miel.

Lucas pensó en ello y finalmente negó con la cabeza.

—Creo que no voy a tomar ninguna de las tres cosas, gracias.

—¿Un huevo para el desayuno, tal vez?

—No te preocupes por el desayuno, Emily. ¿Puedo contar con el placer de tu compañía para la cena? —preguntó Lucas, y sonrió.

La reacción inmediata de Emily ante aquella sonrisa fue la de concederle lo que quisiera.

—Desde luego —dijo animadamente—. Enseguida vuelvo.

—Eres un ángel —dijo Lucas cuando Emily volvió con la bandeja —. Esto es perfecto para mí, pero tú deberías comer algo más sustancial.

—Esto es justo lo que necesito —aseguró ella mientras se sentaba. Era la verdad.

Estaba demasiado cansada como para molestarse en cocinar o comer algo demasiado exigente.

—Porque te he agotado —dijo Lucas en tono sombrío.

—En absoluto —Emily se chupó los dedos uno a uno para quitar el resto de mantequilla que le había dejado la tostada, pero se ruborizó intensamente al ver la mirada que le dirigió Lucas—. ¿Quieres más tostadas? —dijo, y le alcanzó el plato.

—Toma también tu otra.

—No quiero más —Emily se levantó para alcanzarle el té.

Lucas le dio las gracias sin dejar de mirarla.

—Ve a dormir en el otro dormitorio, Emily. Yo me aseguraré de tomar la pastilla a tiempo.

—Si hiciera eso no podría dormir —aseguró ella—. Así que pondré el despertador y ambos podremos dormir un rato hasta que suene.

Veinte minutos después Emily estaba cómodamente instalada en uno de los sofás. Había decidido quitarse la ropa y ponerse una bata de Alice Tennent para estar más cómoda, y se quedó dormida casi al instante. Cuando sonó el despertador le pareció que apenas habían pasado unos minutos desde que se había dormido.

Desorientada y medio inconsciente, se levantó y fue a despertar a Lucas.

Estaba profundamente dormido, pero Emily comprobó con alivio

que las sábanas y su frente estaban libres de sudor. Le tocó la mano.

—Lucas...

Las espesas pestañas de Lucas se alzaron lentamente. Por un momento la miró con expresión incrédula. Luego, sus ojos se iluminaron y alzó los brazos para tomarla y atraerla hacia sí. Aprovechando el mismo movimiento la tumbó de espaldas sobre la cama y cubrió con sus labios los de ella en un beso que paralizó por completo el cerebro de Emily.

La hambrienta y experta boca de Lucas tomó completa posesión de la de ella, besándola en el silencio reinante, invadiéndola con su lengua. Mientras la sujetaba con su peso contra el colchón se quitó los pantalones del pijama. Luego, separó las solapas de la bata que apenas cubría el cuerpo desnudo de Emily y buscó con los dedos la calidez de su piel. Ella gimió ante la exquisita sensación que le produjo que le acariciara uno de sus ya erectos y expectantes pezones, y el calor que descendió hasta su vientre derritió cualquier resto de resistencia. Lucas dejó escapar un ronco sonido de evidente placer al notar que ella cedía, y sus caricias encontraron zonas erógenas del cuerpo de Emily que ni siquiera ella sabía que poseía. Cuando deslizó los dedos entre sus muslos para acariciar su centro más íntimo, ella dejó escapar un gritito y se alzó hacia él. Fieramente excitado, Lucas la penetró de un solo movimiento que dejó a Emily inmovilizada contra la cama. Luego tomó sus manos y le hizo colocarlas por encima de su cabeza mientras sus ojos ardían de pasión mirándola. Entonces empezó a moverse y la impulsó a moverse con él, y el cuerpo de Emily respondió con total abandono a una posesión física tan absoluta que la llevó en pocos momentos a alcanzar un increíble orgasmo. Un instante después, Lucas la siguió y se derramó en su interior antes de dejarse caer sobre ella como si lo hubieran noqueado.

Durante unos momentos, Emily permaneció bajo su peso, jadeante, sintiendo que todo su cuerpo vibraba. Finalmente, desesperada por tomar aire, empujó a Lucas por los hombros. El se apartó y trató de arrastrarla consigo, pero ella se retiró tan violentamente que la soltó. Sin mirarlo tiró de la bata hasta liberarla por completo.

Luego, se puso en pie, de espaldas a él, con el cuerpo y las manos temblorosas mientras se ponía la bata y la ceñía firmemente en torno a su cintura. Aún de espaldas, sirvió un vaso de agua, tomó una pastilla de la caja, entregó ambas cosas a Lucas sin mirarlo, salió rápidamente del dormitorio y fue a encerrarse al baño.

Cerró la puerta y se sentó en el borde de la bañera, con la respiración aún agitada mientras trataba de calmarse. De pronto, empezó a reír y ni siquiera pudo detenerse cuando Lucas fue a llamar

a la puerta.

—Déjame pasar —dijo—. Por Dios santo, Emily, tranquilízate y abre la puerta, o te aseguro que la tiro de una patada.

Su amenaza cortó de raíz la histeria de Emily. Retiró el cerrojo, abrió el grifo y se inclinó para mojarse el rostro. Sintió que Lucas le ponía una toalla en la mano, se irguió para secarse y, finalmente, se animó a mirarlo.

Lucas seguía pálido y demacrado, con el pelo revuelto y los ojos cargados, pero, de un modo indefinible, ya no parecía tan enfermo como antes.

«Una nueva cura para la gripe», pensó Emily, y le dedicó una pequeña sonrisa burlona.

—¿Sabes cuál ha sido mi primera reacción instintiva ante... lo sucedido?

—¿Te ha... asqueado?

—Lamentablemente, no, como ha quedado bien claro —Emily miró a Lucas a los ojos—. Soy una persona muy práctica, Lucas Tennent. Lo primero que he pensado ha sido en el dinero. Porque ya no puedo seguir trabajando para ti. Y en mi actual situación económica eso son malas noticias.

—¿Quieres decir que lo único en lo que puedes pensar es en el dinero? —

preguntó él, incrédulo—. Creía que estabas histérica porque sentías que te había violado.

Emily movió la cabeza con gesto impaciente.

—Ambos sabemos que lo sucedido no ha tenido nada que ver con una violación. Yo he cooperado con demasiado entusiasmo como para considerarla tal.

Además, pensaba que los violadores estaban motivados por la rabia.

—Y aquí la única rabiosa eres tú —dijo Lucas en tono sombrío.

—¿Me culpas?

—No. En lo más mínimo. ¿Tendría algún sentido que te pidiera disculpas, Emily? Si es así, me arrastraré a tus pies si me lo pides —Lucas se pasó una mano por el pelo para apartarlo de su frente—. Debía de estar soñando contigo. Entonces he despertado y te he encontrado ante mí y... ya sabes el resto. Al principio solo estaba medio despierto, pero eso no es excusa. En cuanto te he tenido en mis brazos no te habría soltado ni aunque el techo se hubiera desplomado sobre nosotros.

—Puede que sea un efecto de los antibióticos... —Emily lo miró severamente—.

Dime que te has tomado el que te acabo de dar.

—Claro que no lo he tomado —protestó Lucas—. Estaba demasiado preocupado por ti.

—Pues ve a tomarlo ahora mismo.

—Si lo hago, ¿vendrás conmigo? ¿A hablar?

El enfado de Emily se desvaneció.

—De acuerdo —dijo, lánguidamente—. Pero solo después de que haya tomado otro baño.

Diez minutos después, totalmente vestida y más o menos calmada, Emily se sintió con ánimos de volver al dormitorio de Lucas.

—Antes de que lo preguntes, ya me he tomado la pastilla —dijo él en cuanto la vio.

—Bien —Emily apartó la silla de la cama y se sentó con las piernas cruzadas, tratando de aparentar calma—. ¿De qué quieres hablar?

Lucas se irguió en la cama y la miró a los ojos.

—En primer lugar quiero volver a disculparme. No tengo por costumbre forzar a las mujeres.

Ella lo miró burlonamente.

—Oh, vamos, Lucas. No me has forzado. Estaba tan adormecida que ha sido más que nada una... sorpresa —pensó un momento en sus palabras—. Para ser precisa, ha sido más bien una revelación que una sorpresa, sobre todo la última parte. Nunca había tenido un orgasmo.

Lucas se quedó perplejo.

—¿Nunca?

—No. Siempre los he simulado.

—¡Pero tu pareja lo notaría!

Emily se encogió de hombros.

—Miles nunca lo mencionó.

Lucas movió la cabeza, maravillado.

—Cuanto más oigo hablar de ese tipo, más me cuesta creer que pasaras un solo día con él.

Emily suspiró.

—Fuera lo que fuese lo que sentía por él no sobrevivió más de un par de semanas. Pero donde trabajábamos todo el mundo sabía que habíamos comprado una casa juntos, y yo no quería admitir ni siquiera ante mí misma que había cometido un enorme error. Mis padres querían que me casara con otro hombre.

—¿Y tu relación con Miles te alejó de él?

—Más o menos. Pero la relación con Harry ya estaba perdiendo fuerza. Es abogado del Estado. Vive en Chastlecombe. Cuando vine a trabajar a Londres las cosas se apagaron definitivamente entre nosotros. Entonces Miles apareció en escena y empezó a perseguirme

desde el principio. Era muy distinto al cauteloso y razonable Harry. Pero, al parecer, mi atractivo principal residía en mis ahorros —

Emily miró a Lucas con ironía—. No tengo mucha suerte en lo concerniente a los hombres.

Lucas se movió a un lateral de la cama y se inclinó hacia una cautelosa Emily.

—No me mires así. No voy a volver a saltar sobre ti —tomó una de sus manos

—. Aclaremos las cosas. En lo que a mí concierne, no tienes por qué preocuparte.

—¿Sobre qué?

—Para empezar, por el dinero.

Emily retiró su mano como si acabara de quemarse.

—¿Dinero?

—Me refiero a que, aunque no quisieras volver a verme nunca más, podrías seguir trabajando para mí, porque normalmente nuestros caminos no se cruzan nunca.

—Oh —fue todo lo que dijo Emily.

—El otro tema que me veo obligado a sacar es la falta de protección —dijo Lucas, mirándola a los ojos—. Aunque lo único que puedes temer por mi parte en ese aspecto es un posible embarazo.

—¿Y no te parece suficiente? —preguntó ella, molesta.

—Lo que significa que no utilizas ningún medio de contracepción.

—No. Soy uno de esos casos raros. La píldora no me sienta bien.

Lucas asintió con energía e hizo una mueca de dolor.

—Debo recordar que no tengo que hacer eso.

Emily se puso en pie de inmediato.

—Haz el favor de tumbarte. Por un momento había olvidado…

—¿Que estoy enfermo? —Lucas sonrió—. Yo también. ¿Por qué no escribimos un artículo para la revista Lancet. Nueva cura milagrosa para la gripe.

—A mí no me parece divertido —espetó Emily.

—Ni a mí —dijo él sin dejar de mirarla—. Ha sido milagroso, Emily.

Ella estaba secretamente de acuerdo, pero algo en el modo en que Lucas la estaba admirando le reveló que resultaría peligroso admitirlo.

—Ahora descansa. Cuando me vaya por la mañana quiero saber que vas mejorando y que podrás cuidar de ti mismo cuando te quedes solo.

Lucas alargó la mano hacia ella.

—Siéntate un rato en el borde de la cama, Emily. No hemos terminado de hablar.

Ella negó con la cabeza.

—No más charla, Lucas. Estoy cansada y dentro de poco tengo que volver para que tomes tu siguiente pastilla.

—No tienes por qué hacerlo. Puedo ocuparme yo solo.

—Probablemente, pero estaré de vuelta a las seis de todos modos. Buenas noches.

En aquella ocasión, cuando se tumbó en el sofá del cuarto de estar, Emily se sentía inquieta y tan alejada del sueño que renunció al cabo de un rato y fue de puntillas a la cocina a tomar un vaso de agua. Se sentó en un taburete con la barbilla apoyada en las manos y al volver la mirada vio a Lucas en el umbral de la puerta.

—Pareces la viva imagen de la desesperación, Emily —dijo él mientras se acercaba.

Emily bajó del taburete.

—Estaba pensando en unos detalles.

—¿Qué detalles?

—En las fechas —Emily se ruborizó hasta la raíz del pelo al decir aquello.

Lucas alargó involuntariamente una mano hacia ella y Emily se apoyó lánguidamente contra él.

—¿Cuándo lo sabrás?

—Al final de la próxima semana. He de enterarme de cuándo puedo someterme a la prueba del embarazo.

Lucas apoyó una mano bajo su barbilla para que alzara el rostro.

—Y me darás el resultado de inmediato.

—Por supuesto —ella sonrió débilmente—. Te aseguro que no había contado con todo esto cuando decidí hacer de buena samaritana.

—Así te curarás de todos tus impulsos caritativos para el futuro —Lucas acarició con delicadeza el pelo de Emily, que sintió que se le hacía un nudo en la garganta—. Ve a descansar un rato. Prometo tomar la pastilla a las seis.

—No podría dormir ni aunque lo intentara.

—Yo tampoco. El recuerdo de haberte hecho el amor, Emily Warner, va a darme insomnio para mucho tiempo.

—Seguro que les dices eso a todas las chicas.

—No podrías estar más equivocada —Lucas se estremeció y ella lo tomó de inmediato del brazo.

—¿Quieres hacer el favor de volver a la cama? Te prohíbo terminantemente recaer.

—Si obedezco, ¿te quedarás a cuidarme?

—¡Desde luego que no! Porque a partir de ahora vas a estar bien.

Aunque puede que te sientas un poco débil durante una temporada. A mí me pasó.

—Sin ti cerca estaré peor que un poco débil —una vez en la cama, Lucas dedicó una torva mirada a Emily—. ¿De verdad piensas abandonarme por la mañana?

—Tengo trabajo —le recordó ella—. Pero cuando termine en casa de los Donaldson vendré a ver qué tal estás antes de irme a casa.

Emily se aseguró de que Lucas se tomara el antibiótico a las seis y luego se retiró durante una hora al sofá para pensar en la pastilla del día después, algo que ninguno de los dos había mencionado. Si su intolerancia a la píldora era indicio de algo, el efecto de una dosis tan fuerte de hormonas podría resultar muy desagradable, pero sería preferible a un posible embarazo. Aunque aquella experiencia de amor, sexo, o lo que hubiera sido lo sucedido con Lucas, no tenía por qué acabar necesariamente en un embarazo. Y aunque así fuera, tampoco sería el fin del mundo. Se mordió el labio. ¿A quién trataba de engañar? No podía criar un bebé en su habitación en casa de Nat. Los dos tramos de escaleras vetaban aquella posibilidad. Tendría que buscar otro sitio al que ir. Porque, por varios motivos, entre otros la ocupación de su padre, no podía enfrentarse a la idea de volver embarazada y soltera a Chastlecombe.

Finalmente se levantó, utilizó uno de los cepillos de dientes nuevos que Lucas tenía en el baño principal y luego fue a la cocina a preparar café. Superando su renuencia a ver a Lucas cuando amaneció, asomó la cabeza a su cuarto y lo encontró sentado en la cama, con el *Financial Times* abierto entre las manos.

—Buenos días —saludó él a la vez que dejaba el periódico a un lado—. Pareces hecha polvo, Emily.

—Lo mío no son precisamente las mañanas —confesó ella—. ¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor que ayer —Lucas olfateó el aire—. Para empezar, creo que he recuperado el olfato. ¿Huelo a café?

—Ahora mismo te traigo uno.

—Trae también el tuyo y ven a sentarte conmigo. Tenemos que hablar.

Emily asintió y fue a la cocina. Volvió un momento después con dos tazas.

Entregó una a Lucas y luego se sentó con la suya entre las manos.

—De lo primero que tenemos que hablar es de la píldora del día después —dijo

—. Será mejor que busque hoy mismo un médico para que me recete una.

—¡Ni hablar! La compañera de piso de Alice vomitó durante varios días después de tomarla y no se libró del embarazo. Con tu intolerancia a la píldora normal, nadie sabe el efecto que podría tener sobre ti una dosis tan elevada de hormonas. Deja que me ocupe yo de las consecuencias.

—Aún no sabemos si habrá consecuencias —dijo Emily, irritada.

—Es cierto. Pero nada de la píldora del día después —dijo Lucas con énfasis—.

Prométemelo.

—De acuerdo —Emily se sintió secretamente aliviada al no haber tenido que tomar personalmente aquella decisión—. Y ahora, hablemos del desayuno. ¿Te apetecen unos huevos?

—Sí. Si tú también tomas alguno. Aquí. Conmigo —Lucas se apoyó contra el cabecero de la cama y sonrió persuasivamente.

Emily asintió sin decir nada, tomó la bandeja y se encaminó hacia la puerta.

—¿Cómo quieres los huevos?

—Como a ti te gusten —dijo Lucas—. ¿A qué hora tienes que ir a casa de los Donaldson?

—No estarán de vuelta hasta la tarde, así que iré después de que te hayas tomado el siguiente antibiótico.

—Soy perfectamente capaz de mirar el reloj y tragar la pastilla yo solito.

—Me alegra saberlo, porque a partir de la siguiente pastilla tendrás que hacerlo así.

Emily volvió al cabo de un rato con dos zumos de naranja y dos tortillas en una bandeja. Entregó su parte a Lucas y se sentó a comer la suya.

—Maravilloso —dijo él, y miró el plato de ella—. La tuya es mucho más pequeña que la mía.

—Yo no soy la enferma necesitada de alimento... Cuidado, no comas tan deprisa.

—Sí, enfermera —Lucas le dedicó una sonrisa que hizo que el corazón de Emily se encogiera.

—Puede que te apetezca algo más sólido luego —dijo con voz ronca—. Haré un poco de compra cuando salga. ¿Qué te apetecería?

—Si voy a tener que ocuparme de prepararlo, algo elemental, como sopa —

Lucas suspiró melancólica mente.

—¿No sabes cocinar?

—Puedo hacerlo si es absolutamente necesario. Pero de momento estoy bajo de energía... al menos para cocinar —añadió él sin dejar de

mirarla.

Emily se puso en pie casi de un salto y tomó su plato vacío con el rostro ruborizado.

—De acuerdo. Entonces, sopa —miró a su alrededor—. Mañana puedes retirarte un rato al sofá mientras yo me ocupo de limpiar la habitación.

—¿Mañana? —Lucas se animó visiblemente—. Pensaba que hoy me abandonabas definitivamente.

Emily se encogió de hombros, resignada.

—Supongo que será mejor que vuelva mañana. Pero no por mucho tiempo —

añadió cuando los ojos de Lucas brillaron de satisfacción.

—Aceptaré las migajas de compañía que quieras ofrecerme —dijo él con una humildad muy poco convincente.

Emily sonrió y fue a la cocina a preparar té. La intimidad de compartir las comidas en el dormitorio tenía que terminar. Hacía que aquello se pareciera demasiado a una relación que no existía en realidad. Y si lo sucedido durante la noche llegaba a tener alguna consecuencia, parte de la culpa era suya. Lucas no le había pedido que fuera a cuidarlo. Y ella no podía negar que la forzada intimidad de los pasados días había eliminado la barrera jefe empleado que había tratado de alzar entre ella y Lucas Tennent. Pero, pasara lo que pasase, el hecho era que seguían siendo prácticamente unos desconocidos.

Tras preparar el té fue al dormitorio, entregó una taza a Lucas y se sentó.

—¿Cómo te sientes? —preguntó—. De verdad.

—Mucho mejor. Ayer creía que me estaba muriendo. Hoy me siento muy vivo

—Lucas sonrió—. Y todo gracias a una combinación de la ciencia médica y de tus amorosos cuidados, Emily. Ningún hombre podría pedir más.

—Bien. En ese caso no me sentiré tan culpable cuando te deje solo.

La sonrisa de Lucas se esfumó al instante.

—Voy a echarte mucho de menos.

—Tonterías —Emily se levantó—. Hasta el pasado viernes ni siquiera me habías visto.

Los ojos de Lucas brillaron.

—¿Por qué no logro asimilar eso?

—Porque estás en baja forma. En cuanto te recuperes y vuelvas a enfrentarte a tus acciones y a las fluctuaciones del mercado, o lo que sea que hagas...

—Seguiré sintiéndome muy agradecido por tus cuidados, Emily. Y no te olvidaré.

Emily suspiró, impaciente.

—Supongo que volvemos al tema de las «consecuencias».

Lucas le dedicó una penetrante mirada.

—Espero que no se te haya pasado por la cabeza la idea de no mantenerme informado.

—No —contestó Emily, aunque lo cierto era que sí se había planteado aquella posibilidad—. Pero hasta entonces, ¿te importaría dejar el tema?

—Solo de momento —Lucas la miró con aire taciturno—. ¿Tienes que limpiar la casa de los Donaldson hoy? Deberías descansar.

—No me llevará mucho tiempo hacer algo de compra y asegurarme de que todo esté en orden para su regreso. Limpié la casa a fondo el viernes.

Los ojos de Lucas brillaron.

—¡Un día lleno de acontecimientos el viernes!

Emily le dedicó una sonrisa de asentimiento y tomó ambas tazas.

—Quédate en la cama, por favor. Acepta el consejo de una experta. Puede que te sientas mejor ahora, pero aún necesitas un día o dos de reposo.

Lucas frunció el ceño.

—Me volveré loco.

—Tonterías. Tienes televisión, radio y un montón de libros —dijo Emily, impaciente—. Sé razonable, Lucas. Cuando venga a ver qué tal estás te traeré el periódico:

—¿Cuánto tiempo tardarás? —preguntó él en un tono tan sombrío que ella no pudo evitar reír.

—Lo que haga falta.

Tras dar a Lucas su pastilla y un vaso de agua, Emily bajó a comprar antes de ir a la casa de los Donaldson. Después de regar las plantas y asegurarse de que todo estaba en orden, dejó una breve nota en la cocina diciendo que Lucas tenía la gripe y regresó a casa de este.

Entró con todo el sigilo que pudo, dejó la compra en la cocina, se asomó al dormitorio y frunció el ceño al encontrarlo vacío. No fue capaz de reprimir un grito ahogado cuando Lucas la atrapó por detrás entre sus brazos, le hizo darse la vuelta y la besó.

—¡No hagas eso! —lo reprendió a la vez que lo apartaba de su lado de un empujón—. ¿Por qué no estás en la cama?

—Por razones obvias —Lucas parpadeó repentinamente y tuvo que apoyarse contra la cómoda del dormitorio.

—¿Lo ves? —dijo Emily, enfadada—. El crimen nunca compensa,

Lucas Tennent. Seguro que la cabeza te está dando vueltas.

—Sí —admitió él mientras se dejaba llevar a la cama dócilmente —. Pero solo por el efecto que me produces.

—Te refieres a que no estás tan en forma como creías —Emily miró su reloj, indecisa—. Ahora debo volver a Spitalfields, pero puedo volver esta tarde si quieres.

—Y si prometo quedarme en la cama todo el rato, ¿te quedarás a pasar la noche?

—preguntó él, con tal mirada de alivio que Emily, que no tenía ninguna intención de hacerlo, asintió, derrotada.

—Oh, de acuerdo. Pero solo esta noche.

—No vuelvas caminando, Emily. Toma un taxi. Yo me ocupo de pagarlo.

Ella sonrió con ironía.

—Tendrás que hacerlo. Mi presupuesto no da para taxis.

Antes de irse preparó café y un sándwich y se lo llevó a Lucas.

—Recuerda la pastilla de las dos. Yo estaré de vuelta a tiempo para la siguiente dosis.

—Me las arreglaré sin ti de algún modo —aseguró Lucas—. Ve a casa y descansa, Emily. Las ojeras que tienes empiezan a producirme sentimientos de culpabilidad.

Ella sonrió.

—Ya es hora de que me vaya —alzó un dedo con gesto admonitorio—. Cuando hayas tomado el antibiótico, duerme un rato.

—Lo haré, enfermera, aunque solo sea para pasar el tiempo hasta tu vuelta. Y

toma algo de dinero para el taxi.

—Ya arreglaremos eso cuando vuelva...

—Tómalo ahora —ordenó Lucas en un tono que hizo que Emily fuera de inmediato a la cómoda a por la cartera. Sacó un billete y se lo enseñó.

—Ahora me voy.

—¿No me das un beso de despedida?

—¡Desde luego que no! Adiós.

Capítulo 6

EN EL CAMINO de vuelta Emily compró una prueba de embarazo y averiguó que tenía que esperar varios días antes de poder utilizarlo. Cuando llegó a Spitalfields subió cansinamente las dos plantas hasta su dormitorio y vio que había una luz roja en el contestador. Segura de que el mensaje era de Miles, pero temiendo borrarlo por si era de Lucas, presionó el botón y escuchó.

—Emily, soy Miles de nuevo. Como si no lo supieras. Necesito hablar contigo.

Contesta —hubo una pausa—. De acuerdo. Juega a tu modo. Pero no creas que vas a poder ocultarte para siempre.

¿Por qué no?, se preguntó Emily, furiosa. No tenía nada que decirle a Miles. Su separación había sido tan desagradable que se estremeció al recordarla. La pelea que habían tenido había estado a punto de llegar a la violencia antes de que Miles se marchara de la casa aquella noche. Temiendo que pudiera regresar en cualquier momento, Emily había dejado un mensaje en el contestador de su jefe diciendo que estaba enferma y se había ido de Londres a Chastelcombe con todas sus posesiones.

Para cuando llegó a casa de sus padres, su enfermedad ficticia se había convertido en una auténtica gripe, y en cuanto se recuperó lo suficiente como para tomar decisiones conscientes envió su dimisión. Aparte de algunas llamadas frenéticas a casa de sus padres, cuando Miles fue informado de que Emily no quería volver a saber nada de él no volvió a molestarla. Hasta que había vuelto, a la carga con aquellas llamadas a su nuevo número.

Emily borró la última, llamó por teléfono para que un taxi pasara a recogerla a las cinco y media, se cambió y bajó a limpiar las habitaciones de Nat. Tras ocuparse también de las de Mark, volvió a su habitación con un intenso deseo de meterse en la cama, pero en lugar de ello se tomó un café bien fuerte. Después preparó una pequeña bolsa de viaje para pasar la noche y tomó una reconfortante ducha. Se secó el pelo, lo sujetó en lo alto de su cabeza y se maquilló cuidadosamente el rostro.

Bostezando, se puso unos vaqueros color bronce, un jersey negro, unas botas negras, bufanda a juego y un chaquetón negro. Después bajó con sus cosas a esperar al taxi.

Cuando llegó a casa de Lucas se asomó sigilosamente al dormitorio y lo encontró sentado en una silla, en bata, viendo las noticias en la televisión. Al verla se puso en pie con tal sonrisa de placer que Emily sintió que un puño gigante oprimía su corazón.

—Estoy de vuelta —dijo tras una pausa.

—Te he echado de menos —contestó él con voz ronca.

—¿Has dormido?

—Sí. ¿Y tú?

—No. En lugar de dormir he tomado una ducha.

—¿Me pegarás si te digo que yo también he tomado una?

Emily sonrió.

—Supongo que ya no tendría mucho sentido que te riñera. ¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor ahora que te he visto, Emily Warner —Lucas se acercó a ella—.

Pareces cansada.

—Tenía algunas cosas que hacer.

—¿Has estado trabajando con tu ordenador?

—No. Solo he recogido un poco —Emily miró su reloj y se quitó el chaquetón—.

Voy a traerte algo de beber para que puedas tomar tu pastilla.

—Estaba a punto de hacerlo, aunque me encanta que hayas llegado para recordármelo.

—En ese caso, vuelve a la cama.

Emily colgó su chaquetón en la habitación de invitados, decidió que la colcha que había dejado aireándose en el suelo podía seguir un rato más allí y fue a la cocina para preparar una bebida caliente con zumo de limón, miel y azúcar moreno.

—He pensado que te apetecería esto para variar —dijo cuando se la llevó a Lucas.

Él tomó un sorbo y sonrió.

—Pura nostalgia. Mi abuela solía prepararnos esto cuando Ally y yo teníamos catarro.

Emily le alcanzó los antibióticos.

—Traga esto y pronto volverás a la normalidad.

Aquel era un pensamiento bastante deprimente. La normalidad para Lucas Tennent estaba a años luz de la normalidad para Emily Warner.

Lucas tragó su pastilla e hizo un gesto para que Emily se sentara.

—Siéntate y háblame. Te he echado de menos.

—Has dicho que has dormido.

—Es cierto —Lucas la miró a los ojos—. Pero habría dormido mejor contando con tu compañía.

Emily se apoyó contra el respaldo de la silla e hizo un esfuerzo por relajarse.

—¿Crees que ese es el motivo por el que he venido esta noche? ¿Para dormir contigo? —preguntó abiertamente.

Él sonrió.
—Sé exactamente por qué has venido.
—Ah, ¿sí?
—Porque no podías soportar la idea de dejarme solo y enfermo.
Emily hizo una mueca.
—Una explicación un poco empalagosa. Pollyana no es una de mis novelas favoritas.
—Si añadiera que también me pareces increíblemente sexy, ¿te gustaría más? —
preguntó Lucas, y rió al ver la expresión de Emily—. Espero que nunca juegues al póquer.
Ella se levantó con el ceño fruncido.
—Voy a preparar algo de comer.
—Solo comeré si vienes aquí y comes conmigo —advirtió él
—Compartiré la comida contigo, pero no aquí. Si te sientes con fuerzas, sugiero que te levantes un rato y comas en una bandeja.
Lucas entrecerró los ojos.
—¿Significa eso que no piensas volver a poner los pies en mi dormitorio?
—Desde luego que no. Pienso recogerlo a fondo por la mañana.
—¿Emily?
—¿Sí?
—¿Puedo decir que estás preciosa esta noche?
—Desde luego que sí —contestó Emily, y trató de ignorar los agitados latidos de su corazón—. Por cierto, ¿te gusta el salmón frío?
—Lo cierto es que sí, ¡pero por ti comería cualquier cosa; Emily Warner!
Emily fue a preparar la cena sabiendo perfectamente que tenía muy buen aspecto aquella noche. Se había tomado muchas molestias peinándose y maquillándose, y la ropa que llevaba era la que solía ponerse cuando salía con Ginny o cuando se reunía con Nat y los demás para tomar algo. No era la ropa con laque solía ir a limpiar el apartamento de Lucas, desde luego. Negándose a analizar los motivos que la habían impulsado a vestirse así, preparó unas patatas y unas judías verdes y las puso a hervir. Mientras se hacían se ocupó del salmón y la salsa que había comprado para acompañarlo.
Cuando todo estuvo listo fue a llamar a la puerta de Lucas.
—La comida estará servida en cinco minutos.
Lucas salió enseguida, vestido con un grueso jersey y unos pantalones caqui.
—Me he vestido para cenar. No puedo andar por ahí en bata contando con una compañía tan exquisita.

Su exquisita compañía se ruborizó hasta la raíz del pelo.

—Espero que no te hayas agotado en el proceso. Ve a tumbarte en uno de los sofás del cuarto de estar. No tardo.

Lucas apoyó una mano en el brazo de Emily.

—Relájate, por favor. Juro que no voy a volver a saltar sobre ti.

—Creía que habíamos decidido dejar el tema —murmuró Emily.

—No podemos pretender que lo de anoche no sucedió —Lucas la tomó por la barbilla y le hizo mirarlo—. Pero solo por esta tarde, olvidemos que estoy enfermo y que solo estás aquí porque se lo prometiste a mi hermana. Disfruto de tu compañía, así que, por un par de horas, ¿no podrías simular que tú también disfrutas de la mía?

Emily lo miró a los ojos.

—Sabes muy bien que no tengo que simularlo.

—¿Es ese el motivo por el que has vuelto?

Emily sonrió.

—Supongo que ese debe de ser uno de los motivos.

Lucas no había dicho más que la verdad. Emily había vuelto porque no soportaba la idea de pensar en él enfermo y solo, y también porque le había prometido a su hermana que lo cuidaría. Pero había un motivo más básico que aquellos. Le apetecía estar con Lucas. Sabía que aquel era un simple interludio en sus vidas normales. En cuanto Lucas estuviera mejor ya no la necesitaría.

Y no necesitó simular para disfrutar de la compañía de Lucas mientras comían.

Fue divertido comer con los platos en las rodillas, sentados juntos en el mismo sofá mientras hablaban amistosamente sobre los méritos de varios autores literarios.

—Estaba buenísimo —dijo Lucas cuando por fin dejó el tenedor y el cuchillo en el plato—. Si alguien me hubiera dicho esta mañana que iba a ser capaz de cenar esto, no lo habría creído.

—Es muy halagador para la cocinera, pero lo cierto es que apenas he tenido que cocinar nada. Cualquiera puede preparar algo así.

Lucas miró a Emily mientras esta se levantaba a recoger su plato.

—No en mi cocina. Hasta ahora, nadie había cocinado en ella para mí.

—¿En serio? —preguntó Emily, sorprendida.

—En serio. Mis amigas prefieren comer fuera. Incluyendo a mi hermana.

Consciente de que un hombre como Lucas no debía de carecer de mujeres en su vida, Emily controló una irracional punzada de celos y fue a llenar el lavavajillas.

Cuando volvió con la bandeja de café, Lucas se levantó de

inmediato para ayudarla.

—Tranquilo —advirtió Emily—. No te levantes tan deprisa. Aún no estás en plena forma.

Lucas hizo una mueca mientras dejaba la bandeja en la mesa.

—Solo Dios sabe cómo estaría ahora si no hubieras venido a cuidarme —se sentó en el sofá y palmeó a su lado—. Supongo que no me conviene un coñac con el café, ¿no?

—El alcohol no mezcla bien con los antibióticos —dijo Emily con firmeza, y le alcanzó una taza—. Y este es el último café que te tomas hoy, o no dormirás.

Lucas se apoyó contra el respaldo del sofá sin dejar de mirarla.

—Teniéndote en la habitación contigua, lo más probable es que no duerma en absoluto.

—En ese caso será mejor que me vaya a casa.

—Si te vas, tú tampoco dormirás.

—¿Porqué?

—Porque estarás preocupada por mí.

La sonrisa de Lucas fue tan ufana que Emily no pudo evitar reír.

—¡Sofista! —lo acusó.

—De todos modos, tengo razón. Sé que perderías el sueño por cualquier conocido tuyo si supieras que está solo y enfermo.

No podía estar más equivocado. Hasta entonces, Emily nunca había experimentado un afán tan abrumador por cuidar de alguien. Desde luego, nunca le había pasado algo así con Miles. Aquel descubrimiento le habría ahorrado muchos problemas si lo hubiera hecho al principio de su relación.

—Será mejor que no te quedes levantado mucho tiempo —aconsejó.

—Pero si vuelvo al dormitorio se acabará todo —protestó Lucas—. No más Emily.

Ella sonrió.

—Puedes quedarte levantado hasta que tomes tu próxima pastilla.

—¡Gracias! Por eso y por muchas otras cosas —Lucas la miró con expresión pensativa—. Es extraño pensar que has estado compartiendo este apartamento conmigo todo este tiempo sin que yo lo supiera.

—No lo he compartido. Lo he limpiado.

—Pero eras tú la que hacía que resultara un placer volver a casa. Es una pena que no suela regresar más temprano, porque nos habríamos conocido antes.

Emily rió.

—Cuando por fin nos conocimos quise que me tragara la tierra. ¿Pensaste que era una ladrona sofisticada que estaba tomando nota de

tus posesiones en su ordenador?

Lucas negó con la cabeza y sonrió.

—Pensaba que estaba alucinando.

—Fuiste muy tolerante.

—Menos mal. De lo contrario, habría languidecido aquí solo y enfermo, sin nadie que me cuidara.

—Lo dudo mucho. Tu hermana habría arreglado las cosas para que viniera una enfermera a cuidarte.

Lucas, se estremeció.

—Esa posibilidad hace que me sienta aún más agradecido por lo que has hecho.

Emily bostezó de repente.

—¡Lo siento! He tenido un día muy ocupado... —se interrumpió, ruborizada.

—Pensaba que habías ido a casa a descansar.

Emily bajó la mirada.

—He descansado un poco, pero también he tenido que trabajar. Me había retrasado un poco...

—¡Así que has pasado la tarde limpiando la casa de tu casero!

—Y las habitaciones de Mark —Emily alzó levemente la barbilla—. No tienes por qué mirarme así, Lucas. A fin de cuentas, así es como me gano la vida de momento.

Él frunció el ceño.

—Dadas las circunstancias, podían haberte dado el día libre.

—Y lo habrían hecho si hubieran sabido que había estado cuidando de ti. Pero eso habría sido aprovecharme de Nat y de Mark.

—¿No saben que me estás cuidando?

—No. A veces no los veo durante días. Y cuando los veo no me dedico a darles explicaciones —Emily miró su reloj.

—No me digas que estás a punto de soplar el silbato —dijo Lucas, resignado.

—Si quieres quedarte levantado un rato después de tomar la pastilla es cosa tuya —Emily se levantó—. Voy a traértela junto con un poco de agua. Dejaré un termo con una bebida caliente de limón por si tienes sed por la noche.

—Gracias —Lucas entrecerró los ojos—. ¿Qué termo?

—El mío. Lo he traído conmigo.

—Eres un dechado de virtudes —dijo él, maravillado—. ¿Nunca has pensado en hacerte enfermera profesional?

—No es lo mío —Emily sonrió y fue a la cocina, alegrándose de que Lucas no supiera que él era el único hombre que había conocido que había hecho aflorar su instinto de protección.

Cuando volvió al cuarto de estar se sintió conmovida al ver que Lucas había hecho un nido de cojines en el rincón que ella había ocupado en el sofá.

—Pon los pies en alto y descansa ahí un rato —ordenó él.

—Gracias. Tiene un aspecto tan tentador que voy a hacerlo —Emily se quitó las botas y se acurrucó en el sofá con un suspiro de placer—. Ya lo sabes prácticamente todo sobre mí, Lucas. ¿Me pasaría de la raya si te interrogara sobre tu pasado?

Lucas alzó una ceja con gesto irónico.

—Te refieres a la raya que hay entre amo y esclavo, ¿no?

—Exacto —asintió ella, sonriente—. Si prometo completa discreción, ¿me harás un pequeño resumen de la vida y milagros de Lucas Tennent?

Él se encogió de hombros.

—No estoy preocupado por tu discreción. Dudo que mi persona resulte de especial interés para tus amigos.

«No conoce a Ginny», pensó Emily mientras él empezaba a hablar de su época en el colegio, seguida de sus estudios en Cambridge. Al parecer, desde el principio había tenido muy clara su vocación. Empezó a trabajar como especialista de inversiones en un banco en el que fue ascendiendo rápidamente hasta que otro banco mucho más importante solicitó sus servicios.

—El éxito del banco en el que trabajo actualmente se debe al equilibrio que buscamos de forma insistente entre la ambición y los recursos...

Lucas sonrió al ver que Emily se había quedado dormida. Aquello le permitió observar detenidamente su rostro, enmarcado por unos mechones de pelo negro, y la rítmica subida y bajada de sus pechos bajo el ceñido jersey negro que llevaba.

Sabiendo que era culpable del agotamiento que había podido finalmente con ella, la culpabilidad se mezcló con el placer que le producía contemplarla. Con un sentimiento de protección desconocido para él en sus experiencias previas con mujeres, se levantó cuidadosamente para no despertarla y permaneció de pie, indeciso. Si la dejaba como estaba, Emily despertaría en algún momento temblando de frío. Incluso podría recaer con la gripe. Se frotó la barbilla pensativamente unos momentos y luego, con sumo cuidado, la tomó en brazos y permaneció un momento quieto para recuperar el equilibrio.

Aliviado al comprobar que podía con ella, fue al cuarto de invitados, pero se detuvo en el umbral, maldiciendo en silencio. No había almohadas, la cama estaba sin hacer y la colcha estaba

extendida en el suelo. Que él supiera, ya no le quedaba ninguna muda de sábanas limpia… y además se estaba quedando rápidamente sin energía.

Solo le quedaba una opción. Llevó a Emily a su dormitorio y la dejó sobre la cama, que ella había hecho en algún momento durante la tarde. Emily murmuró algo incomprensible y él permaneció sobre ella, apoyado sobre las manos, esforzándose por no toser. Finalmente se irguió. No habría sido buena idea caer sobre ella. Al menos desde el punto de vista de Emily. Aún quedaba por resolver el problema de si debía desvestirla o dejarla como estaba. Podía quedarse con el jersey, pero los vaqueros eran tan ceñidos que se sentiría incómoda con ellos en la cama. Con mucho cuidado, soltó el botón, bajó la cremallera y tiró hacia abajo del pantalón. Por suerte, este se deslizó con facilidad por sus piernas. Emily hizo un ruido de protesta pero enseguida se acurrucó como un animalillo poniéndose cómodo en su nido.

Lucas permaneció un momento observándola. Tras asegurarse de que seguía dormida fue al baño a desvestirse. Cuando salió, seguía exactamente como la había dejado. Cuidando de no molestarla se tumbó en el rincón más apartado de la cama…

y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no besarla antes de apagar la luz.

Capítulo 7

AL DESPERTAR y sentir que tenía un brazo en torno a su cintura, Emily dio un grito que despertó bruscamente a Lucas. Este apartó el brazo de inmediato y se irguió en la cama, tosiendo.

—Puedo explicártelo, Emily —dijo—. No te asustes.

Ella se sentó en la cama y apartó el pelo de su rostro.

—No estoy asustada ahora que sé que eres tú. Pero por un momento he pensado que eras Miles.

Lucas suspiró, aliviado.

—Temía que gritaras y salieras corriendo al despertarte y encontrarte en la misma cama conmigo. Pero te juro que hay una explicación lógica.

Pero Emily estaba menos preocupada con las explicaciones lógicas que con el descubrimiento de que le parecía perfectamente natural compartir una cama con Lucas.

—¿No quieres saber por qué te he traído aquí? —preguntó él—. Y antes de que lo preguntes, lo único que hemos hecho ha sido dormir.

—Eso ya lo sé —Emily lo sorprendió con una sonrisa—. A menos que te las hayas arreglado para ponerme la ropa después de conseguir lo que querías. Sin contar los vaqueros, estoy totalmente vestida.

—Anoche te quedaste dormida en el sofá —explicó Lucas—. Temía que te enfriaras y decidí llevarte al dormitorio de invitados, pero encontré la cama sin hacer y las energías se me estaban acabando, de manera que te traje aquí y te quité los vaqueros para que estuvieras más cómoda.

Emily rió pero, repentinamente consciente de que ya no era necesario compartir la cama de Lucas, se levantó, tomó sus vaqueros y se los puso rápidamente.

—Nunca había dormida vestida —murmuró, ligeramente avergonzada—. Si no te importa, tomaré una ducha rápida antes de preparar el desayuno.

—No me importa en lo más mínimo.

Más tarde, vestida con los vaqueros de recambio y la sudadera que había llevado consigo, Emily llamó a la puerta de Lucas antes de entrar.

—Ya es un poco tarde para las formalidades, Emily —dijo él, sonriente—. A fin de cuentas, durante estos días hemos compartido casi todas las intimidades posibles.

Es cierto que la más romántica de todas no fue elección tuya, pero en el poco tiempo que hemos compartido hemos llegado a conocernos sorprendentemente bien.

«Demasiado bien en determinado aspecto», pensó Emily.

—¿Cómo te sientes hoy?

—Mejor —aseguró él—. Aparte de la tos, voy camino de recuperarme.

—Bien. Voy a traerte el desayuno. Luego, cuando te sientas con ánimos, puedes ir al sofá un rato para que yo pueda recoger la habitación.

—¿Y después?

—Volveré a Spitalfields.

Lucas la miró con expresión acusadora.

—¿No te preocupa que recaiga?

—¡No puedo quedarme aquí todo el tiempo, Lucas!

—¿Por qué no? ¿Se supone que tienes que ir a limpiar algún otro sitio?

—No —admitió Emily—. Hoy no.

—Entonces, ¿por qué tienes que ir a Spitalfields?

—Para empezar, por mi ordenador. No estoy jugando a escribir una novela, Lucas. Debería estar trabajando en ella ahora mismo.

—Ve a por él y tráelo aquí.

Ella lo miró con expresión burlona.

—¿Me estás diciendo que no podrás arreglártelas por tu cuenta si me voy?

—No. Soy perfectamente capaz de calentar una sopa y de tomar los antibióticos a mis horas —los oscuros ojos de Lucas retuvieron la mirada de Emily como si fueran imanes—. Te estoy pidiendo que te quedes por 91 simple hecho de que te echaría mucho de menos si te fueras.

Emily giró sobre sus talones y fue hacia la puerta.

—Necesito un café. Volveré en cuanto pueda con tu desayuno.

La situación se le estaba escapando de las manos. Mientras preparaba el café y hervía unos huevos, Emily tomó una firme decisión. A partir de aquel momento no iba a permitir que aquellos hipnóticos ojos negros la persuadieran en contra de su razón. La situación era los suficientemente típica; el paciente dependiente de la enfermera. Pero ella no era enfermera, y si le quedaba algo de sentido común se iría de allí nada más recoger el dormitorio de Lucas y no volvería hasta que tuviera que limpiar de nuevo. En su papel oficial de asistenta, nada más. Aunque lo mejor sería no volver en absoluto.

—¿A qué viene ese ceño fruncido?

Emily volvió la cabeza y vio a Lucas completamente vestido.

—Estás levantado —dijo, tontamente, y él sonrió.

—Así es. De todos modos debía abandonar pronto mi habitación, así que he venido a comer aquí contigo, en la cocina —Lucas la miró

atentamente antes de añadir—: Pero si tienes algo en contra, llevaré mi desayuno al cuarto de estar y te dejaré en paz.

Emily dejó su resolución en suspenso.

—Por supuesto que no tengo nada en contra. Siéntate en uno de esos taburetes y bebe el zumo de naranja mientras preparo las tostadas. Espero que te gusten los huevos hervidos.

Fue divertido sentarse a la barra de la cocina con Lucas y compartir con él el desayuno.

—¿Qué sueles desayunar? —preguntó Emily mientras ponía un poco de mermelada en su tostada.

—Solo un zumo de frutas. Caroline, mi secretaria, suele tenerme preparado un café con croissants cuando llegó al despacho. ¿Y tú?

—En casa de mis padres solía desayunar algo parecido a esto.

—¿Y con Miles?

Emily se encogió de hombros.

—Yo siempre me iba antes al despacho para preparar un café con tostadas a mi jefe.

—¿Lamentó tu jefe que dejaras el trabajo?

—Eso dijo. Contestó a mi renuncia con una carta muy amable en la que manifestaba su pesar y prometía darme unas magníficas referencias. Incluso me pedía que lo llamara y fuera a verlo alguna vez. Pero, por razones obvias, no voy a hacerlo. Que yo sepa, Miles sigue trabajando allí.

—He estado pensando en Miles —dijo Lucas—. ¿Por qué te está llamando?

¿Quiere que hagáis las paces?

—Si es así, ya puede esperar sentado. Lo cierto es que me sorprende que aún quiera saber algo de mí.

—¿Porqué?

—Por el dinero —Emily sonrió con tristeza—. Mi dinero. Cuando rompimos tuvimos una fuerte pelea al respecto. Inocentemente, yo había entregado a Miles mis ahorros como parte del depósito para comprar el piso. Pero aquella noche, cuando le dije que me lo devolviera se negó, porque no quería que me fuera. Además, no habíamos hecho ningún papel legal en el que se especificara que yo le había entregado dinero —los ojos de Emily destellaron—. Me fié de él como una estúpida y aprendí, por el camino más duro, que la cohabitación no da los mismos derechos al hombre que a la mujer. Aunque yo me ocupé de pagar la comida y las facturas de los gastos domésticos mientras estuvimos juntos, no contribuí a los pagos de la hipoteca.

El querido Miles había puesto esta a su nombre, lo que significa

que no tengo derechos legales sobre el piso que compartimos y ninguna esperanza de recuperar el dinero.

Lucas maldijo en voz alta.

—¿El muy miserable te engañó, te dejó sin tu dinero y se quedó con la casa? ¿Te pusiste en contacto con algún abogado?

—Sí, pero este me aconsejó que no lo denunciara. En su opinión, el caso nos costaría más dinero del que yo entregué a Miles para el piso. De todos modos, yo lo único que quería entonces era olvidarme para siempre de él y de su maldita hipoteca.

Qué estúpida fui... —Emily bajó la mirada hacia su taza—. Yo había ahorrado parte de ese dinero, pero la mayoría habían sido regalos que mis padres me habían hecho a lo largo de los años. Cada vez que pienso en ello me entran ganas de matar a Miles con mis propias manos.

—Si ese miserable empieza a darte problemas, avísame de inmediato —dijo Lucas con firmeza—. Yo me ocuparé de él.

—No creo que se le ocurra, pero si me localizara en Spitalfields tendría que enfrentarse antes con Nat. Y no pongas esa cara —añadió Emily, impaciente—. Como es lógico, Nat sería el primero en enterarse. Es su casa.

Lucas bajó de su taburete y tomó a Emily de la mano para que hiciera lo mismo.

Luego, apoyó las manos en sus hombros.

—Si Miles te da la lata, haré que un abogado amigo mío solicite una orden judicial contra él.

Emily se animó al oír aquello.

—Me parece una buena idea.

Lucas la sujetó con más firmeza.

—Dime la verdad. Durante vuestra pelea, ¿se puso Miles físicamente violento?

—No —Emily sonrió—. La que se puso violenta fui yo. Al principio, Miles se limitó a bravuconear y a decir que estaba montando un escándalo por nada, que a fin de cuentas era un hombre y que Tamara solo había sido un ligue pasajero, que yo era la que de verdad le importaba —se encogió de hombros—. Creo que su ego no pudo soportar que le dijera que todo había acabado. Entonces, cuando le pedí que me devolviera el dinero que había invertido en la casa, las cosas se pusieron realmente feas. Cuando trató de impedirme que preparara las maletas, tomé el bate de cricket que usaba en el colegio y le dije que si no me quitaba las manos de encima le daría con él en la cabeza.

Lucas echó atrás la cabeza y rió.

—¿Y qué tamaño tiene Miles?

—Es más o menos como tú de alto, pero más pesado. ¿Por qué?

Lucas movió la cabeza, maravillado.

—Apenas mides más de un metro sesenta y sin embargo te enfrentaste a él.

—Desde luego que sí. Estaba deseando darle con el bate y Miles lo sabía, de manera que hizo lo único razonable: darse la vuelta y largarse.

Lucas volvió a reír, encantado.

—Menos mal que yo ya no tengo por aquí mi bate.

Emily ladeó la cabeza y lo miró.

—Si surgiera la necesidad, en tu caso me vengaría de un modo más sutil.

—Ya lo has hecho —Lucas apoyó una mano sobre su pecho con gesto teatral—.

Has robado mi corazón.

—¡Muy gracioso! —se burló Emily—. Ahora ve a tumbarte al sofá mientras yo recojo. Luego, iré a hacer la habitación.

Estaba acabando de limpiar cuando sonó el timbre de la puerta.

—Yo iré —dijo, y fue a abrir.

—¿Emily? —Liz Donaldson no ocultó su sorpresa al verla—. No sabía que vinieras aquí los miércoles.

—Normalmente no viene —dijo Lucas desde la puerta del cuarto de estar—.

Siento no mostrarme muy hospitalario, pero te recomiendo que te quedes donde estás. Aún podría contagiarte la gripe.

—Supongo que tienes razón. He visto la nota de Emily y he venido a traerte el periódico y a ver si necesitabas algo —Liz volvió su inteligente mirada hacia Emily

—. ¿No te preocupa contagiarte?

—Pasé la gripe hace poco con síntomas muy parecidos, así que espero que sea el mismo virus —contestó; desesperada por ocultar su bochorno—. ¿Has pasado unas buenas vacaciones? Si Lucas vuelve al sofá, podrías pasar a la cocina a tomar un café.

—No puedo quedarme, gracias —dijo Liz con pesar—. ¿Quién ha estado cuidando de ti, Lucas? ¿Alice?

—No. Está de vacaciones en Italia y tiene órdenes estrictas de no revelar a mi madre que estoy malo —Lucas sonrió—. La gripe me hizo volver antes el viernes a casa, lo que fue una suerte, porque así pude conocer a Emily en persona. Ha sido una auténtica santa; la preocupó tanto que estuviera solo en mi estado que ha pasado por aquí de cuando en cuando para ver qué tal estaba.

—Espero que le hayas subido el sueldo —bromeó Liz.

—No, por Dios santo. Emily se pone echa un basilisco con la mera mención del dinero.

Lucas empezó a toser y Liz le ordenó que volviera al sofá.

—Ha sido todo un detalle por tu parte cuidar de Lucas, Emily —susurró mientras se disponía a salir.

Emily la acompañó al descansillo.

—Estoy casi segura de que el tema no saldrá a relucir —dijo en voz baja—, pero si por casualidad hablas con Nat, no le digas que he estado cuidando de Lucas, por favor.

—Hoy no voy a verlo, pero te prometo que cuando lo haga no le diré una palabra —dijo Liz—. ¿Crees que se pondría celoso?

—¡No! Claro que no. Pero podría informar a mi hermano, y no quiero que me dé la lata.

Cuando Emily volvió con Lucas este le dedicó una torva mirada.

—Así que de verdad te vas.

—Sí, Lucas.

—Está lloviendo mucho. Toma un taxi.

—Me gusta caminar.

Lucas se pasó una mano por el pelo, frustrado.

—Se te estropeará el abrigo. Si vas a ir andando, toma algo mío prestado. Te quedará grande pero al menos llegarás seca.

Fue a su dormitorio y salió con una chaqueta impermeable negra.

—Oh, de acuerdo —Emily se alegró secretamente de poder proteger su chaquetón. Se lo quitó y dejó que Lucas la ayudara a ponerse la parka—. Me llega casi hasta las rodillas —dijo, haciendo una mueca.

—Ya que estás empeñada en ir andando, mejor que mejor.

—Gracias —dijo Emily con suavidad—. Recuerda que debes seguir tomando los antibióticos con mucha agua. Hay un termo de limón con miel en el mostrador, y huevos, queso, beicon y leche en la nevera...

—Por extraño que te parezca —interrumpió Lucas en tono cáustico—, me las arreglaba muy bien antes de que aparecieras en mi vida.

Emily parpadeó como si la hubiera abofeteado. De inmediato, Lucas se acercó a ella y la tomó entre sus brazos.

—Lo siento. No llores, por favor.

—No estoy llorando. Solo estoy... cansada —dijo Emily con voz ronca a la vez que lo apartaba de su lado—. Adiós. Nos vemos el viernes.

—¿El viernes? —repitió Lucas, desolado—. ¿Por qué no mañana?

—Mañana estoy ocupada.

—Trabajando como una esclava para tu casero, sin duda.

—Y para Mark.

Lucas la miró con tal intensidad que Emily apartó la mirada.

—Podrías venir luego para quedarte a pasar la noche.

—Podría, pero no lo haré. Adiós, Lucas.

Él fue a protestar de nuevo pero se lo impidió un nuevo ataque de tos.

—¿Lo ves? —dijo cuando pudo—. La mera idea de tu ausencia me va a llevar de cabeza a una recaída.

Emily no se dejó afectar.

—Estarás perfectamente.

Pero el esfuerzo de alejarse de Lucas la dejó de un humor tan gris como el color de las nubes de las que no dejó de caer agua en todo el trayecto hasta Spitalfields.

Cuando entró en casa de Nat fue al baño a colgar la chaqueta de Lucas para que se secara y luego entró en su habitación. Miró el contestador y vio que no había mensajes.

Por primera vez en su vida sintió la necesidad de descansar en su cama antes de abrir el ordenador para ponerse a escribir. Sonrió. Al menos ahora contaba con una auténtica escena de amor en la que inspirarse. La vida con Miles había sido tan decepcionante en aquel aspecto que había llegado a asumir que la culpa era suya.

Pero lo sucedido con Lucas había hecho que se tambalearan sus esquemas respecto a aquel tema. ¿Habían hecho el amor, o solo había sido sexo? En cualquier caso, había sido toda una revelación.

Tras pasar casi una hora en la cama, se preparó una taza de té y se sentó a leer en el ordenador todo lo que había escrito hasta entonces.

Al cabo de un rato miró su reloj y se preguntó sí Lucas habría recordado tomar su pastilla. «Por supuesto que lo ha recordado», se dijo, irritada. De todos modos, con un suspiro, descolgó el teléfono y marcó su número.

Cuando una atractiva y desconocida voz femenina respondió, colgó precipitadamente. Evidentemente, alguien se había presentado por fin para cuidar al paciente. Cosa inevitable ahora que ya estaba mejor y libre de gérmenes...

Furiosa por sentirse tan molesta, se obligó a dejar de pensar en Lucas y en su acompañante y se centró en su trabajo. Para cuando oyó los ruidos de Nat y Mark al volver a casa había hecho un considerable progreso. Satisfecha consigo misma, y repentinamente hambrienta, estaba preparándose un sándwich cuando sonó el teléfono. Esperó, resignada, suponiendo que sería Miles de nuevo, pero se puso tensa al oír que el que estaba dejando el mensaje era Lucas.

—Emily, llamo solo para confirmar que he tomado la pastilla con

mucha agua.

Llama pronto para felicitarme…

—Estoy aquí —interrumpió ella sin aliento—. ¿Cómo te encuentras?

—Solo.

Emily frunció el ceño en silencio.

—Sé que has llamado antes —continuó él—. Olvidaste borrar tus huellas electrónicas. La que ha contestado era Caroline, por cierto.

Caroline. ¡Su secretaria! Emily se animó al instante.

—¿Te ha recordado que debías tomar el antibiótico?

—Podrías habérselo preguntado en persona si no hubieras colgado. Pero Caroline ha venido a traerme algunos mensajes y a hablar de trabajo, no de pastillas.

Y, temerosa de los virus, se ha ido en cuanto ha podido. ¿Qué estás haciendo?

—Nada. Acabo de cerrar el ordenador tras una buena sesión de trabajo y ahora voy a comer algo. Espero que tú también vayas a hacerlo.

—Sí, enfermera. Estoy sorprendentemente hambriento. Liz ha venido un momento por la tarde a traer una especie de guiso que puedo calentar en el microondas.

—Así que ya no tengo que preocuparme más.

—¿Estabas preocupada?

—La primera noche que tosiste como si fueras una motosierra sí me preocupé.

Estabas tan pálido que temí que te hubieras quedado sin glóbulos rojos.

Lucas rió.

—Puede que estuviera medio muerto, pero me he recuperado rápidamente gracias a tus atenciones.

Emily se ruborizó al recordar.

—En ese caso, no malgastes mis esfuerzos y sigue tomando tus pastillas cada ocho horas.

—Mañana va a ser un día muy largo sin ti.

—Lee algún libro que no hayas tenido tiempo de leer hasta ahora —dijo Emily en tono enérgico—. Buenas noches. Que duermas bien —añadió, y colgó enseguida por si Lucas trataba de persuadirla para que fuera a pasar el día siguiente con él. Y

por si ella decía que sí.

Un rato después llamó a su madre para informarla de que había sobrevivido sin problemas a la gripe de Lucas Tennent, noticia que su madre recibió con gran alivio.

Emily también se sintió aliviada al saber que Miles no había vuelto a darles la lata.

Pero cuando llamó a Ginny, esta se preocupó al enterarse de que Miles le había dejado otro mensaje.

—¿Qué puede querer? Al irte no te llevarías la plata de su familia, o algo parecido, ¿no? —bromeó.

—Recuerda que soy la hija de un vicario —replicó Emily, simulando sentirse ofendida.

—¿Y qué tal te ha ido con tu estupendo paciente?

—Con mi estupendo «impaciente», más bien.

—¿Te está agradecido por lo que has hecho por él?

—Sí. Pero ya está mejor. Al principio estaba tan enfermo que tuve que llamar al médico. El no quería, pero por suerte llamó su hermana y lo puso firme —Emily rió

—. Deberías haber visto la cara que puso al ver que era una doctora la que acudió a verlo.

Siguieron charlando un rato hasta que Ginny anunció que Charlie estaba a punto de llegar a casa.

—Entonces, ¿te encuentras bien, Emily? —preguntó, repentinamente seria—.

Dime la verdad.

—Me encuentro perfectamente. No he tosido ni estornudado ni una sola vez.

—No me refería a eso. Lo que trato de decir con mi habitual falta de tacto es que acabas de superar tu ruptura con Miles y que debes cuidarte de no cometer ninguna imprudencia, Em.

Demasiado tarde para aquella advertencia, pensó Emily después de colgar.

La palabra «imprudente» no llegaba a describir su comportamiento con Lucas Tennent. Debería haberse resistido, haber protestado, haber hecho algo. Pero en cuanto Lucas la había tomado entre sus brazos, su cerebro parecía haber dejado de funcionar. Además, si se lo hubiera impedido, tal vez habría pasado por la vida sin llegar a saber lo mágico y sublime que podía ser hacer el amor. Se estremeció al recordar. Y, fuera cual fuese el resultado de lo sucedido, no pensaba culpar a Lucas por ello. Él no le había pedido que acudiera a su lado corriendo a jugar a la enfermera. Una irónica sonrisa curvó los labios de Emily a la vez que su mirada se volvía más soñadora. No merecía la pena perder el tiempo arrepintiéndose de una experiencia que Lucas había calificado muy adecuadamente de «milagrosa».

Emily volvió a tierra con una sacudida. En el futuro evitaría todo contacto con los milagros y limitaría sus impulsos caritativos a dar

unas monedas a alguien que las necesitara.

El tiempo pasó muy despacio el resto de la tarde. Se sentía demasiado cansada como para abrir el ordenador y demasiado inquieta para leer. Era imperativo que buscara alguna forma de ocupar su mente. Su trabajo de asistenta le dejaba la mente libre para esbozar su novela, pero también para preocuparse por lo que el destino fuera a depararle.

Capítulo 8

A LA MAÑANA siguiente, el teléfono sonó en la cocina de Nat mientras Emily terminaba de limpiar. Siguió fregando el suelo cuando saltó el contestador, pero el mensaje llamó su atención de inmediato.

—Nat, soy Louise Powell. No tengo el teléfono de tu despacho ni el de tu móvil, pero he pensado que deberías saber que Thea está enferma...

Emily descolgó de inmediato.

—¿Louise? Soy Emily Warner. ¿Qué sucede? ¿Puedo ayudar?

—¿Emily? —dijo Louise, sorprendida, pero demasiado preocupada como para ponerse a hacer preguntas—. ¿Puedes ponerte en contacto con Nat? Thea acaba de desmayarse en el suelo de la cocina. Ahora está en la cama, pero tiene muy mal aspecto.

—¿Has llamado a su madre?

—Está fuera, en un crucero. He llamado al médico y esta tarde podré ocuparme de recoger a Tom y a Lucy cuando vaya a por mis hijos. Yo estoy encantada de ayudar, pero si tú pudieras localizar a Nat te lo agradecería enormemente.

—Ahora mismo lo llamo —aseguró Emily—. No te preocupes, Louise. Lo encontraré. Dame tu teléfono para que pueda mantenerte al tanto de lo que pasa.

En cuanto colgó marcó el número del móvil de Nat, pero no lo tenía encendido.

Cuando llamó a su despacho y le dijeron que estaba asistiendo a una reunión importante, pidió que la pusieran con Liz Donaldson.

—De acuerdo —dijo Liz en cuanto Emily le explicó lo que pasaba —. Yo me ocupo de sacar a Nat de la reunión de inmediato. Esta es la oportunidad que necesita. Puede acudir junto a la cama de Thea como un caballero de brillante armadura. Perfecto. No te preocupes, Emily. En cuanto lo saque le diré que te llame.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Liz.

Emily subió rápidamente a su habitación. Unos segundos después sonaba el teléfono. Era Nat.

—¿Emily? ¿Qué sucede? ¿Está Thea en el hospital?

—No, está en casa —Emily le contó lo que sabía, le dio el teléfono de Louise y le dijo que esta iba a ocuparse de recoger a Tom y a Lucy después del colegio.

—Bien —dijo Nat, tenso—. Me iré directamente desde aquí en cuanto hable con Louise. Muchas gracias, Emily. Te llamaré esta noche para mantenerte informada.

Emily lanzó una mirada iracunda a la luz roja que no había dejado de parpadear en su contestador mientras hablaba con Nat. La vida era

mucho más sencilla antes de instalar aquella máquina a causa de la insistencia de sus padres.

Negándose a dejarse presionar, se preparó una taza de café antes de escuchar el mensaje.

—No has llamado para preguntar qué tal estoy —dijo una voz ronca en tono ofendido—. He pasado una noche muy inquieta sin ti. Te echo de menos.

Emily alargó una mano para llamar a Lucas, pero cambió de opinión. Iba a verlo al día siguiente. Lucas podía esperar hasta entonces. O, más bien, ella podía esperar.

Se las arreglaría de algún modo.

Tras terminar su sesión de limpieza, y después de comer, Emily abrió su ordenador y se puso a trabajar. Respiró profundamente y se lanzó a describir la escena de amor que tenía entre manos, avergonzándose al sentir que su corazón latía más deprisa mientras hacía una descripción verbal de la dicha que había experimentado en brazos de Lucas Tennent.

Cuando sonó el teléfono estaba tan concentrada en su escritorio que contestó sin pensar.

—¡Por fin! —exclamó una voz triunfante al otro lado de la línea, pero Emily colgó de inmediato, esperó a que volviera a sonar y escuchó resignada mientras Miles dejaba un mensaje furioso.

—¡Contesta, maldita sea! ¿A qué diablos estás jugando? Solo quiero recuperar mi propiedad. Así que llámame. Ahora.

Emily se quedó mirando el teléfono, perpleja. ¿Qué propiedad? Cuando se había ido del piso no le había quedado más remedio que dejar algunas cosas suyas atrás, y lo último que se le habría ocurrido habría sido llevarse algo de Miles.

Para poder trabajar con un poco de calma descolgó el auricular. Solo lo colgó más tarde porque esperaba la llamada de Nat.

Cuando sonó el teléfono lo descolgó de inmediato.

—¿Nat?

—Siento decepcionarte —espetó una voz hostil.

—Oh —Emily se mordió el labio—. Hola, Lucas. ¿Cómo te encuentras?

—Me siento mejor, si es que te interesa saberlo. No me siento de maravilla, pero sí mejor. Te he dejado un mensaje.

—Lo sé. No te he llamado porque...

—Porque estabas esperando la llamada de tu casero.

—No —Emily permaneció un momento en silencio—. Tenía otro motivo.

—¿Cuál?

—Odiaría que pensaras que me estoy aprovechando de… de nuestra relación por lo que pasó la otra noche.

—Ah. Así que admites que tenemos una relación —dijo Lucas, triunfante.

—Debería haber dicho «nuestra relación de jefe y empleada».

—Es una suerte que no estés en estos momentos a mi lado, porque te retorcería el cuello —replicó Lucas en un tono peligrosamente calmado.

—En ese caso, más vale que no vaya a verte mañana —dijo Emily en tono desenfadado.

—Si no vienes, iré a por ti en persona.

—No sabes dónde vivo.

—Liz me ha dado tus señas.

—¿Se las has pedido?

—Por supuesto —Lucas rió—. Liz es muy discreta y ni siquiera me ha preguntado para qué las necesitaba, pero te advierto que ahora sé dónde vives.

—¿Es eso una amenaza?

—Solo quiero asegurarme de que vengas mañana. Como prometiste —añadió Lucas elocuentemente—. Buenas noches. Que duermas bien.

Emily ya estaba en la cama cuando Nat llamó. Lo primero que hizo fue disculparse por haberlo hecho tan tarde. Luego, le explicó que Thea se había estado medicando por su cuenta para combatir la gripe y poder ocuparse de los gemelos. El desmayo había sido consecuencia de la debilidad acumulada por alimentarse mal y dormir apenas durante las noches.

—¿Cómo se encuentra ahora?

—Tiene fiebre y está tan hecha polvo que ni siquiera ha protestado cuando le he dicho que me iba a ocupar de cuidarla.

—Siento mucho que Thea esté enferma —dijo Emily, pensativa—, pero en cierto sentido…

—Sí, no hay mal que por bien no venga, y todo eso —concluyó Nat por ella—.

Solo hay un pequeño problema, Emily. Louise Powell le ha dicho que has sido tú la que ha contestado cuando ha llamado a mi casa.

—¡Solo porque estaba fregando el suelo de la cocina!

—Evidentemente, Thea no podía saber eso. Pero parece que Tom y Lucy no han dejado de hablar de ti desde que volvieron con ella, y mi esposa me ha preguntado directamente si había algo entre nosotros.

—¿Qué? Espero que la hayas convencido de que eso es una tontería, Nat Sedley.

—Sí, aunque me ha costado —dijo él en un extraño tono de voz—. He tenido que contarle una pequeña mentira.

Emily se puso tensa.

—¿Qué mentira?

—Le he dicho que estabas apasionadamente enamorada del nuevo hombre que hay en tu vida.

—¡Muchas gracias!

—No te preocupes. No tienes por qué presentárselo en carne y hueso. Pero me gustaría que nuestras historias coincidieran si por casualidad hablas con Thea.

—De acuerdo —Emily dudó un momento antes de continuar—. ¿Y qué me dices del problema original, Nat? ¿Crees que ya se le está pasando a Thea?

—Sí, gracias a Dios. Hemos tenido una larga charla esta tarde. Digamos que esta noche voy a acostarme bastante contento.

A Emily le habría gustado poder decir lo mismo, pero lo cierto fue que pasó una noche realmente inquieta, y con el afán de acudir cuanto antes junto a Lucas, se presentó en el apartamento de los Donaldson tan temprano que Liz ni siquiera había salido todavía.

—¡Qué madrugadora eres, Emily! —dijo, sorprendida al verla—. Ben acaba de irse. Estoy deseando saber lo que pasó con Nat, así que dispara. No será una indiscreción —añadió al ver que Emily parecía preocupada—. Todos los colegas de Nat estamos al tanto de su historia en el trabajo. Además, conozco a Thea; incluso estuve en una fiesta en su casa en Chastlecombe. ¿Cómo está?

Emily lo puso al tanto de la situación y le dijo que Nat iba a quedarse a cuidar a su esposa y a los niños.

—¡Eso es maravilloso! —Liz alzó una ceja al ver la expresión de Emily—. ¿No te alegras?

—Por supuesto que me alegro, pero el problema es que parece que a Thea se le ha metido ahora en la cabeza que Nat está interesado por mí —Emily gimió, desesperada—. Y para quitarle esa idea de la cabeza, a Nat no se le ha ocurrido nada mejor que decir que tengo una apasionada aventura con otro hombre.

Liz no pudo evitar reír.

—Pobre Thea. Los celos que siente por Nat son casi patológicos. Cosa comprensible. Thea es un encanto y una estupenda madre, pero no es especialmente guapa. Sin embargo, Nat es uno de los hombres más atractivos que he conocido. No le digas a Ben que he dicho eso —añadió, riendo.

—No lo haré —Emily dudó—. Supongo que no debería preguntarte esto, Liz, pero ¿sabes si ha tenido alguna vez motivos para sentirse

celosa de Nat?

—En absoluto —dijo Liz—. El problema empezó cuando la secretaria de Nat se fue. Su sustituta, Melanie Baker, una rubia de largas piernas y generoso pecho se coló por él desde el principio, pero Nat no quiso saber nada. Una noche que tuvieron que quedarse a trabajar hasta tarde, Melanie trató de seducirlo.

—¡Guau! ¿Y qué hizo Nat?

—La despidió de inmediato. Ofendida, Melanie se presentó en Chastlecombe y le contó a Thea que estaba teniendo una tórrida aventura con Nat. Thea solo necesitó echar una mirada a la deslumbrante rubia para creérselo todo.

—En lugar de confiar en su marido. Pobre Thea. En cualquier caso —añadió Emily—, según Nat todo va bien ahora, excepto por esa absurda idea de Thea de que le gusto.

—No tan absurda —dijo Liz a la vez que se levantaba—. Eres atractiva, femenina y vives en la casa de Nat. Ya sabes lo que se dice sobre la proximidad…

—Te aseguro que en este caso no puede aplicarse. Además, Thea debería conocerme mejor que eso… —un repentino pensamiento hizo que Emily se interrumpiera—. Oh… Espero que cuando Thea esté mejor no se le ocurra presentarse en Spitalfields para conocer al amante del que Nat le ha hablado.

—Si lo hace, seguro que hay algún hombre que te pueda echar una mano —Liz sonrió—. Te prestaría a Ben, pero Thea ya lo conoce.

Cuando Liz se fue, Emily trabajó más rápido de lo habitual en su afán por ver a Lucas. Cuando se aseguró de que el piso había quedado inmaculadamente limpio, cerró la casa y cruzó la calle en dirección al apartamento de Lucas.

Antes de que pudiera meter la llave en la cerradura, él mismo abrió la puerta, vestido con un jersey azul oscuro y unos gastados vaqueros. Parecía muy distinto al irritable enfermo de días anteriores.

—He oído el ascensor —dijo Lucas mientras tomaba la chaqueta impermeable que Emily sostenía ante sí.

—Hola.

—Hola —saludó ella, sin aliento—. ¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor ahora que te he visto —Lucas le dedicó una mirada que estuvo a punto de dar al traste con las resoluciones de Emily—. Te he echado de menos.

—Solo han pasado un par de días —Emily pasó junto a él para quitarse la chaqueta, pero él fue más rápido y la ayudó a quitársela.

—A mí me ha parecido mucho más tiempo —Lucas sonrió— Relájate. No te voy a quitar nada más.

Ella lo ignoró y fue a la cocina.

—Si te sientas en el cuarto de estar lo dejaré para el final.

—Antes vamos a tomar un café —Lucas la tomó por la cintura y la hizo sentarse en uno de los taburetes—. Como yo, está listo y esperándote.

Aquello no era justo, pensó Emily con amargura.

Lucas se sentó en otro taburete junto a ella y llenó dos tazas.

—Mientras lo tomamos, cuéntame todo lo que has hecho desde que te vi por última vez. Supongo que aún sigues recibiendo mensajes de Miles, ¿no?

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Emily, sorprendida.

—Porque cada vez que te llamo salta el contestador antes de que te pongas —

Lucas la tomó de la mano—. Dime si ese miserable sigue asustándote.

«Ni la mitad de lo que me estás asustando tú», pensó Emily.

—Dice que me fui con algo que le pertenecía.

—¿Y es así?

Emily se encogió de hombros.

—Lo único que se me ocurre es el portátil. Se lo regalé por su cumpleaños, lo admito. Pero pague por él y aún tengo el recibo para demostrarlo, así que no está de suerte si quiere recuperarlo.

—Si eso es todo lo que quiere, dáselo —dijo Lucas, irritado—. Te compraré otro.

—Desde luego que no —Emily retiró su mano—. Además, no estoy preocupada por Miles.

—¿Entonces qué sucede? Cuéntamelo.

—No puedo. La mayor parte no es asunto mío.

—Pero es obvio que te tiene muy preocupada, así que suéltalo. ¿O tienes que volver corriendo a Spitalfields para atender a tu casero? —Lucas sonrió cuando ella lo miró con el ceño fruncido, pero enseguida se puso serio—. Vamos a sentarnos en el cuarto de estar. Puedes contarme lo que sucede, Emily. Te aseguro que soy muy discreto.

—Eso ya lo sé.

Una vez sentados en el sofá, Emily hizo un breve resumen del problema entre Nat y Thea Sedley y dijo que la enfermedad de esta última había sido el catalizador que había vuelto a unirlos.

—Está claro que la gripe es algo asombroso —dijo Lucas—. Sin ella, tú y yo nunca nos habríamos conocido, y en el caso de los Sedley, ha salvado su matrimonio.

Porque asumo que es así, ¿no?

—Más o menos —reacia, Emily le habló de las sospechas de Thea

respecto a Nat y ella.

—No puedo decir que la culpe —dijo Lucas—. Comparto su punto de vista.

—Pero tú no conoces a Nat y, sin embargo, Thea me conoce de toda la vida.

Jamás se me ocurriría hacerle daño a ella... o a los gemelos.

Lucas se acercó a ella en el sofá para volver a tomarla de la mano.

—Me niego a creer que el dinero fuera el único atractivo que Miles encontró en ti. Y sabes muy bien que yo te encuentro muy atractiva. Obviamente, Thea piensa que a su marido le pasa lo mismo.

—Ya no —dijo Emily en tono melancólico—. Nat le ha dicho que estoy profundamente enamorada del nuevo hombre que hay en mi vida.

—¿Y quién diablos es? —preguntó Lucas, tenso.

Ella se libró de su mano, impaciente.

—Un amante fantasma que no existe.

—Ah —Lucas se relajó—. ¿Y qué sucederá si la suspicaz señora Sedley se presenta un día inesperadamente para que se lo presentes?

—No tengo ni idea —dijo Emily, desanimada—. Liz me habría ofrecido los servicios de Ben, pero, desafortunadamente, Thea ya lo conoce.

—Pero no me conoce a mí.

—No es asunto de broma —espetó Emily.

—¿Quién está bromeando?

Emily se quedó mirando a Lucas sin decir nada.

—Hablo en serio —continuó él—. Si surge la ocasión, me encantaría serte útil.

Después de todo, no sería mentira —alzó una mano y acarició la mejilla de Emily—.

En una reciente e inolvidable ocasión fui tu amante.

Emily se puso en pie precipitadamente.

—Es hora de que me ponga a trabajar.

Durante las siguientes dos horas limpió, frotó y restregó, ignorando las frecuentes peticiones de Lucas para que se tomara un descanso.

Finalmente, se levantó, le quitó la aspiradora de las manos y la guardó en el armario de la cocina.

—Para ahora mismo —dijo, en un tono que no admitía réplica.

—Solo trataba de hacerlo todo lo más rápido que puedo para volver a casa.

Lucas alzó una ceja.

—Después de lo que me has contado sobre la esposa de Nat, ¿aún piensas que puedes considerar que esa es tu casa?

Emily lo miró, conmocionada.

—No... supongo que no. Será mejor que empiece a buscar algún otro sitio en el que alojarme —miró su reloj—. Son más de las dos. ¿No deberías tomar tu medicación?

—En un minuto. Comamos algo antes.

—No he hecho compra al venir —dijo Emily, que tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no arrojarse en brazos de Lucas Tennent y ponerse a llorar. Lo cual era una estupidez. No había motivos para llorar. Simplemente necesitaba dormir—.

¿Quieres que salga a comprar algo?

—Desde luego que no. Ya lo he encargado. De momento no vas a ningún sitio

—dijo Lucas, inexorable—. Lávate las manos y ven a comer.

Cuando Emily volvió del baño encontró una bandeja esperando en la mesa, frente al sofá.

—No es exactamente un festín —dijo Lucas mientras señalaba una fuente llena de sándwiches—, pero he pensado que la ocasión merecía un toque especial —tomó una botella de champán que se hallaba a su lado, la abrió, sirvió dos copas y entregó una a Emily.

Ella la aceptó y se sentó en el sofá junto a él.

—¿Qué estamos celebrando? ¿Tu recuperación de la gripe? ¿O acaso es tu cumpleaños?

—Algo mucho más importante... un aniversario —Lucas brindó con ella—.

Hace exactamente una semana que nos encontramos por primera vez.

Emily estuvo a punto de dejar caer la copa. Lucas sonrió.

—Es solo un sándwich y una copa de champán, mujer. Y a plena luz del día. No tienes por qué asustarte.

—No estoy asustada —mintió Emily, y tomó un sorbo de su copa —. Tienen un aspecto delicioso —dijo cuando Lucas le alcanzó un plato con varios sándwiches.

—Habría preferido llevarte a comer a algún sitio, pero he pensado que me sermonearías sobre mi recuperación y todo eso...

—Desde luego.

—... así que he decidido posponer la invitación hasta que la consideres oportuna

—concluyó Lucas.

—Todo esto es encantador, y me halaga que te hayas tomado tantas molestias, pero eso es todo. Y no pienso salir a comer contigo, desde luego.

—¿Por qué no? Es solo una forma de darte las gracias por todo lo

que has hecho por mí —dijo Lucas, imperturbable—. Nada más.

Emily tomó un sándwich y se preparó para la batalla.

—Cuando estés de nuevo en forma y vuelvas a tu trabajo nuestra relación volverá a la normalidad. Tú serás el banquero y yo la asistenta y, como ya sabes, no hay acercamiento posible entre polos opuestos.

—Pensaba que ya habíamos dejado atrás todas esas tonterías —Lucas dejó a un lado su plato y rellenó las copas—. Por casualidad no serás una snob, ¿no?

Emily no ocultó su exasperación.

—¿Cómo voy a ser una snob? Tú eres el dueño de este magnífico apartamento y yo vivo en una habitación por la que pago tan poco que casi se puede considerar que me la alquilan por caridad.

—Puedes ser una snob al revés —Lucas alzó una ceja con expresión irónica—.

¿Sabe la señora Sedley lo poco que pagas por tu habitación?

—No tengo ni idea —Emily vació temerariamente su copa—. La verdad es que me ha disgustado mucho saber que Thea sospecha que... que...

—¿Que compartes la cama con su marido?

—¡No creo que haya llegado tan lejos como para pensar eso! —Emily se encogió de hombros—. Y si es así, resulta ridículo. Yo no pienso en Nat de ese modo.

—Si su esposa está celosa, supongo que Sedley no es un hombre precisamente feo.

—Liz dice que es el hombre más atractivo que ha conocido. Nat se parece a Robert Redford, solo que es más alto y aún más guapo, si es que eso es posible.

—¡Dios santo! —Lucas la miró con recelo—. ¿Y tú no lo encuentras atractivo?

—Por supuesto, pero no en el sentido al que te refieres. Nat es un hombre amable y encantador y me gusta mucho. También le estoy agradecida, pero para mí solo es el amigo de mi hermano, y además no es mi tipo. No suelen gustarme los hombres rubios.

—En ese caso... —sin advertencia, Lucas tomó a Emily por la cintura, la sentó en su regazo y la besó—. Parte de la celebración —murmuró contra sus labios entreabiertos—. Si esto no va a volver a pasar, al menos puedes aceptar unos besos.

—¿Por tu inversión en champán? —dijo Emily, y no volvió a hablar mientras devolvía a Lucas unos besos que empezaron a volverse alarmantemente apasionados. Cuando se dio cuenta de adónde podía conducirlos aquello trató de apartarse de él, pero Lucas

se lo impidió.

—Te deseo, Emily —dijo con voz ronca

—¡No! —exclamó ella, frenética—. No va a volver a pasar, Lucas.

—¿No me deseas?

—¡No! —mintió Emily, desesperada—. No te deseo. —

¿Lo dices en serio?

—Sí.

La mirada de Lucas se endureció visiblemente y ella se puso en pie. Fue a la cocina tan rápido que estuvo a punto de tropezar con su bolsa a causa de las prisas.

—Espera —dijo Lucas, alcanzándola en el vestíbulo—. Aún hay cierto asunto sin resolver entre nosotros. ¿O acaso lo has olvidado?

—¿Hablas en serio? —Emily lo miró con expresión burlona—. Te aseguro que no he dejado de pensar en ello ni por un segundo —tomó su chaqueta y desdeñó la ayuda de Lucas para ponérsela—. No pienso arriesgarme a cometer el mismo error dos veces —se dispuso a salir, pero Lucas se interpuso entre ella y la puerta.

—Por favor, Emily. Si no encuentras un lugar al que ir, avísame.

—De acuerdo. Aunque, pensando en el interés del matrimonio Sedley, tal vez lo mejor sería que siguiera en casa de Nat. De lo contrario, Thea podría pensar que no se había equivocado en sus sospechas —Emily sonrió antes de añadir—: Recuerda que tienes que terminarte todas las pastillas, Lucas. Es evidente que estás mucho mejor…

—Me alegra que lo pienses —dijo él en tono pesimista, y luego la tomó de la mano—. Que descanses este fin de semana, Emily. Nos vemos el lunes.

Ella negó con la cabeza.

—No, Lucas. Esperaré a que vuelvas a trabajar para venir a limpiar. Estoy segura de que podrás arreglártelas hasta entonces. A menos que prefieras buscar a otra persona…

—No quiero a ninguna otra persona —dijo él entre dientes—. Te quiero a ti.

Emily le dedicó una mirada desesperada y salió al descansillo. Se sintió extrañamente dolida cuando él cerró la puerta sin ni siquiera esperar a que hubiera entrado en el ascensor.

Fuera, Emily descubrió que el champán le había dado dolor de cabeza. Y ya se hallaba a medio camino cuando recordó que Lucas no le había entregado su habitual cheque de los viernes.

Capítulo 9

POR DIOS santo, Emily, tienes un aspecto terrible —dijo Ginny cuando se encontraron al día siguiente—. ¿Estás de luto o algo parecido?

Para ir a juego con su estado de ánimo, Emily se había vestido totalmente de negro. El único toque de color era el de sus ojos y el de un lápiz de labios tan brillante que raramente lo usaba, pues consideraba que tenía la boca demasiado grande como para aquel tono.

—Estoy cansada, eso es todo.

—¿Estás segura de no haber atrapado la gripe de tu jefe?

—Sí. Es solo falta de sueño.

—¿Y qué te mantiene despierta por las noches?

Emily ni siquiera podía confiar a Ginny los verdaderos motivos de su insomnio.

En lugar de ello le habló de Nat y Thea y de su amante fantasma.

Ginny rió al oír aquello.

—Por tu aspecto, da la sensación de que tienes un auténtico fantasma por amante. ¿Estás comiendo bien?

—¡Sí, mamá! —Emily atacó su pastel. La compañía de Ginny siempre la hacía sentirse mejor—. ¿Cómo está Charlie?

—Este fin de semana asiste a una conferencia. Al menos, eso es lo que me ha dicho.

—Vamos —se burló Emily—. Sabes muy bien que Charlie no ha mirado a otra mujer desde el día que te conoció.

—Por supuesto que lo sé —dijo Ginny, orgullosa—. Esto ha sido algo inesperado, Charlie ha tenido que sustituir a otra persona. Así que ¿por qué no vienes esta noche a casa a hacerme compañía? Podemos alquilar una película de vídeo, abrir una botella de vino y divertirnos como auténticas chicas.

La perspectiva de pasar un fin de semana alejada de su solitaria habitación, y del teléfono, resultó demasiado tentadora para Emily.

—Me encantaría.

En el sofá-cama de Ginny durmió mejor que hacía tiempo y cuando volvió al día siguiente a su casa se sorprendió al no encontrar ningún mensaje en el contestador. Su inmediata reacción fue de decepción por el hecho de que Lucas no la hubiera llamado, seguida de otra de alivio al pensar que Miles tampoco había llamado. Estuvo a punto de llamar a Lucas, pero cambió de opinión y en lugar de ello encendió el ordenador. Reciclaría sus emociones transfiriéndolas a la protagonista de su novela.

A la mañana siguiente estaba a punto de salir de casa de los

Donaldson cuando sonó el timbre. Al abrir la puerta y ver a Lucas, su corazón latió más rápido.

—Déjame pasar, Emily.

Ella retiró la cadena y se volvió para tomar su mochila.

—Estaba a punto de irme.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Solo me faltan algunos antibióticos. Volveré al trabajo pronto.

—Eso está bien.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos incómodos momentos.

—Aún es demasiado pronto para saberlo, Lucas —dijo finalmente Emily, yendo directa al grano—. Prometí que te avisaría en cuanto lo supiera y así lo haré —sonrió

—. Recuerda que mi padre es un clérigo. Me educó para que cumpliera mis promesas.

—Admirable costumbre —dijo Lucas a la vez que la liberaba de la mochila—.

Yo nunca conocí a mi padre.

La mirada de Emily se suavizó al instante.

—¿Murió cuando eras pequeño?

—No. Cuando Ally y yo éramos pequeños se fue de casa y nunca regresó.

Emily no ocultó su consternación.

—¿Porqué?

—Cuando mi madre consideró que éramos lo suficientemente mayores para comprender, nos explicó que nuestro padre era un espíritu libre que se sentía agobiado por el matrimonio y la paternidad —la mandíbula de Lucas se tensó—.

Estaba equivocada.

—¿Respecto a tu padre?

—Respecto a mí. Nunca entenderé que un hombre pueda hacer eso. Uno no puede librarse de sus responsabilidades como si fueran un equipaje no deseado —

Lucas hizo una pausa—. Si has terminado aquí, ¿por qué no vamos a mi casa a tomar un café?

—De acuerdo —Emily se aseguró de cerrar la puerta con llave antes de entrar en el ascensor.

—Te llamé el fin de semana —dijo él mientras bajaban.

—No dejaste ningún mensaje.

—Pretendía hablar contigo, no con una máquina.

—Estaba con una amiga con la que solía compartir piso. Ginny y yo aún nos vemos todos los sábados por la mañana, pero este fin de

semana su marido estaba fuera y me quedé a pasar la noche en su casa. Aunque no sé por qué te estoy contando esto —dijo Emily, repentinamente irritada—. No tengo por qué darte explicaciones de lo que hago.

Lucas sonrió mientras salían del ascensor.

—Es cierto. Pero al no localizarte me preocupé.

—¿Porqué?

—Temía que hubieras caído con la gripe.

—En ese caso habría estado en mi habitación.

—Podrías haber ido a casa de tu madre para que te cuidara.

Emily negó con la cabeza mientras entraban en el portal de Lucas.

—De momento me estoy manteniendo bien alejada de Chastlecombe.

El ascensor estaba abajo y unos segundos después entraban en el apartamento.

—¿Quieres que preparé café? —ofreció Emily una vez en la cocina.

—Si te apetece —Lucas la miró a los ojos—. ¿Acierto al pensar que estás aquí solo por la pena que te ha producido lo que te he contado sobre mi padre?

—Compasión, no pena —contestó Emily, aunque no era totalmente cierto.

Había aceptado acudir a casa de Lucas porque quería estar con él, porque necesitaba estar con él al menos un rato antes de volver a su solitaria habitación.

Lucas se sentó en un taburete y apoyó los codos en la encimera mientras ella preparaba el café.

—Normalmente nunca hablo de mi padre, pero a ti te he contado la historia para dejarte una cosa clara. Más bien dos cosas.

Emily lo miró con curiosidad.

—¿Qué cosas?

—En primer lugar quería apartar definitivamente de tu cabeza la idea sobre las diferencias sociales existentes entre nosotros. Admito que estoy bien educado, pero eso es porque siempre he trabajado duro y he tenido la suerte de contar con las becas necesarias cuando más me convenía. Y actualmente tengo éxito en mi profesión. Pero el otro día te quedaste dormida mientras te hablaba y no pude contártelo todo. A diferencia de ti, Emily Warner, soy producto de una familia monoparental. Cuando mi padre nos abandonó nos trasladamos a vivir con mi abuela y mamá tuvo que volver a trabajar para poder alimentarnos y vestimos.

—¿En qué trabajó? —preguntó Emily mientras le alcanzaba su café.

—Al principio tuvo que trabajar de dependienta en una tienda, pero luego consiguió trabajar como secretaria de un abogado —la boca de Lucas se contrajo en una tensa mueca—. Ally y yo solíamos llorar por nuestro padre al principio, pero, gracias a que éramos jóvenes, acabamos por olvidarlo. Hasta que empecé en la escuela secundaria no llegué a darme cuenta real de lo que suponía la falta de un padre. Los niños pueden ser terriblemente crueles.

—¿Volvió tu padre alguna vez?

—No. Su «espíritu libre» acabó llevándolo hasta una pequeña y remota isla del Pacífico. Pasaron meses antes de que la noticia de su muerte llegara a oídos de mi madre.

—¿Y se disgustó a pesar de lo sucedido?

—Estuvo inconsolable una temporada —la mirada de Lucas se endureció—.

Nunca dejó de amarlo.

Emily terminó su café sin saber qué decir. A pesar de que se conocían hacía muy poco tiempo, sabía que a Lucas Tennent no le resultaba fácil desnudar su alma.

Probablemente se arrepentiría de haberlo hecho.

—Tenía otro motivo para decírtelo —continuó Lucas—. Si te has quedado embarazada, puedes estar segura de que no evadiré mis responsabilidades. Ningún hijo mío crecerá sin conocer a su padre.

—Es una actitud muy noble por tu parte —dijo Emily tras una pausa—. Pero supongo que la madre tiene algo que decir en el asunto, ¿no?

Lucas pareció sorprendido.

—Por supuesto. Pero supongo que querrás contar con mi apoyo si sucede lo peor, ¿no?

El corazón de Emily se contrajo dolorosamente. Miró su reloj.

—Es hora de que me vaya. Avísame cuando vuelvas a trabajar para que venga a limpiar el apartamento. A menos que quieras buscar otra asistenta...

—¡Al diablo con la limpieza! Tenemos que hablar de los arreglos necesarios en caso de que estés embarazada —Lucas se levantó y se interpuso en el camino de Emily, que ya se encaminaba a la puerta.

—Dejemos ese asunto hasta que sepa con certeza si ha pasado «lo peor» —dijo ella a la vez que lo rodeaba—. Adiós, Lucas.

Él la siguió.

—No me he expresado bien...

—Pero sí de forma muy precisa.

Emily salió al descansillo y entró en el ascensor.

Últimamente bajaba demasiado a menudo en aquel ascensor

sintiéndose muy triste.

Cuando entró en su casa se sorprendió al encontrar a Nat en el vestíbulo.

—He venido a hacer una rápida visita. Louise Powell está con Thea —explicó Nat—. Se ocupará de, ella y los gemelos hasta que vuelva. Tengo que asistir inevitablemente a una reunión esta tarde. Luego, pasaré por aquí a recoger algo de ropa y volveré a pasar el resto de la semana en Chastlecombe.

—¿Cómo está Thea?

—Aún está muy débil, pero ha mejorado —Nat sonrió y rejuveneció diez años

—. Pero con mis tiernos cuidados pronto estará en plena forma.

—Le enviaría mis recuerdos, pero me temo que en estos momentos no le caigo precisamente bien.

—Creo que ha superado ese tema, e incluso me ha pedido que no te contara lo tonta que ha sido.

Emily se animó al oír aquello.

—¿Entonces ya estoy libre?

—No exactamente. Aún me pide detalles sobre tu supuesto amante —Nat sonrió abiertamente—. Me temo que no me he mostrado demasiado imaginativo y le he dicho que es alto, moreno y atractivo —miró su reloj—. Ahora debo irme. Nos vemos luego.

Emily subió a su habitación y se alegró al ver que no había ningún mensaje esperándola. Miles debía de haber renunciado a localizarla.

Tras limpiar las habitaciones de Mark comió algo y luego dedicó un buen rato a editar lo que había escrito hasta entonces. Estaba totalmente absorta en su tarea cuando oyó ruido de voces abajo. Al abrir la puerta oyó a Nat prácticamente gritando. Bajó las escaleras de dos en dos, descalza, y se detuvo en seco en el vestíbulo cuando dos rostros masculinos se volvieron hacia ella. La expresión de Nat era de profunda vergüenza, y el otro hombre parecía ofendido.

—Ha habido un ligero malentendido —explicó Nat—. Acabo de tratar de echar a tu visita de casa. Por la descripción que me hiciste he pensado que era Miles Denny.

—Será mejor que os presente —dijo Emily, repentinamente animada, y sonrió a ambos hombres—. Nat, este es Lucas Tennent, el amigo de Liz y una de las personas para las que limpio. Como ya habrás adivinado, Lucas, este es Nat Sedley, mi casero.

Ambos hombres se miraron con cautela, hasta que Nat esbozó una sonrisa de disculpa y ofreció su mano a Lucas.

—Lo siento mucho. Ha sido un caso de confusión de identidades. El hermano de Emily me dio instrucciones estrictas de arrojar de aquí

a su ex novio si se presentaba.

Para alivio de Emily, Lucas sonrió mientras trasladaba el ramo de flores que sostenía en una mano a la otra, de la que colgaba una bolsa.

—No ha pasado nada. Las que más han sufrido han sido las flores.

—¿Son para mí? —preguntó Emily tontamente.

—¿Para quién si no? —dijo Lucas, y se las entregó—. Puede que aún puedas salvar alguna.

Nat movió la mirada de uno a otro con evidente interés.

—Estoy a punto de salir para Gloucesterchire, así que no tengo tiempo de ofrecerte un whisky a modo de disculpa. Emily sabe dónde guardo las bebidas. Estás en tu casa... aunque te aseguro que no pongo ninguna objeción a que Emily lleve a sus visitantes masculinos a su habitación —miró el reloj y dio un silbido—. Llego tarde. He prometido estar en casa para la hora del baño. Hasta luego.

Nat tomó una maleta y salió corriendo, dejando un tenso silencio a sus espaldas.

—¿Recibes muchos? —preguntó Lucas finalmente.

—¿Ramos de flores?

—Visitantes masculinos.

—Tú eres el primero.

Otro silencio.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Lucas—. ¿Quieres que me vaya?

Emily miró las flores. ..

—Será mejor que las ponga en agua. ¿Te apetece el whisky que ha mencionado Nat?

—Desde luego —Lucas sonrió—. No todos los días de la semana me asaltan.

Emily rió.

—No veo que tengas un ojo morado.

—Afortunadamente no. Y la cosa no ha llegado más lejos porque Nat me ha pillado por sorpresa. ¡No esperaba que fueran a echarme nada más mencionar tu nombre!

—Lo siento. Nat no conoce a Miles. Solo le había dado una descripción.

—Que por lo visto encajaba conmigo a la perfección.

—En realidad no. Los dos sois altos, morenos y muy... —Emily se interrumpió.

—¡Sigue!

—En el caso de Miles, muy pagado de sí mismo.

Lucas pareció ofendido.

—¿Y es así como me ves a mí?

—No. A ti te veo seguro de ti mismo.

—Eso está mejor —concedió Lucas a regañadientes—. ¿Y es más guapo que yo?

—No, claro que no. En eso le ganas por mucho —Emily condujo a Lucas al elegante cuarto de estar de Nat—. Si esperas aquí un momento, voy a poner las flores en agua.

Cuando regresó encontró a Lucas contemplando con interés lo que lo rodeaba.

—Tu casero tiene muy buen gusto —dijo, y frunció el ceño al bajar la vista y ver que Emily estaba descalza—. ¿No deberías llevar algún calzado?

—Cuando he oído el revuelo que se ha formado he bajado tal y como estaba —

Emily dudó—. Ha sido muy amable por parte de Nat ofrecernos su cuarto de estar, pero…

—Preferirías que me fuera.

—No. No me refería a eso en absoluto. No tengo whisky, pero puedo ofrecerte un vino bastante decente. Aunque tendrás que subir a mi habitación para compartirlo. No te preocupes —añadió—. Mi madre me regaló un asiento cómodo en el que podrás sentarte.

—Por mí, encantado —Lucas sonrió—. ¿Estás bien sin zapatos o tengo que llevarte en brazos?

—¿En tu estado de salud? —se mofó Emily—. Te advierto que son unas escaleras muy empinadas.

—Si tu cuarto está al final, son unas escaleras que llevan al Cielo.

—¡Cursi! —Emily arrugó la nariz y subió la escaleras a una velocidad que hizo que Lucas llegara resollando a la puerta de la habitación.

—¡Dios santo! —jadeó—. A este sitio no le vendría mal un ascensor.

—No encajaría con la arquitectura georgiana —dijo ella mientras abría la puerta

—. Bienvenido a mi guarida.

Como el resto de la casa, la habitación tenía techos altos con bellos acabados en escayola pintados de blanco contra el verde pálido de las paredes.

Lucas permaneció en la entrada, con la bolsa en la mano, mientras Emily cerraba su ordenador, intensamente consciente de su presencia física en el dormitorio. Con sus vaqueros negros y su gastada cazadora de cuero marrón, dominaba el espacio hasta tal punto que lamentó no haberse quedado abajo.

—Magnífica habitación —dijo él por fin.

Emily asintió.

—Fue una suerte poder contar con ella —dijo, y luego dedicó a Lucas una brillante sonrisa.

Él le alcanzó la bolsa que llevaba en la mano.

—Te he traído tu abrigo.

—Gracias. Pasa y cierra la puerta. Puedes dejar la cazadora en la cama.

Lucas sonrió con ironía mientras se quitaba la cazadora.

—Cuando Sedley no quería dejarme pasar he pensado que estaba siguiendo tus instrucciones.

Emily negó con la cabeza mientras colgaba su abrigo en el armario.

—No esperaba que vinieras aquí.

—He venido para arrastrarme a tus pies y hacer las paces. Desafortunadamente, mi rama de olivo ha quedado un tanto deteriorada.

—Las flores sobrevivirán enseguida con el agua—lijo Emily, repentinamente sin aliento. La habitación parecía haber encogido a la mitad de su tamaño—. Voy a abrir el vino.

—Deja que lo haga yo.

Emily sacó la botella de su diminuta nevera, tomó dos vasos y el sacacorchos de una estantería.

—Me temo que no es champán.

Lucas descorchó la botella y sirvió vino en los vasos.

—Por tus preciosos ojos, Emily Warner —dijo, y brindó con ella.

—Por tu salud recuperada —replicó ella, y tomó un sorbo—. Siéntate —Emily ocupó la silla pequeña y Lucas la más grande, disfrutando tan abiertamente de mirarla que ella sintió que las mejillas le ardían.

—Estás muy guapa esta tarde.

Emily miró a Lucas sin ocultar su sorpresa. Vestía una ropa que solo se ponía para estar en casa y no llevaba ni gota de maquillaje. Lo único que había hecho había sido lavarse el pelo.

—Gracias.

—Es evidente que he interrumpido tu trabajo. ¿Qué tal va la novela?

—Bastante bien. Sorprendentemente.

—¿Por qué sorprendentemente?

—Últimamente he tenido muchas distracciones.

—Por expresarlo con delicadeza. Lo que me lleva a uno de los motivos por los que he venido a verte —Lucas miró a Emily a los ojos —. Sé que las palabras que elegí ayer para referirme a nuestro mutuo problema no fueron las más adecuadas, pero me refería a lo peor para

ti, no para mí.

Emily dio un sorbo a su vino.

—Muy cierto. Yo seré la que tendrá que ocuparse del bebé.

La expresión de Lucas se ensombreció.

—Como ya te he dicho, no pienso evadir mis responsabilidades.

—Eres muy amable.

—¿Amable? —Lucas apretó los dientes y se inclinó hacia ella—. Si solo vienes a mi apartamento cuando no estoy, ¿cómo me avisarás?

—Te dejaré una nota en la encimera de la cocina.

Lucas frunció el ceño.

—¡Maldita sea, Emily! ¡No estamos hablando de la compra!

Ella alzó levemente la barbilla.

—Cierto. Pero tampoco es algo de lo que me gustaría hablar por teléfono.

Lucas terminó su vino.

—Te veo muy tranquila respecto a todo esto.

—En realidad no lo estoy.

Lucas se levantó, dejó el vaso en la mesa y miró a su alrededor.

—Si estás embarazada no puedes quedarte aquí.

—No —asintió Emily—. Imagíname subiendo por esas escaleras con el bebé.

—Tendrás que ir a vivir a otro sitio.

Emily se levantó.

—Si es que surge el problema, me enfrentaré a él cuando sea.

Lucas la miró un momento en silencio.

—Vuelvo a trabajar el próximo lunes.

—¿Estarás lo suficientemente recuperado?

—Sí.

—En ese caso iré a limpiar esa mañana, como de costumbre.

Tras un incómodo silencio, Lucas tomó su cazadora, se la puso y sacó un sobre del bolsillo.

—Deberías habérmelo recordado —dijo con voz ronca a la vez que se lo alcanzaba a Emily.

Ella lo abrió y sacó un cheque del interior. Al ver la cantidad, abrió los ojos de par en par.

—¿A qué viene esto, Lucas? ¿Estás pagando mis servicios personales?

—No hables así —dijo él, enfadado—. Si cuentas las horas que has estado en mi casa, verás que la cantidad no es exagerada.

En lugar de romper el cheque y arrojárselo a la cara, como le habría gustado hacer a Emily, le devolvió el talón sin hacer ningún drama.

—Haz otro cheque, por favor. Dame la cantidad que suelo cobrar los viernes, o no volveré a trabajar para ti.

Lucas no ocultó su exasperación, pero hizo lo que le había pedido. Tras rellenar el nuevo cheque se lo alcanzó.

—Gracias —dijo ella educadamente.

—¿Eres así con todo el mundo, o solo conmigo?

—¿Así, cómo?

—En ciertos aspectos eres la mujer más difícil que he conocido.

—Eso es mejor que ser la más fácil —replicó Emily, pero se arrepintió de inmediato de haberlo hecho—. Estoy segura de que tienes cosas que hacer, así que no quiero entretenerte.

—¿Quieres que me vaya?

—Sí.

—Aún no me has dado las gracias por las flores.

—Estoy segura de que sí.

Lucas se acercó a ella.

—Pero no como esperaba. He venido caminando hasta aquí con el ramo en las manos y lo único que he conseguido ha sido que trataran de echarme. Estás en deuda conmigo, Emily Warner.

—De eso nada —ella dio un paso atrás y noto la boca repentinamente seca—. Es evidente que te he dado una idea equivocada invitándote a mi habitación.

Él negó con la cabeza.

—Esta mañana has dejado bien claro que no me deseas. Lo cual no supone ninguna diferencia, porque yo sigo deseándote a ti.

Emily se dio cuenta demasiado tarde de que no tenía ningún lugar al que ir.

Lucas la tenía arrinconada contra la cama. Si avanzaba un centímetro más la haría caer en ella. Se estremeció al imaginar lo que podría suceder a continuación.

—Solo un beso —susurró él—. Para agradecerme las flores, o para darme las buenas noches, o para lo que sea…

En cuanto sus labios se tocaron, las rodillas de Emily cedieron. Cayó sentada en la cama y Lucas se arrodilló junto a ella para estrecharla entre sus brazos y besarla con tal pasión que Emily cedió al instante, incapaz de controlar su respuesta.

—¿Ves a qué me reduces? —murmuró él—. ¿Te gusta verme de rodillas?

Ella negó con la cabeza y Lucas se quedó mirándola, como esperando que fuera a decir algo. Al ver que permanecía en silencio, la soltó y se puso en pie.

—Obviamente, es hora de que me vaya —se puso la cazadora con

expresión decepcionada.

Emily se levantó de la cama.

—Gracias por traerme el abrigo —dijo, y se cruzó de brazos—. No tiene sentido.

He mentido, Lucas. Sabes muy bien que sí… —se interrumpió y se mordió el labio inferior.

—¿Qué sé muy bien? —preguntó él, tenso.

—Que te deseo.

Lucas avanzó hacia ella con gesto triunfante, pero Emily extendió los brazos para contenerlo.

—No. Eso no cambia nada. Incluso aunque suceda lo peor —añadió deliberadamente.

Él le dedicó una mirada que hizo que se le erizara el vello de la nuca.

—¿De qué estás hablando? Si estás embarazada de mí, no esperarás que me mantenga al margen de tu vida, ¿no?

Emily le sostuvo la mirada.

—Si me hubiera quedado embarazada mientras mantengamos una relación todo sería distinto. Pero en nuestro caso sería un accidente que yo debería haber prevenido.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? En la situación en que sucedió no habrías tenido la más mínima oportunidad, ni conmigo ni con cualquier otro hombre que hubiera estado tan frenético por hacerte el amor —Lucas se apoyó contra la puerta con los brazos cruzados—. Si yo no hubiera estado enfermo y hubiéramos pasado por el ritual de salir a cenar, ir al teatro y demás antes de hacernos amantes,

¿pensarías de otra forma?

—No tengo ni idea, porque no ha sucedido. Si no hubieras estado enfermo no habría sucedido nada —dijo Emily con aspereza—. Recuerda que solo soy tu asistenta.

—¿Cómo iba a olvidarlo? No dejas de recordármelo —Lucas pareció repentinamente cansado—. De acuerdo, tú ganas. Pero mantén tu promesa, Emily —

añadió con firmeza.

—¿De contarte lo peor? —replicó ella—. Te dejaré una nota el próximo lunes.

Para entonces debería saberlo.

Lucas le dedicó una larga mirada, dudó como si quisiera decirle algo más y luego, maldiciendo entre dientes, se dio la vuelta y salió.

Bajó tan rápido que Emily solo tuvo de tiempo de ver cómo se cerraba la puerta de la calle a sus espaldas cuando salió. Después, en

lugar de permitirse el alivio de las lágrimas, tomó el jarrón en que había puesto las flores y lo subió a su habitación, que de pronto le pareció más deprimentemente vacía que nunca.

Capítulo 10

EL RESTO de la semana transcurrió lentamente. Emily descolgó esperanzada el teléfono cada vez que sonó, pero nunca era Lucas. En realidad, apenas tenía esperanza de recibir noticias suyas después de prácticamente haberlo echado. Pero la esperanza era lo último que se perdía. Para cuando llegó el viernes lo echaba tanto de menos que cedió al impulso de acudir a su casa tras terminar de limpiar la de los Donaldson. Pero se dio la vuelta incluso antes de entrar en el portal, temiendo que Lucas no fuera a dejarla entrar.

Se acostó temprano y al día siguiente se hizo la prueba del embarazo. En cuanto comprobó con profundo alivio que el resultado era negativo, llamó a Lucas pos teléfono, pero su euforia se esfumó al oír que saltaba el contestador. No quiso comunicarle la noticia de aquella manera y no le quedó más remedio que ceñirse al plan original de dejarle una nota el lunes, después de hacer la limpieza del apartamento.

Ginny estaba visitando a sus suegros con Charlie, de manera que Emily no contaba con su plan habitual de los sábados para animarle el fin de semana. Trató de aprovechar el tiempo escribiendo, pero por primera vez en su vida experimentó el famoso «bloqueo del escritor» y fue incapaz de escribir nada sin volver a borrarlo cinco minutos después.

Tras una frustrante sesión, decidió bajar a la cocina a preparar algo de comer.

Mark estaba fuera, en un curso, Nat seguía con su esposa y sus hijos, y lo peor de todo fue que las otras dos veces que intentó llamar a Lucas volvió a saltar el contestador.

Emily nunca había agradecido tanto que llegara una mañana como la del lunes siguiente. Salió de casa para su sesión de limpieza con un intenso sentimiento de liberación al abandonar las elegantes paredes verdes de su solitario confinamiento.

Pero cuando salió de casa de los Donaldson en dirección a la de Lucas su buen humor se fue apagando. Sería extraño trabajar allí en su ausencia. Había desistido de intentar localizarlo durante el fin de semana, de manera que—tendría que dejarle una nota en la cocina. Mientras subía se preguntó si debía ser una nota humorística y desenfadada o si solo debía pedirle en ella que la llamara.

Pero cuando abrió la puerta descubrió que la nota iba a ser innecesaria. Lucas estaba en el vestíbulo, esperándola. Sin decir nada, la tomó entre sus brazos y besó sus sorprendidos y entreabiertos labios con una pasión a la que ella respondió abiertamente.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó cuando pudo, jadeante.

—Te estaba esperando —dijo él con voz ronca, y empezó a besarla de nuevo hasta que ella encontró las fuerzas necesarias para apartarlo un poco.

—¿No te encuentras bien? —preguntó a la vez que le tocaba la frente con la mano.

—Ahora que tú estás aquí, nunca me he sentido mejor —aseguró Lucas con una sonrisa de triunfo. La tomó por la cintura para alzarla y dar una vuelta sobre sus talones, pero la dejó enseguida en el suelo con expresión de disculpa.

—Oh, lo siento...

—No importa. No estoy embarazada —dijo Emily sin preámbulos.

Lucas se quedó muy quieto y se puso repentinamente serio.

—¿Cuándo lo has sabido?

—El sábado por la mañana.

—¿Hace dos días? ¿Y por qué no me has avisado?

—Lo intenté, pero no estabas en casa. No quería dejar un mensaje en el contestador, así que pensé en dejarte una nota hoy, como habíamos quedado.

—¿Habrías preferido eso a decírmelo en persona?

—No. Me alegra mucho haberte visto —contestó Emi1y—. Pero aún no me has dicho por qué estás en casa.

—He decidido tomarme el día libre.

—Podrías haberme llamado para decírmelo.

—¿Crees que soy tonto? Si lo hubiera hecho no estarías aquí ahora —Lucas entrecerró los ojos y Emily se puso alerta—. Así que, después de todo, no hay nada de qué preocuparse.

—No.

—Debes de estar satisfecha.

—Por supuesto —Emily apartó la mirada—. Si me hubieras llamado durante el fin de semana, podría haberte librado del suspense.

Lucas la tomó por la barbilla para que alzara el rostro hacia él.

—La otra noche dejaste bien claro que no querías saber nada más de mí. ¿De verdad esperabas que te llamara después de eso?

—No —murmuró ella.

Lucas sonrió.

—He estado fuera, visitando a mi madre. La noche que fui a verte tenía la absurda idea de pedirte que vinieras conmigo, pero tal y como fueron las cosas no habría tenido sentido.

Emily podría haber gritado. Después del interminable y aburrido fin de semana que acababa de tener que soportar, era decepcionante pensar que podría haber estado con Lucas. Aunque hubiera supuesto conocer a su madre.

—Esperaba que llamaras porque quería explicarte las cosas un poco mejor que la última vez —Emily hizo una pausa mientras trataba de buscar un modo de hacerlo entender.

—Sigue —alentó él.

—Si me hubiera quedado embarazada de ti no habría podido soportar una relación contigo, de ninguna clase, basada en la obligación.

Lucas frunció el ceño.

—Y si lo peor hubiera llegado al famoso «peor», ¿cómo habrías querido organizar las cosas? El bebé también habría sido hijo mío. Aunque te hubieras negado a tener algo que ver conmigo, habría exigido mis derechos como padre. A menos que… —se interrumpió bruscamente.

—¿A menos qué?

—Que hubieras decidido no seguir adelante con el embarazo.

—¿Te refieres a una interrupción voluntaria del embarazo?

—Sí.

Emily se estremeció.

—Ni siquiera se me había pasado por la cabeza… como buena hija de vicario que soy.

—Es cierto. Lo había olvidado —Lucas se pasó una mano por la barbilla y la miró con seriedad—. Tu vida se habría vuelto aún más difícil con un bebé.

Emily asintió.

—Muy cierto. Pero supongo que me las habría arreglado de alguna manera; y mis padres también. Pero me alegro de que no haya llegado a eso. Aunque si hubiera sido así estoy segura de que tú y yo habríamos llegado a un acuerdo amistoso…

respecto al bebé.

—Me alegra que pienses eso —dijo Lucas con ironía—. Pero, ya que no hay bebé, ¿hacia dónde vamos a ir a partir de aquí?

—¿Qué quieres decir?

—Oh, vamos, Emily. Después de lo que ha pasado, ¿puedes negar con verdadera convicción la química que hay entre nosotros?

—No, no puedo.

—En ese caso, basta ya de esa tontería de jefe y empleada —Lucas sonrió traviesamente—. O prescindiré de sus servicios, señorita Warner.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Harías eso?

—Si supusiera una ventaja para mí, claro que lo haría.

—Eso no es justo —Emily habló con vehemencia—. Sabes que

necesito el dinero.

—Todo es justo en el amor.

—¿Amor? —repitió Emily con brusquedad—. ¿No te refieres más bien al deseo?

—Sé exactamente a qué me refiero —replicó Lucas.

Se miraron un momento con hostilidad, hasta que Lucas habló.

—Ven a sentarte un momento.

—Tengo que ponerme a limpiar… —empezó Emily, pero se interrumpió. Si Lucas la estaba despidiendo, no pensaba trabajar gratis —. Pero si piensa prescindir de mis servicios, señor Tennent, más vale que vaya a los trabajos que sí me pagan.

Lucas la tomó de la mano y tiró de ella hasta el sofá.

—Siéntate —ordenó.

Los ojos de Emily parecían echar chispas, pero acabó sentada en el borde del sofá, con la espalda totalmente rígida.

—Bien —dijo Lucas—. Ahora escucha.

—Si de verdad quieres acabar con mis objeciones, lo primero que tienes que hacer es dejar de darme órdenes —espetó ella.

El sonrió, se sentó a su lado y la tomó de la mano.

—Aclaremos la situación. Tengo treinta y un años, estoy soltero, soy solvente y no hay ninguna mujer significativa en mi vida, aparte de tí, Emily Warner. ¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro, pero…

—No me interrumpas. Recientemente has roto con el impresentable señor Denny y, a menos que hayas conocido a alguien este fin de semana, presumo que no hay ningún hombre en tu vida ahora mismo —se inclinó hacia ella—. Me has visto en el peor estado posible, de manera que en ese aspecto no puede haber sorpresas desagradables, ambos disfrutamos de nuestra mutua compañía, y está claro que somos físicamente compatibles. ¿Me sigues?

—No estoy segura.

Lucas suspiró, impaciente.

—A menos que te dé mi currículum, ¿qué más información necesitas para convencerte?

—¿Para convencerme de qué?

—¡Santo Job! —exclamó Lucas, exasperado, y sonrió—. Solo trata de conseguir que admitas que no hay motivo para que no pasemos el rato juntos. Socialmente. Sin obligaciones, ya que eres tan puntillosa en ese terreno. Así que ¿qué me dices?

—¿Sobre qué?

—¿Lo admites o no?

—Supongo que sí —Emily miró a Lucas con cautela—. Vas a

prescindir de mis servicios, ¿sí, o no? Me he perdido en algún punto.

Él gimió, frustrado.

—De vuelta al dinero. ¿Es eso lo único en que piensas?

—Su ausencia suele provocar falta de concentración en otros temas. Así que

¿estoy despedida, o no?

Lucas la miró, pensativo.

—Todo depende.

—¿De qué?

—De si serías capaz de trabajar para mí y cobrar tu talón semanal y a la vez aceptarme como el hombre en tu vida.

Emily lo miró en silencio. Los latidos de su corazón resonaron en sus oídos.

—No... no estoy segura.

La expresión de Lucas se ensombreció

—¿Sobre mí?

Emily negó con la cabeza, repentinamente cansada de simular.

—Si saliéramos juntos no estaría bien que además aceptara tu dinero.

La respuesta de Lucas fue sentarla en su regazo y besarla hasta que la cabeza empezó a darle vueltas. Un instante después, haciendo un evidente esfuerzo, la apartó de su lado.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, sin aliento.

El sonrió casi con pesar y le acarició el pelo.

—Lo sabes muy bien. Quiero llevarte a la cama.

—Podrías quemar tu exceso de energía ayudándome a limpiar.

—Ni hablar. No he estado el fin de semana, así que el apartamento sigue limpio.

Y no hace falta que cambies la cama. Ya lo he hecho yo.

—¿Cuándo? ¿Ahora?

Lucas sonrió seductoramente.

—Tus sospechas son correctas. Tenía intención de llevarte a mi dormitorio en cuanto cruzaras la puerta para mantenerte en él durante el futuro inmediato.

Emily también sonrió.

—Mala suerte.

Él se inclinó para besarle el hoyuelo y luego siguió por el resto de su rostro, pero se detuvo bruscamente al encontrar lágrimas en sus pestañas.

—¿Qué sucede, cariño?

—Nada en absoluto, ahora —contestó ella con un leve sollozo—. Pero he pasado una semana tan depresiva, Lucas... En concreto, desde

que te fuiste. Y este fin de semana he estado sola en la casa. Mark estaba en un curso, Nat con Thea y Ginny se había ido con Charlie, así que… Supongo que habrá sido cosa de las hormonas —

añadió, repentinamente ruborizada.

Lucas la tomó por la barbilla para que lo mirara.

—¿Ha sido una semana depresiva porque no estabas embarazada? Dime la verdad.

—Por supuesto que no —replicó ella desdeñosamente. Aunque lo cierto era que sí se había sentido muy decepcionada. Por un instante.

Lucas la besó en la punta de la nariz.

—¿De verdad debes volver hoy a Spitalfields?

—Sí. Aún tengo que ganarme la vida. Pero volveré más tarde.

—¡Y te quedarás! —Lucas la besó para enfatizar sus palabras.

—¿Te refieres a pasar la noche? —dijo ella con voz ronca cuando él apartó la cabeza.

Lucas asintió.

—Y no me refiero a la habitación de invitados. Siempre es mejor hablar claro desde el principio —dijo, virtuosamente—. Odiaría que malinterpretaras mis intenciones.

—¿Y cuáles son tus intenciones?

—Exactamente las que crees que son —replicó él de inmediato, y la besó—. No importa que no pueda hacerte el amor de inmediato. Puedo esperar. De algún modo me las arreglaré. Pero, solo por si lo has olvidado, recientemente he estado enfermo.

Te necesito aquí conmigo noche y día para completar la cura. Últimamente no he dormido bien.

—Yo tampoco.

—¿Y eso por qué?

—Sabes muy bien por qué —dijo Emily, enfadada, y trató de levantarse, pero Lucas la retuvo sobre su regazo.

—¿Por qué me echaste la otra noche? —preguntó.

—En aquellos momentos podría haber estado embarazada.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó Lucas, desconcertado.

—Todo —Emily sonrió—. Supongo que comprendes a qué me refiero.

—No —Lucas deslizó la punta de la lengua en torno a los labios entreabiertos de Emily antes de introducirla en su boca. El beso fue tan excitante que obtuvo una ferviente respuesta, pero, tras unos momentos de creciente frustración, Emily lo apartó con firmeza.

—¡Basta! No puedo pensar cuando haces eso, y necesito aclarar algunas cosas, Lucas. Me gustará volver luego. Me gustará mucho —añadió con una sonrisa—. El resto de la semana también, si quieres,

durante el tiempo que me permita mi trabajo.

Pero no voy a dormir aquí.

Lucas la miró, incrédulo.

—¿Por qué no?

—Quedarme aquí a dormir sería prácticamente como trasladarme a vivir contigo.

—¿Y qué tendría eso de malo?

—Trata de comprender, Lucas. Mi padre se esfuerza por ser liberal, pero lo cierto es que lo disgustó mucho que me fuera a vivir con Miles sin casarme.

—¡Eso habría sido un completo desastre!

Emily asintió.

—Papá lo sabe ahora, y probablemente no para de dar gracias a Dios porque no hubiera boda. Mi madre vive en el mundo real, de manera que sus objeciones eran hacia Miles, no hacia el hecho de que me hubiera ido a vivir con él sin casarme. El caso es que no quiero alterar de nuevo sus vidas volviendo a hacer algo parecido.

—¿Te refieres a que antes quieres un anillo?

—Por supuesto que no. Solo quiero darles, a ellos y mí misma, tiempo para superar el fiasco antes de volver a intentar nada parecido.

—Conmigo no sería un fiasco —dijo Lucas rotundamente—. Entonces, ¿qué es lo que quieres con exactitud, Emily?

—Seguir con mi vida como de costumbre y pasar todo el tiempo posible contigo, pero volviendo a Spitalfields por la noche —contestó ella, sonriente.

—Deja de coaccionarme con ese hoyuelo —gruñó Lucas—. ¿Y tu novela?

—La dejaré de momento, hasta que vuelvas a trabajar.

Lucas sonrió indulgentemente.

—¿Te das cuenta de que eso no va a suponer ninguna diferencia?

—¿A qué te refieres?

Los ojos oscuros de Lucas brillaron explícitamente.

—A la naturaleza de nuestra relación, señorita Warner. Vuelve a tu habitación cada noche si debes hacerlo, pero no engañarás a nadie. Sedley ya lo sabe.

—¿Qué sabe?

—Lo que siento por ti.

—Eso está muy bien, porque yo no lo sé.

—Por supuesto que lo sabes. Te deseo tanto que no puedo dormir por las noches —para ilustrar sus palabras, Lucas volvió a besarla y enseguida quedó claro lo que podía suceder en cualquier momento y en cualquier lugar si el deseo surgía entre ellos—. ¿Lo ves? —dijo

roncamente—. Te quedes o no, todo el mundo asumirá que somos amantes.

—¡Eso ya lo sé! —dijo Emily burlonamente—. No soy tonta. Pero sigo pensando lo mismo. Deja que las cosas sean así, Lucas, por favor, o...

—O ni siquiera pasarás el resto de la mañana conmigo —dijo él, resignado.

—De todos modos, tengo que irme ya —dijo Emily, sorprendiéndolo lo suficiente como para que la dejara ponerse en pie.

—¿Por qué?

—Porque me esperan mis otros trabajos. Después necesito ducharme y cambiarme.

Lucas frunció el ceño.

—De acuerdo. Como tú quieras. Pero no vas a volver andando. Pediré un taxi —

se levantó y le dio un rápido beso—. Cuando hayas acabado, pasaré a recogerte.

—No, no hagas eso —dijo Emily de inmediato—. Yo vendré aquí.

—¿Por qué no quieres que vaya a recogerte?

Emily suspiró, impaciente.

—Cuando me fui a vivir con Miles vino a buscarme en taxi. Era fin de semana y había gente en los demás pisos. Nos despidieron como si fuéramos recién casados —

miró a Lucas con cautela—. Mark ha vuelto esta mañana de su curso, con su novia...

—¿Y qué? —espetó Lucas—. ¿Crees que les va a importar que vaya a buscarte?

—¡No! Pero no quiero que sea como la última vez. Quiero que todo sea distinto.

Puede que te parezca una tontería, pero soy supersticiosa. Trata de verlo desde mi punto de vista.

—Solo puedo verlo desde el mío —dijo Lucas con sarcasmo—. Te apetece la idea de pasar una hora o dos horas aquí conmigo de vez en cuando mientras puedas escabullirte cuando tus amigos no están mirando. ¿Y se supone que tengo que estarte agradecido por ello?

—Estás poniendo palabras que no he dicho en mi boca —dijo Emily, enfadada.

—¡Las prefiero a las tuyas! —espetó él, con tanta hostilidad que ella dio un paso atrás—. Si vamos a compartir nuestra vida de algún modo, quiero derechos exclusivos mientras dure, y no quiero tener que esconderme de nadie, «cariño».

El tono burlón con que pronunció aquella última palabra fue la

gota que colmó el vaso. Emily le dedicó una mirada que debería haberlo dejado petrificado en el sitio, tomó su abrigo y su bolso y salió rápidamente dando un portazo a sus espaldas.

En el ascensor se puso a lloraren parte porque no había habido necesidad de salir corriendo. Lucas no había hecho el más mínimo intento de salir tras ella.

Estaba sacando las llaves para entrar en la casa de Nat cuando salió Bryony.

—Buenos días, enfermera Talbot —saludó, e hizo un esfuerzo por sonreír.

—Hola, Emily. Salgo a comprar el periódico.

—¿Has pasado un buen fin de semana?

—Desde luego. He aprovechado todas las instalaciones del hotel mientras Mark trabajaba y por las tardes hemos salido por ahí. ¡No me fiaba de las mujeres que asistían al curso! —Bryony le guiñó un ojo—. Por cierto, acabo de dejar pasar a tu hermano. Te está esperando en tu habitación.

Emily se puso pálida.

—¿Andy? Algo debe de haber sucedido en casa —entró en la casa; subió las escaleras de dos en dos y al abrir la puerta de su dormitorio vio a un hombre de espaldas guardando su portátil en una bolsa de deportes.

—¡Miles! ¡Deja eso! —exclamó, furiosa.

—¿Emily? —Miles Denny se volvió hacia ella con expresión beligerante—. Solo me estoy llevando lo que es mío.

—No es cierto. Lo estás robando —dijo ella en tono cortante—. ¿Cómo has averiguado dónde vivía?

Él sonrió, ufano.

—Ginny guarda su listín de direcciones junto a su teléfono.

—De manera que eres un fisgón —dijo Emily con desprecio—. Y ahora has entrado sin autorización en una propiedad privada. Debería llamar a la policía.

Miles le lanzó una mirada iracunda.

—Si hubieras devuelto mis llamadas no habríamos necesitado llegar a esto. Solo quiero mi portátil.

—Es mío. Lo pagué yo, ¿recuerdas? Lo necesito.

—Mala suerte. Yo también lo necesito —Miles avanzó hacia ella pero Emily no se apartó.

—Deja el ordenador.

—¡Ni hablar!

Él trató de apartarla pero ella intentó quitarle la bolsa. Miles la apartó de un empujón que la hizo caer sobre la cama, pero cuando

salía por la puerta con su trofeo ella ya estaba de nuevo en pie.

Lo alcanzó a toda velocidad cuando empezaba a bajar las escaleras y se lanzó sin pensárselo dos veces sobre la bolsa para arrebatársela.

Miles dio un grito de desesperación mientras trataba de sujetarse sin éxito a la barandilla y cayó rodando por las escaleras. Su cabeza acabó golpeando el suelo a los pies de esta.

Mark salió de su habitación a toda prisa al oír el ruido, y se quedó horrorizado al ver a Emily acurrucada en el suelo, con la bolsa de deportes firmemente sujeta contra el pecho. Se agachó para tomarla, tan pálido que Emily se las arregló para dedicarle una débil sonrisa. El suspiró aliviado al ver que reaccionaba.

—¡Gracias a Dios! ¿Te encuentras bien? ¿Qué diablos ha pasado, Em? ¿Quién es ese tipo que hay a los pies de la escalera? ¿Dónde te duele?

—Me... duele todo el cuerpo. ¿Está muerto? —preguntó con un estremecimiento.

Bryony entró en aquel momento, vio lo que sucedía y empezó a actuar de inmediato como la enfermera que era. Cuando un gemido del hombre que se hallaba en el suelo indicó que estaba vivo, fue a comprobar sus signos vitales. Luego, acudió junto a Emily y apartó con delicadeza los rizos de su frente mientras la instaba a respirar profundamente.

—Enseguida me ocupo de tu hermano. ¿Te has dado un golpe en la cabeza?

—No más que en... otras partes del cuerpo. Lo que más me duele es el tobillo.

He extendido la pierna para protegerme al caer.

Bryony palpó el tobillo con manos expertas.

—No está roto, pero sí parece que hay un fuerte esguince. Habrá que hacer una placa para asegurarse; puede que también estés conmocionada. Te llevaremos al hospital, querida.

—¿Y su hermano? —dijo Mark.

—Ese no es mi hermano —contestó Emily—. Se estaba llevando mi ordenador...

—¿Qué? —exclamó Bryony—. ¿Quieres decir que he permitido entrar a un ladrón en tu habitación?

—A mi ex novio, no a un ladrón. ¿Cómo está?

Bryony volvió a tomar el pulso de Miles y se encogió de hombros.

—Está desmayado, pero no parece tener nada roto. Ni siquiera el cuello.

—Menos mal. No me gustaría llevar su muerte sobre mi conciencia. No pretendía empujarlo por las escaleras —Emily miró a

Mark y sonrió con pesar—.

Dime la verdad. ¿Está roto el ordenador?

Mark sacó el ordenador de la bolsa y lo abrió.

—No puedo estar seguro sin enchufarlo. Lo comprobaré luego.

Bryony volvió su atención hacia un gimiente Miles.

—¿Cómo se llama, Em?

—Miles Denny.

—De acuerdo, Miles Denny. Vamos a echarle un buen vistazo.

Miles abrió los ojos, ignoró las órdenes de Bryony para que permaneciera quieto, se irguió, vomitó copiosamente y volvió a desmayarse.

—¡Puaj! —exclamó Mark, asqueado.

Durante los agitados minutos que siguieron, Bryony hizo gala de sus dotes de organización. Pidió una ambulancia por teléfono, puso una bolsa de hielo en el tobillo de Emily y con la reacia ayuda de Mark recogió la suciedad y limpió al paciente mientras esperaban.

Cuando llegó la ambulancia explicó a sus colegas lo sucedido. El infeliz Miles, ya consciente, y sin dejar de protestar, fue rápidamente introducido en la ambulancia. Bryony ayudó a Emily a subir tras él y a continuación la siguió.

—Haré lo posible para que te atiendan cuanto antes, Em —dijo, y la miró con gesto preocupado—. ¿Cómo te sientes?

Emily sonrió débilmente.

—No muy bien, pero supongo que bastante mejor que Miles.

—Menudo tipo. Cuando he subido a tu cuarto a por tu bolso he visto que había forzado la cerradura.

Miles murmuró algo y uno de los enfermeros se volvió hacia Emily.

—Quiere hablarle. Pero mantenga el pie donde está, querida.

—¿Qué quieres, Miles? —dijo Emily, que ladeó el cuello para poder verlo.

—Lo siento —susurró él—. ¿Se ha roto el ordenador?

Bryony lo miró con el ceño fruncido.

—Por supuesto que se ha roto. Y por si le interesa saberlo, Emily se ha hecho un esguince en el tobillo.

—Le... compraré un nuevo ordenador —Miles logró sonreír y luego volvió a desmayarse.

Una hora después, Emily salía del hospital apoyándose en una muleta y acompañada de Bryony, quien la informó enseguida de que Miles se iba a quedar aquella noche en observación a pesar de que no tenía fracturado el cráneo.

Emily hizo una mueca.

—¡No estaba pensando en algo tan serio! —sonrió cálidamente a

Bryony mientras entraban en el taxi—. Ha sido una suerte que estuvieras en casa esta mañana. Eres una magnífica enfermera.

—Como dicen en la televisión, solo estaba haciendo mi trabajo.

Cuando llegaron a Spitalfields, y mientras tomaban un tonificante té preparado por Mark, este miró a Emily con expresión preocupada.

—Me temo que no vas a poder subir a tu habitación con ese esguince, Em. Te la cambiaría por la mía, pero de todas formas tendrías un buen tramo de escaleras.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que tendré que ir a casa de mis padres.

—¿Las escaleras son más cómodas allí? —preguntó Bryony mientras servía más té.

—Me temo que son peores. También podría pedirle a mi hermano que me dejara pasar una noche o dos en su bungalow —pero por mucho que quisiera a sus ruidosos sobrinos, lo que deseaba en aquellos momentos desesperadamente Emily era un poco de paz y tranquilidad—. No se me ocurre qué otra cosa puedo hacer.

Llamaré a Andy cuando esté en casa.

—Necesitas descansar —dijo Bryony, y miró a Mark—. Creo que deberíamos instalarla en la habitación de Nat.

Emily protestó un poco pero acabó cediendo con la condición de que Bryony la ayudara a entrar en el baño de Nat.

—Iba a ducharme cuando he vuelto esta mañana, pero Miles ha dado al traste con mis planes. Siento ser una lata, pero ¿podrías subir a buscarme una muda también?

—Por supuesto. Dime lo que necesitas y te prepararé una bolsa de viaje.

Una vez duchada y ya en la cama de Nat, Emily se sentía demasiado cansada como para preocuparse por haberle quitado la habitación.

—Me encuentro bien —dijo a sus cariñosos acompañantes—. Ahora, tomaos un rato para vosotros solos.

Bryony sugirió que Mark subiera a la habitación de Emily a por la novela que estaba leyendo. Cuando bajó, Mark dijo que había un mensaje en su contestador y que le había parecido buena idea escucharlo.

—¿De quién era?

—De un tipo con la voz grave que te ordena que lo llames. No ha dicho su nombre —Mark sonrió mientras alcanzaba a Emily su móvil —. Utiliza este.

Una vez a solas, Emily sostuvo el teléfono largo rato en su mano, sin saber si hablar con Lucas era buena idea. Lo más probable era que

siguiera enfadado. Y ella no había cambiado de opinión. Estaba decidida a mantener su relación con él en secreto para que en aquella ocasión nadie se enterara cuando todo terminara.

Marcó su teléfono, escuchó resignada su mensaje en el contestador, le hizo un breve resumen de lo sucedido y le dijo que no iba a poder trabajar para él una temporada. Luego, se despidió con tristeza y colgó.

Unos instantes después se quedaba dormida.

Despertó sobresaltada por una voz acusadora. Al abrir los ojos se encontró frente al enfurecido rostro de la mujer de Nat.

—¿Qué haces en la cama de mi marido? —preguntó Thea Sedley.

Capítulo 11

EMILY se irguió en la cama, horrorizada, y vio su horror reflejado en el rostro de Nat cuando este la miró por encima del hombro de su mujer. Pero antes de que pudiera ponerse a dar explicaciones, Bryony y Mark bajaron precipitadamente para ahorrarle el trabajo. Estaban contando lo sucedido cuando sonó repetidas veces el timbre de la puerta. Nat fue a abrir y un segundo después irrumpía Lucas Tennent en el dormitorio como un torbellino, apartaba a todo el mundo de su camino y estrechaba a Emily entre sus brazos.

Ella se aferró a él convulsivamente, tan aliviada que quiso llorar como un bebé.

—Miles entró en mi habitación, Lucas. Quería mi ordenador...

—¡Al diablo con el ordenador! —ignorando a los fascinados espectadores, Lucas le hizo alzar el rostro para besarla, pero se puso tenso al ver un moretón en la mejilla de Emily—. En tu mensaje decías que el muy miserable está en el hospital. Es una lástima, porque me habría gustado tener unas palabras con él.

Emily rió.

—No hace falta que le pegues. No fue él el causante de mis moretones. Fui yo la que se lanzó sobre él y le hizo daño... y esta vez sin necesidad del bate de cricket.

—¡Dios santo! Eres una mujer realmente peligrosa —Lucas la besó y se irguió—.

Voy a llevarte a casa.

A casa. A Emily le gustó cómo sonaba aquello.

—De acuerdo. Pero primero voy a presentarte. Ya conoces a Nat, pero esta es su esposa, Thea. Y ellos son Bryony Talbot y Mark Cooper, mis salvadores.

Lucas se dedicó a estrechar manos mientras Emily contaba cómo la habían ayudado Bryony y Mark.

—Bryony hizo casi todo el trabajo —dijo Mark, orgulloso.

—¡Menudo susto habrás pasado! —para sorpresa de Emily, Thea se acercó a la cama y la besó—. Siento haberte gritado. Es evidente que en esta situación se puede aplicar el dicho de que las apariencias engañan —sonrió a Lucas—. Nat dijo que eras alto, moreno y atractivo.

Para disfrute de Emily, Lucas se ruborizó, hizo una pequeña reverencia a Thea y dio las gracias a Bryony y Mark por su ayuda.

—A partir de ahora yo puedo hacerme cargo de ella.

—Has dicho que ibas a llevarla a casa, pero ¿dónde vives? —preguntó Bryony abiertamente—. Emily no va a poder utilizar ese pie durante, una temporada.

—Vivo en un ático desde el que se ve el río, con un cómodo ascensor en lugar de unas empinadas escaleras —Lucas miró a Nat—. No pretendo resultar ofensivo.

—No me siento ofendido —Nat miró a Emily con pesar—. De manera que todas las precauciones han sido inútiles. Tu ex novio logró entrar después de todo.

—Llamó a la puerta preguntando por Emily y le abrí —dijo Bryony, arrepentida

—. Me dijo que era su hermano.

—Hablando de Andy —dijo Nat—, ¿está enterada tu familia de lo sucedido?

Emily negó con la cabeza.

—Iba a llamar a Andy para pedir que me acogiera unos días...

—Eso ya no será necesario —interrumpió Lucas—. Puedes llamar a tu madre desde el apartamento.

—¿Dónde os conocisteis? —preguntó Thea, curiosa.

Emily miró a Lucas.

—Como Nat, Lucas me tiene empleada como asistenta.

Lucas negó con la cabeza.

—Ya no. Tus días de limpieza han terminado.

—Solo hasta que mi pie mejore.

—Ya hablaremos de eso —dijo Lucas con firmeza, y alargó los brazos hacia Emily—. Arriba.

—Puedo caminar con ayuda de mi muleta —protestó ella, pero él negó con la cabeza.

—De momento siento una necesidad imperiosa de tenerte en brazos —dijo Lucas, y Thea y Bryony asintieron cálidamente—. Además, pareces un poco frágil.

—Tú también lo parecerías si estuvieras en mi lugar. Aunque ha sido Miles el que ha caído hasta el pie de las escaleras y se ha roto la crisma.

—Bien —dijo Lucas, satisfecho—. ¿Pero de verdad vino aquí solo para hacerse con el ordenador?

—Eso parece.

—Puede que dejara algo en el disco duro —sugirió Mark—. He comprobado que el ordenador aún funciona. Puedes encenderlo luego para asegurarte, Em. Lo he puesto junto a tu bolsa en el vestíbulo.

Sonó el timbre y Nat fue a abrir. Regresó enseguida y dijo que el taxista que había llevado a Lucas quería saber si iba a tardar mucho.

—Le he dicho que estabas a punto de salir. Cuida de ella —añadió a la vez que dedicaba una cariñosa mirada a Emily.

—No te preocupes. Lo haré —aseguró Lucas. Bryony ayudó a Emily

a ponerse en pie.

—¿Estás bien?

—Sí. Gracias a ti, enfermera.

—De acuerdo, Lucas. Es toda tuya —dijo Bryony.

—Eso desde luego —Lucas tomó a Emily en brazos, hizo una ronda para que todos la besaran y salió. Nat y los demás los acompañaron fuera con la bolsa y la muleta y luego los despidieron con la mano mientras se alejaban.

Emily no pudo evitar pensar que la escena era muy parecida a la que se produjo cuando se fue a vivir con Miles.

Lucas la miró e interpretó con precisión lo que estaba pensando.

—Tu plan de mantenerme en secreto no ha funcionado precisamente bien.

—Me da igual. Me ha alegrado enormemente que hayas llegado cuando lo has hecho —Emily dejó escapar una risita—. Thea acababa de encontrarme en la cama de Nat cuando tú has entrado como si fueras la caballería ligera.

Lucas rió.

—Sin duda, hoy no era tu día. Pero da igual —la consoló—. Prometo hacer que mejore a partir de ahora, ¿Cómo te sientes después de tantas aventuras? ¿Voy a, tener que meterte en la cama nada más llegar a casa?

—¡No! —Emily sonrió—. Me bastará con tu cómodo sofá, gracias. De hecho, podría sentarme en uno de los taburetes de la cocina para supervisar la cena.

—No será necesario. Cuando te has ido estaba furioso...

—Ya me he dado cuenta.

—No me interrumpas. Así que he salido a dar un paseo para calmarme mientras planeaba mi siguiente paso, que consistía en presentarme en Spitalfields y sacarte de allí amordazada si hubiera sido necesario. Como soy un tipo bastante práctico, también hice unas compras de paso para poder alimentarte durante el secuestro. Imagina mi reacción cuando escuché tu mensaje.

—Gracias por haber ido a rescatarme —Emily se estiró un poco e hizo una mueca de dolor a causa de las protestas de su tobillo.

—Querría haber ido a recogerte en mi nuevo coche —dijo Lucas con pesar—, pero sabía que es muy difícil aparcar en esa zona, así que he optado por un taxi.

—¿Qué clase de coche?

—El nuevo modelo de Mini Cooper.

—¿En serio? —Emily sonrió, sorprendida—. Pensaba que un Porsche o algo parecido habría estado más en tu línea.

—¿Por qué?

—Encaja con el resto; tu súper apartamento, tu trabajo, y lo demás.

—Tengo un coche más rápido para los viajes largos, también comprado de primera mano —dijo Lucas, serio—. Cuando era un adolescente tenía que utilizar ropa comprada de segunda mano, así que hoy en día procuro que todas mis posesiones sean completamente nuevas.

Diez minutos después, ya instalada en el sofá del cuarto de estar, Emily esperó mientras Lucas bajaba a recoger las bolsas.

—Pareces muy pensativa —dijo él cuando regresó—. ¿Te duele el tobillo?

—Solo un poco. Pero quiero hablar con mi madre antes de que se entere de todo por Thea.

Lucas frunció el ceño.

—Supongo que esperará que vayas a su casa a recuperarte.

—En teoría sí. Pero su casa es muy vieja y tiene unas escaleras tan empinadas como las de Nat.

—En ese caso, estás mucho mejor aquí conmigo. Puedes decirles a tus padres que vengan a verte aquí. Y también a tu amiga Ginny —Lucas hizo una mueca con los labios a la vez que se inclinaba para palmear la mejilla de Emily—. No te quedes tan asombrada. Eso no te comprometerá a nada.

—Eres muy amable —dijo Emily, ignorando la última frase—, pero de momento solo le voy a decir a mi madre que tengo un esguince en el tobillo. Nunca ha visto las escaleras de Nat.

Lucas le alcanzó su móvil.

—Dile que te llame a ese número. Explícale que te lo han prestado hasta que mejore tu tobillo.

Emily sonrió, agradecida, y alargó una mano hacia la muleta.

—¿Qué quieres? —preguntó Lucas.

—Voy al baño, y voy a arreglármelas sola —dijo Emily con firmeza —. Te vas a hacer daño en la espalda si no dejas de llevarme en brazos.

—¡Pero si me encanta tenerte indefensa entre mis brazos!

Emily hizo una mueca burlona y se puso en pie con cuidado. Ayudada por la muleta, y acompañada por Lucas, que se negó a dejarla sola, fue hasta la puerta del baño. La abrió, entró, y volvió a cerrarla de inmediato ante sus narices. Cuando salió, Lucas seguía exactamente donde lo había dejado.

—Veo que volvemos a nuestra poco romántica intimidad —dijo, resignada.

—A mí no me importa —replicó Lucas mientras la tomaba en

brazos e ignoraba sus quejas—. Deja de protestar, Emily. No te va a servir de nada —cuando la dejó en el sofá la miró con expresión inquisitiva—. He estado pensando en lo que te ha dicho la esposa de Nat. ¿De verdad es así como me ves?

Emily tardó unos momentos en comprender, pero cuando lo hizo sus ojos brillaron.

—Oh. ¿Te refieres a cuando ha dicho que eras alto, moreno y atractivo? Esa descripción la hizo inicialmente Nat, no yo.

Lucas pareció tan desolado que Emily rompió a reír y le aseguró que había sido lo único que se le había ocurrido a Nat para que su esposa no sospechara qué tenía una aventura con ella.

—Me dijo que fue lo primero que se le vino a la cabeza cuando Thea le preguntó. Eso fue antes de conocerte, pero ya que encaja con la realidad…

Emily vio con sorpresa que Lucas se ruborizaba.

—¿De verdad piensas que encaja? —preguntó él en tono aparentemente desenfadado.

—Como un guante, señor Tennent. Eres la respuesta arquetípica a los rezos de cualquier doncella… —Emily se interrumpió bruscamente. Lucas frunció el ceño y la tomó de la mano.

—¿Qué sucede? ¿Te duele el tobillo?

—No —ella lo miró con tristeza—. No logro dejar de pensar en algo que has dicho sobre todo lo que has tenido que usar de segunda mano…

Lucas la miró un momento sin comprender, pero enseguida la rodeó con sus brazos.

—No me estarás diciendo que te sientes como si fuera de segunda mano después de haber estado con Miles, ¿no?

—No me sentía así hasta que te conocí —dijo ella con sinceridad —. Tuve otros novios antes, relaciones que empezaban y acababan amistosamente. Pero después de Miles me sentí tan sucia y humillada… —miró a Lucas a los ojos—. Y tú pareces tener una fijación con lo nuevo e intacto.

—¡Solo en lo referente a los coches y la ropa! —Lucas la besó a modo de castigo

—. Pero lo que siento por ti es nuevo. Obviamente, he conocido a unas cuantas mujeres. Lo contrario habría sido bastante raro a mi edad…

—Y con tus impresionantes atributos —dijo Emily con picardía.

—Como estaba diciendo —continuó Lucas, serio—, he conocido mujeres en el pasado y he disfrutado de su compañía tanto en la cama como fuera de ella, sin ataduras ni compromisos. Pero tú eres

diferente, Emily.

—¿Porqué?

Lucas la miró a los ojos.

—Porque estoy enamorado de ti, por supuesto. Y porque no puedo pensar en nadie, aparte de mi madre y Alice, que se hubiera ocupado de mí cuando he estado enfermo. Es cierto que nunca había estado enfermo antes...

—¡Ya lo había notado! —exclamó Emily, tratando de ignorar la burbuja de alegría que crecía en su interior.

—¿Porque te di mucho la lata?

—Exacto.

—Pero a pesar de todo aguantaste hasta que superé la gripe. Y a cambio fui lo suficientemente idiota como para arriesgarme a dejarte embarazada —añadió Lucas con amargura.

—En aquel momento no se me ocurrió pensar en riesgos ni en nada parecido —

aseguró Emily—. Hacer el amor contigo hizo que mi cerebro dejara de funcionar.

Nunca había experimentado nada parecido. Sobre todo la última parte. ¿Crees que fue una casualidad? ¿O volverá a suceder la próxima vez?

Lucas rompió a reír.

—¿Acaso está haciéndome proposiciones, señorita Warner?

—Solo por puro interés científico —contestó ella en tono remilgado, lo que hizo que la conversación terminara bruscamente.

—Dije que eras una mujer peligrosa —dijo Lucas tras un intervalo de besos y caricias que amenazaron rápidamente con hacerles perder el control—. Me estás volviendo loco.

—Tú a mí también —dijo Emily con sentimiento, y se ruborizó cuando su estómago dejó escapar un gruñido nada romántico.

—¡Tienes hambre y ni siquiera te he ofrecido una taza de té! —Lucas se puso en pie de inmediato—. Voy a preparar algo ahora mismo. Tú quédate ahí sentada mientras yo me ocupo de todo.

—Yo también quiero ir a la cocina —protestó Emily.

—¿Porqué?

—Quiero estar donde tú estás.

Lucas sonrió con ternura, la tomó en brazos y la besó.

—Yo siento exactamente lo mismo —dijo con voz ronca, y a continuación la llevó hasta la cocina y la dejó sentada en un taburete —. Y ahora, quédate ahí quieta mirando mientras enciendo el horno.

La idea de Lucas de preparar la comida consistía en servir varios platos con pollo frío, jamón, ensalada y varias clases de queso. Emily

descubrió divertida que solo había encendido el horno para calentar el pan.

—Es estupendo —dijo, cuando estuvieron sentados de nuevo en el sofá.

—¿La comida, o estar conmigo? —preguntó Lucas mientras ponía mantequilla en el pan para ella.

—Ambas cosas. Pasé el fin de semana pasado completamente sola, comiendo exclusivamente una sopa de vegetales que tenía preparada —Emily hizo una mueca de desagrado—. No me va a apetecer más en una larga temporada.

—Le hablé a mi madre de ti —dijo Lucas en tono despreocupado, sorprendiéndola—. Le conté cómo acudiste en mi auxilio cuando lo necesité.

Emily dejó el tenedor en la bandeja con los ojos abiertos de par en par.

—Debió de sorprenderla que tu... asistenta se ocupara de ti, ¿no?

—Le dije que tu trabajo de asistenta financiaba tus gastos mientras te dedicabas a escribir una novela. Se quedó muy impresionada y quiere conocerte. Cuando puedas moverte te llevaré a comer con ella un domingo.

Emily miró a Lucas sin decir nada.

—Como ya te he dicho —añadió él—, eso no te comprometerá a nada.

—¿Has llevado a muchas mujeres a conocer a tu madre?

—No. Tú serás la primera.

Aquella información hizo que Emily se mantuviera ruborizada durante el resto de la comida, aunque resistió con firmeza cuando Lucas trató de engatusarla para que le hablara de su novela.

—Podrás leerla cuando la haya acabado —concedió finalmente—. Pero solo cuando yo me sienta satisfecha con ella, si es que alguna vez llego a sentirme satisfecha.

—Si no es así, ¿dejarás de limpiar y volverás al trabajo que hacías antes?

Emily negó con la cabeza.

—No. Es un trabajo bien pagado y se me da bien, pero he sido mucho más feliz en esta época de mi vida que cuando trabajaba todos los días de nueve a cinco. Así que, si la primera novela no sale bien, volveré a intentarlo. Estoy segura de que podré encontrar algún trabajo extra de asistenta para seguir adelante.

—He pensado en algo que podrías hacer —dijo Lucas.

—¿En serio? ¿De qué se trata?

—Voy a preparar el café y luego te lo explico —Lucas sonrió

mientras se levantaba y tomaba ambas bandejas—. Pórtate bien mientras tanto.

Capítulo 12

CUANDO Lucas volvió con el café encontró a Emily con su ordenador portátil en el regazo.

—Te había dicho que te portaras bien —dijo, exasperado—. Eso no significaba que pudieras ponerte a trabajar en cuanto te he dado la espalda.

Ella sonrió con expresión culpable.

—Después de llamar a mi madre tenía que asegurarme de que aún funcionaba.

Pero no puedo dejar de preguntarme por qué estaba Miles tan desesperado por recuperarlo. Lo comprobé cuando me lo llevé y sus archivos estaban vacíos.

—Debe de haber algo oculto en algún sitio —dijo Lucas—. Pásamelo. Voy a hacer una búsqueda.

Aparte de la novela no parecía haber nada más en el disco duro del ordenador pero, finalmente, Lucas encontró una archivo oculto dentro de otro.

—¡Bingo! Nuestro muchacho tiene una cámara digital.

Emily se quedó petrificada cuando ocupó por completo la pantalla.

Lucas maldijo entre dientes y bajó la tapa del ordenador.

—No mires más. Voy a apagar...

—No —dijo Emily con firmeza—. Más vale que me entere de lo peor. Sigue.

Otras tres fotografías siguieron a las primeras. Eran fotos de cuatro hombres jóvenes, desnudos y musculosos que sonreían provocativamente mientras posaban.

Tres de ellos eran desconocidos para Emily, pero el tercero era el chico que solía llevar los bocadillos y las bebidas a la empresa en la que trabajaba. La empresa en la que Miles seguía trabajando.

—Líbrate de ellas —rogó.

—De acuerdo —Lucas borró todo excepto los archivos con la novela de Emily.

Luego, dejó el ordenador sobre la mesa y a continuación sirvió el café en dos tazas—.

Necesitas esto, querida. Te has puesto pálida.

Emily bebió el café con auténtico placer y unos momentos después sintió que revivía.

—¿Cómo pude ser tan tonta? —dijo—. Más de un amigo de la empresa me había advertido. Su reputación de mujeriego fue muy bien divulgada.

Lucas pasó un brazo por sus hombros.

—Supongo que solo era una pantalla de humo para mantener

ocultas en el armario sus tendencias. Aunque no es el primero que se siente atraído por ambos sexos.

Emily se apoyó contra él, agradecida.

—No me extraña que nunca me dejara utilizar el ordenador. Siempre lo guardaba en el trabajo, aunque la noche que discutimos lo llevó a casa. Cuando me puse violenta él se fue tan rápido que lo olvidó en casa. Pobre Tanya —añadió con pesar—. Miles me dejó creer que había estado con ella aquella tarde.

—Era preferible a la verdad.

—Tienes razón —Emily echó la cabeza atrás para mirar a Lucas—. La empresa para la que trabajábamos es muy conservadora, y supongo que Miles no quería que nada se interpusiera en sus ascensos. Al parecer, no solo buscaba mi dinero. También me utilizó de tapadera.

—Lo más probable es que ahora mismo esté sudando sangre sabiendo que aún tienes el ordenador.

—No creo —dijo Emily con pesar—. Cuando íbamos en la ambulancia, Bryony se enfadó tanto con él por no haber preguntado cómo estaba yo que le dijo que el ordenador se había roto en la caída.

—Podría hacerle una visita para ponerlo en la foto —dijo Lucas, serio.

—¡Ugh! No hables de fotos.

—Si te sientes así, líbrate del maldito aparato.

—Ni hablar. Pagué por él y pienso conservarlo.

—Yo puedo comprarte otro.

Emily negó con la cabeza.

—No puedo permitirte hacer eso.

—Sí puedes —Lucas sonrió—. ¿Qué mal hay en que te haga un regalo?

—¡Si me sigues dando cheques y me haces regalos voy a sentirme como una mujer mantenida!

—Y es que pienso conservarte —Lucas acarició cariñosamente la mejilla de Emily—. Pareces cansada. Deberías estar en la cama.

—¿Me haces antes unos mimos?

Lucas respiró profundamente y deslizó las manos bajó el jersey de Emily mientras la besaba.

—¿Es esto lo que entiendes por «mimos»? —preguntó contra su boca.

—Sea lo que sea, me gusta —susurró Emily, y lo besó con tal fervor que pronto acabaron tumbados sobre el sofá, acariciándose en un estado de excitación que obligó finalmente a Lucas a apartarse.

—Será mejor que te lleve a la cama —dijo, jadeante.

Ella asintió con entusiasmo y se humedeció los inflamados labios

con la punta de la lengua mientras se erguía.

Lucas tensó la mandíbula.

—Me refería a la cama de la habitación de invitados.

—Por supuesto —Emily le dedicó una sonrisa traviesa—. Pero me temo que después tendrás que ayudarme a desvestirme si me atasco con alguna prenda.

Lucas murmuró algo entre dientes y se puso en pie.

—De acuerdo, vamos —dijo, y se inclinó para tomarla en brazos.

—No. Debo empezar a arreglármelas por mí misma. Te llamaré si necesito ayuda.

—De acuerdo, pero ten cuidado.

—Dame diez minutos. Entretanto, podrías beber algo.

—Buena idea —dijo él, tenso mientras ella se ponía en pie y tomaba su muleta.

Emily avanzó cuidadosamente hacia el baño. En lugar de seguirla, como habría querido, Lucas se sirvió un dedo de whisky.

Emily se preparó rápidamente para la noche, se quitó la ropa, la dejó cuidadosamente doblada sobre la cómoda, se metió en la cama y esperó.

Pasó bastante tiempo antes de que oyera que Lucas abría la puerta de la habitación de invitados.

—¡Emily! —exclamó—. ¿Dónde estás?

Fue al dormitorio principal y se detuvo en seco al encontrar a Emily en la cama, cubierta con las sábanas hasta la barbilla.

—Ah —dijo, y tragó con esfuerzo—. Por supuesto. Yo me instalaré en la otra habitación. Tú estarás mejor aquí, con el baño cerca.

—Por Dios santo, hombre —Emily no ocultó su impaciencia—. Desvístete y ven a la cama.

—No soy ningún superhombre, querida —protestó Lucas, desesperado—. No puedo...

Emily hizo salir a relucir su hoyuelo con una sonrisa.

—En caso de que no te hayas dado cuenta, ¡estoy haciendo todo lo posible por seducirte!

Él empezó a desnudarse antes de que ella terminara de hablar. Un instante después se metía en la cama con ella y la abrazaba. Al comprobar que estaba completamente desnuda se quedó sin aliento.

—Te has desvestido —la acusó a la vez que le acariciaba los pechos—. Me habría encantado echarte una mano.

—Me encanta la que me estás echando ahora —dijo Emily, y él rió antes de besarla y apoyar una mano en su trasero mientras la invadía con su lengua.

—No quiero hacerte daño en el tobillo —dijo con voz ronca.

—No vas a hacerme daño —aseguró ella, y sintió que los músculos de la espalda de Lucas se tensaban cuando lo acarició.

—Despacio —susurró él con la respiración agitada—. La primera vez fue todo muy precipitado. Esta vez quiero que sea una experiencia realmente placentera.

—La última vez estabas medio dormido —Emily se estremeció cuando Lucas tomó entre sus labios la excitada cima de uno de sus pechos.

—Esta vez estoy realmente despierto —dijo él—, así que presta atención.

—Si dejas las luces encendidas vas a ver todos mis moretones.

—Así podré besarlos mejor —Lucas apartó las sábanas hasta que pudo verla entera—. Este es parte del trato, querida. Quiero verte y quiero que tú me veas a mí.

Quiero utilizar todos los sentidos. Tocarte —la besó en la boca a la vez que le acariciaba los pechos—. Saborearte...

—¿Y oírme? —susurró ella, moviéndose inquieta bajo sus caricias.

—Por supuesto. El sonido de tus dulces gemidos me vuelve loco —Lucas la besó en los labios y luego fue descendiendo sin dejar de besarla hasta alcanzar el valle entre sus piernas. Emily se arqueó hacia él al sentir que empezaba a acariciarla con la lengua en la parte más íntima de su cuerpo.

Después quedó totalmente relajada entre sus brazos mientras él le acariciaba la espalda.

—Entonces no fue una casualidad —dijo, jadeante—. ¿O de esta forma no cuenta?

—Todas las formas cuentan si te dan placer —Lucas se colocó de manera que sus muslos quedaron situados entre los de ella—. El mero hecho de estar así de juntos es un placer en sí mismo.

La respiración de Emily se volvió más agitada mientras lo miraba a los ojos.

—Pero eso es solo porque sabemos lo que viene a continuación —susurró mientras deslizaba una mano entre ellos y tomaba el firme miembro de Lucas en ella

—. ¡Ahora! —dijo, casi con ferocidad.

El obedeció y la penetró lenta y profundamente. La sensación fue tan intensa que Emily dejó escapar un prolongado y gutural gemido que estuvo a punto de hacer perder el control a Lucas. Sin dejarse llevar, empezó a hacerle el amor con una ardiente lentitud a la que ella respondió con tal apasionado fervor que el control de Lucas dio paso finalmente a un frenesí de movimientos que los llevó a alcanzar el orgasmo al unísono.

—Estoy mejorando en esto —murmuró Emily, jadeante, cuando por fin recuperó el poder de la palabra.

Lucas sonrió y se tumbó de espaldas, arrastrándola consigo para que apoyara la cabeza en su hombro.

—Te advierto que no funcionará así con ningún otro.

Emily dejó escapar un prolongado suspiro.

—Lo sé. Pero hasta que te he conocido creía que era culpa mía. El sexo con Miles siempre fue mecánico y decepcionante —miró a Lucas con una sonrisa de pesar en los labios—. Y ahora resulta que todo se debía a que yo no era del género adecuado.

—Sin embargo, conmigo encajas a la perfección.

—Y eso es lo único que importa.

—En ese caso, ¿podemos rebobinar y volver al momento de esta tarde en el que te he dicho que te amaba?

Emily asintió, ruborizada.

—Yo también estoy enamorada de ti… pero me da miedo.

—¿Por qué?

—Porque nos conocemos hace muy poco tiempo.

—No hay ninguna norma que diga cuánto tiempo debe pasar para que una persona se enamore de otra, cariño —Lucas se inclinó y la besó en la frente—. Vuelve a decirlo.

—Te quiero —murmuró ella.

—Y yo a ti. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

—¡Creía que acabábamos de hacer algo bastante intenso al respecto! Al menos ha sido intenso para mí.

Lucas estrechó a Emily con más fuerza.

—Y para mí también. Tanto que espero repetir la experiencia en cuanto sea humanamente posible… así que será mejor que me aferre a ti… —Lucas se interrumpió de pronto—. Había olvidado por completo tu tobillo. ¿Qué tal está?

—Me duele un poco —contestó Emily, sorprendida, y sonrió—. Pero lo cierto es que el resto de mi cuerpo ha disfrutado tanto que ni siquiera me había dado cuenta.

Lucas rompió a reír.

—Esperaba pasar la noche dando vueltas en la cama, imaginándote al otro lado de la pared. Sin embargo… —hizo una pausa.

—¿Sin embargo qué?

—Hemos hecho magia juntos —dijo Lucas con suavidad, y ella lo rodeó por el cuello con los brazos para demostrarle que estaba totalmente de acuerdo.

Al cabo de un rato, suspiró resignada y se apartó de él.

—Y ahora, me temo que debo interrumpir este momento mágico

para solicitar mi muleta. También necesito sacar mi bata de la bolsa de viaje.

—Te presto el mío —dijo Lucas, y se levantó de la cama para ponerse los vaqueros.

Emily salió de la cama y se ruborizó avergonzada al tratar de mantener el equilibrio desnuda sobre un solo pie. Lucas rió, la besó y la cubrió con su bata.

Luego, la tomó en brazos y la depositó en su baño.

—Voy a por tu bolsa. Grita cuando me necesites.

Emily contempló su ruborizado rostro en el espejo y se sorprendió al comprobar que tenía casi el mismo aspecto de siempre. Debido a los besos, su boca estaba más roja que de costumbre, y sus ojos parecían un poco hinchados, pero brillaban como los pendientes color ámbar que solía ponerse solo en ocasiones especiales. Aparte de eso, la experiencia más arrebatadora de su vida apenas había dejado señales visibles.

Se lo dijo a Lucas mientras la llevaba de vuelta a la cama.

—¿Acaso esperabas encontrar una «A» escarlata marcada en tu frente? —

preguntó él, divertido.

—En este caso no vendía a cuento, porque nosotros no hemos cometido adulterio.

—No. Nosotros hemos hecho el amor —asintió Lucas mientras la dejaba en la cama—. Y he hablado de amor, no de concupiscencia. Hay una diferencia.

—Lo sé —Emily suspiró satisfecha mientras se acurrucaba junto a él, pero de pronto recordó algo—. Antes has mencionado que habías pensado en un nuevo trabajo para mí.

Lucas asintió.

—Es cierto.

Emily se apartó un poco para poder mirarlo al rostro.

—¿Qué clase de trabajo? ¿Limpiando tu banco?

—¡No! —dijo Lucas, consternado.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Él la miró con cautela.

—No es exactamente un trabajo. Pero antes de entrar en detalle quiero hacerte un par de preguntas. Cuando has averiguado que no estabas esperando un hijo mío has dicho que has sentido un gran alivio. ¿Por qué, exactamente?

—Suponía que era obvio.

—Dímelo de todos modos.

—En primer lugar, porque no me apetecía mucho la idea de

tenerlo sola. No habría podido quedarme en casa de Nat y tampoco habría querido ir a casa de mis padres. Además, nada de esto habría sido posible si hubiera estado embarazada.

—¿A qué te refieres con «esto»?

—A estar aquí contigo, haciendo el amor, compartiendo mi vida contigo...

aunque no me habría quedado más remedio que aceptar tu ayuda financiera. Por supuesto que me he sentido aliviada al averiguar que no estaba embarazada.

—Pues yo sí me he sentido decepcionado cuando me has dicho que no estabas embarazada —dijo Lucas bruscamente.

Emily lo miró con los ojos abiertos como platos, incrédula.

—Es la simple verdad —aseguró él, y alzó una ceja al ver el cambio de expresión de Emily—. ¿Qué? —preguntó.

—Cuando he sabido que no estaba embarazada también me he sentido decepcionada, pero solo durante un segundo o dos —explicó ella—. Pero me asombra que a ti te pasara lo mismo.

—A mí también me ha asombrado mi reacción. Nunca había pensado demasiado en la paternidad —Lucas acarició con delicadeza el vientre de Emily—.

Lo que nos lleva de vuelta al tema de tu futuro trabajo. Necesito una madre para mi futuro hijo, y ya que tú eres la única mujer del mundo que quiero que ocupe ese puesto, ¿estás dispuesta a aceptarlo?

Emily lo miró un momento en silencio y, al ver su expresión, comprendió que no estaba seguro de cuál iba a ser su respuesta.

—Sí, por favor —dijo, con la voz más ronca de lo habitual—. ¿Necesitas que te dé referencias?

Lucas respiró profundamente.

—No. Pero antes de aceptar el puesto tienes que hacer otra cosa.

—¿De qué se trata?

—Tienes que casarte conmigo.

—¿Casarme contigo?

Lucas se apoyó sobre un codo para mirar el asombrado rostro de Emily.

—Hace un momento has dicho que sí.

—¡Pero no sabía a qué te referías!

—Nunca había propuesto matrimonio a ninguna mujer, así que supongo que no lo he hecho muy bien... —se interrumpió y frunció el ceño—. Espera un minuto.

¿Quieres decir que estabas dispuesta a aceptarme, junto a mi supuesto hijo, sin necesidad de que nos casemos?

—Sí.

—¿Incluso conociendo el punto de vista de tu padre al respecto?

Aquello desconcertó a Emily.

—Había olvidado ese detalle. Solo quería decir «sí» a cualquier cosa que me propusieras.

—¡Querida mía! —Lucas volvió a tumbarse junto a ella para estrecharla entre sus brazos—. Así que es cierto que me amas.

—Ya te lo había dicho. ¿Qué más tengo que hacer para convencerte?

Lucas simuló meditar profundamente su pregunta.

—En primer lugar, besarme.

—Eso parece fácil.

—Luego, tienes que rodearme con tus brazos.

—¿Así?

—Perfecto.

—¿Y ahora qué tengo que hacer?

—Utiliza tu imaginación.

La imaginación de Emily resultó ser asombrosamente fértil para alguien que, hasta conocer a Lucas Tennent, pensaba que casi todo lo que se decía sobre las maravillas de hacer el amor era una exageración.

La siguiente semana fue tremendamente ajetreada. Emily ya se movía con bastante agilidad con la muleta cuando sus padres fueron al apartamento de Lucas a comer después de que este pidiera la mano de su hija al reverendo Richard Warner.

Claire Warner aceptó a su futuro yerno nada más verlo, y Emily se sintió muy aliviada cuando su madre le dijo en privado que su padre también estaba muy contento con su elección.

La siguiente celebración fue una fiesta a la que asistieron Ginny y su marido, los Donaldson, Bryony, Mark, Nat, e incluso Thea, que fue a Londres para la ocasión. Y

el fin de semana, ya sin muleta, pero muy nerviosa, Emily fue con Lucas al aeropuerto a recoger a la hermana de este. Alice Tennent la abrazó con el mismo entusiasmo que a su hermano, feliz ante la perspectiva de la boda. Después, Lucas las llevó a las casa que había comprado para su madre en los Cotswolds, lo suficientemente cerca de Chastelcombe como para invitar a la familia de Emily a comer.

Emily se sintió bastante aturdida en el viaje de vuelta a Londres.

—¿Estás cansada, corazón? ¿Te duele el tobillo? —preguntó Lucas.

—No. Pero siento que estoy viviendo un sueño y que voy a despertar en cualquier momento. Tu madre es encantadora, Lucas, lo mismo que tu hermana.

Espero haberles gustado a ambas.

—Por supuesto que les has gustado —dijo Lucas, riendo—. Y aunque no hubiera sido así habría dado lo mismo, porque a mí sí me gustas. Y mucho.

Emily sonrió.

—Tú también me gustas mucho. Pero me alegra mucho haberle caído bien a tu madre.

—Antes de salir me ha dicho que estaba encantada contigo, y también que se sentía muy aliviada.

—¿Por qué aliviada?

—Como trabajo en el centro, mamá siempre ha temido que acabara casándome con alguna agresiva profesional de la banca.

—Sin embargo, yo nunca he asustado a nadie en mi vida.

—Yo no diría eso exactamente. ¡En más de una ocasión has logrado dar un susto de muerte a Miles Denny!

—¡No me lo recuerdes! —Emily se estremeció—. La última vez creía que lo había matado. Menos mal que tiene la cabeza muy dura... pero olvidémonos de Miles. Me alegra mucho saber que le he gustado a tu madre.

—Sabe que contigo tendré la clase de matrimonio que ella nunca pudo tener para sí. Y quiere lo mismo para mi hermana, por supuesto.

—¿Hay algún hombre en la vida de Alice?

—Nunca le ha faltado compañía masculina, pero aún no ha conocido al hombre de su vida —Lucas sonrió—. Ally piensa que es una maravilla que vaya a casarme con mi ángel de la guardia.

Emily rió.

—No soy ningún ángel, Lucas.

—Cosa por la que, en determinadas ocasiones, estoy infinitamente agradecido

—dijo él, en un tono que dejó a Emily sin aliento.

Para cuando Lucas volvió a trabajar, Emily ya podía moverse con total independencia y fue a Chastelcombe a pasar el mes anterior de la boda con sus padres antes de instalarse de modo permanente en el apartamento de Lucas. Pasó los fines de semana con este en Londres y, durante la semana, cuando se lo permitían las ocupaciones que siempre conllevaba una boda, siguió trabajando en su novela.

—Probablemente no debería quedarme aquí estando la boda tan cerca —dijo Emily el domingo anterior al de la celebración.

—¿Por qué no? —preguntó Lucas.

—Supongo que por mis supersticiones.

—¡Otra vez el maldito Miles!

—Esta vez no quiero hacer nada mal.

Lucas se acercó a ella en el sofá y pasó un brazo por sus hombros.

—Nada va a ir mal —aseguró—. No puedo permitirlo, porque Ally me mataría si no puede usar el sombrero que ha comprado para la ocasión.

Emily rió y se relajó junto a él.

—Va a ser una semana muy larga hasta que llegue el próximo domingo. Voy a echarte de menos —dijo, con un suspiro.

—No tanto como yo a ti. Estaré tan demacrado a causa del insomnio que no me reconocerás cuando avances por el pasillo de la iglesia.

—Tendrás que ponerte una gardenia en la solapa para que te reconozca.

Lucas rió y se levantó.

—Hora de ir a la cama.

—¡Pero si acaban de dar las diez!

—Me levanto muy temprano para trabajar —Lucas tomó a Emily por la cintura y la besó—. Cosa que, como muy bien sabes, no tiene nada que ver.

Fue duro separarse de Lucas al día siguiente. Emily se aferró a él cuando se despidieron como si estuvieran separándose para siempre.

—Te llamaré esta noche, y cada noche —prometió Lucas—. Cuídate, por favor.

No vuelvas a caer por otras escaleras.

Ella asintió y trató de sonreír. Lucas la besó de nuevo y después se separó de ella, reacio.

—Nos vemos en la iglesia, querida.

Camino de Chastlecombe, Emily trató de ignorar la inquietud que sentía según se alejaba de Lucas. No había ningún motivo para ella, se dijo, irritada. Su madre tenía todo perfectamente organizado para la pequeña recepción, había un precioso vestido de boda colgando de su armario en casa, resultado de una expedición con Ginny a Knightsbridge, y a aquella misma hora la siguiente semana estaría en su luna de miel.

Esforzándose por superar su tristeza, abrazó a su padre en la estación y charló animadamente con él camino de casa, donde encontró a su madre en la cocina, preparando la comida.

—Pareces cansada —dijo Claire Warner al verla—. Siéntate y mira, querida.

Richard, no estaría mal que prepararas un té.

Emily hizo lo que le había sugerido su madre, comió y después pasó media hora hablando con Lucas por teléfono. Pero una vez en la cama no dejó de dar vueltas hasta la mañana siguiente.

Durante los dos días siguientes trató de que su humor mejorara y

de mostrar entusiasmo por los preparativos, pero a mitad de semana le dijo a su madre que tenía que hacer un rápido viaje a Londres para recoger algunas cosas que había olvidado para la luna de miel.

—En ese caso, quédate a pasar la noche con Lucas —dijo su práctica madre—.

No tiene sentido que te canses con dos viajes en un día.

Cuando entró en el apartamento de Lucas aquella tarde se dio cuenta con una punzada de pesar de que ya se sentía allí más en casa que en la de sus padres. Fue al dormitorio principal, en el que Lucas ya tenía preparado su equipaje, se quitó el abrigo y los zapatos, se echó en la cama y se quedó dormida, abrazada a la almohada de Lucas.

Despertó reacia, luchando con quien fuera que estuviera tratando de quitarle la almohada.

—Despierta, querida...

La voz de Lucas penetró la bruma mental de Emily, que se irguió en la cama con gesto culpable.

—Sé que debería haber llamado para avisarte, pero...

—No te preocupes por eso —Lucas se sentó a su lado y la tomó de la mano—.

Cuéntame qué sucede, Emily. ¿Has cambiado de opinión?

Ya totalmente despierta, ella notó que Lucas estaba muy pálido.

—¿Respecto a casarme contigo? ¡Por supuesto que no!

—Gracias a Dios —Lucas no ocultó su alivio—. Discúlpame por señalar lo obvio, pero se supone que no deberías estar aquí. Por suerte he llamado antes de salir del trabajo, así que ya sabía que habías decidido venir a Londres a pasar el día.

Emily asintió.

—Tengo algo que decirte antes de la boda.

—¡Me estás preocupando mucho! —dijo Lucas, repentinamente tenso—.

¡Háblame de una vez!

—Lo siento. Lo único que sucede es que estoy embarazada.

—¿Embarazada? —Lucas miró a Emily con expresión aturdida—. ¿Cómo?

Después de lo que pasó la primera vez no he dejado de tomar precauciones.

—Antes de venir aquí he pasado a ver a la doctora Hall, la que vino a verte cuando estabas enfermo. Ha dicho que estoy embarazada de seis semanas.

Se miraron en silencio.

—De manera que sucedió aquella noche, después de todo —dijo

Lucas, despacio—. Pero yo pensaba...

—Yo también. Estaba tratando de achacar los síntomas a la caída, pero sabía que algo andaba mal. Después de cenar ayer, mientras hacía el equipaje para la luna de miel, encontré la prueba del embarazo que no había llegado a usar. Cuando vi que daba positivo pensé que debía confirmarlo, de manera que pedí una cita con la doctora Hall y luego he venido a darte la noticia.

Lucas la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Emily al cabo de un rato.

—Estoy demasiado ocupado dando gracias a Dios porque no averiguaras antes que estabas embarazada —dijo Lucas con voz ronca, y la besó con fuerza—. De lo contrario no estarías a punto de casarte conmigo.

Emily negó con la cabeza.

—Eso no puedo ni pensarlo.

—Bien —Lucas le hizo alzar el rostro—. En ese caso tendrás que ceñirte a lo inevitable, futura esposa. La boda sigue en pie.

—Para empezar, Ally te mataría si no pudiera ponerse su sombrero —asintió Emily, vacilante.

—¡Si tu hermano no le hubiera ahorrado ya el problema!

Se dejaron caer en la cama juntos, medio riendo y se abrazaron en silencio durante unos momentos.

—De todos modos habría sido incapaz de hacerlo —susurró Emily finalmente.

—¿De hacer qué?

—De dejarte si hubiera sabido que estaba embarazada. Lo cierto es que me enamoré de ti nada más verte —Emily sonrió—. Con la nariz roja, las toses y todo.

—Y, a pesar de lo mal que me sentía, a mí me entraron ganas de hacerte el amor allí mismo, en la mesa sobre la que tenías el ordenador —dijo Lucas.

—¿En serio? —Emily suspiró—. Debo confesarte algo más.

Lucas gimió.

—Adelante. Dime lo peor.

—He basado el personaje principal de mi novela en ti. ¿Te importa?

Lucas se dejó caer de espaldas sobre el colchón, aliviado.

—En lo más mínimo... mientras sea alto, moreno y atractivo y la historia acabe bien.

—Por supuesto —aseguró Emily—. En mi cuento, Cenicienta dejará a un lado una serie de absurdos principios y se casará con el príncipe... si este usa la persuasión adecuada.

Lucas giró sobre sí mismo para besarla.

—Yo no soy ningún príncipe, querida.

—Cierto. Pero eres magnífico persuadiendo —Emily se arrimó a él —. Ahora mismo no me vendría mal un poco. Y no me refiero a una persuasión amistosa.

—Bien, porque la única que pienso ofrecerte va a ser apasionada —murmuró Lucas.

Emily suspiró y sonrió con tanto amor en su mirada que Lucas tuvo que cerrar los ojos un momento antes de volver a besarla.

—Sé que lo de: «Y vivieron felices para siempre» suele decirse después de la boda —dijo con voz ronca—, pero para mí empezó casi desde el momento en que te encontré en mi cocina trabajando con tu ordenador, Cenicienta.

—A mí me sucedió lo mismo —aseguró ella, feliz—. ¡Menos mal que caíste enfermo con la gripe!

Fin.